

FANNY
RAMÍREZ

*¿Qué hay
Después de ti?*

DOLCE
BOOKS

*¡Qué hay
Después de ti?*

FANNY
RAMÍREZ

DOLCE
BOOKS

Silvia deja su antigua vida de lujo para emprender una completamente distinta junto a Ernest, dueño de la hacienda Vidal y su gran amor. Hasta que una enfermedad le arrebató la vida y Silvia queda sola, con la odiosa compañía de su cuñado, a quien odia hasta el infinito.

Fernando esconde un secreto y es que, desde que la vio, vive amándola en silencio. ¿Cómo declararle sus sentimientos cuando se ha pasado todos estos años forjando una relación basada en el odio?

Enamórate de Ernest, odia y ama a Fernando y vive en la piel de Silvia. Lloro, río, grito a viva voz... Pero esto... es solo el principio.

Título: ¿Qué hay después de ti?

©Fanny Ramírez

©Dolce Books

Primera edición: Junio, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



ÍNDICE

Prólogo

Silvia

Silvia

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Silvia

Fernando

Fernando

Epílogo

Extra

Prólogo

No sé en qué momento mi vida cambió de ser perfecta, a lo que es hoy. No sé qué hice para que alguien decidiera torcerla de una forma tan dolorosa que casi no siento mi cuerpo. Me aferro a la camisa de Fernando como si fuera un clavo ardiendo. Sollozo sin sentir ya más lágrimas correr por mis mejillas. Creo que se me acabaron de tanto que he llorado.

Las manos de mi cuñado acarician mi espalda queriéndome dar apoyo de alguna manera. Abro mis parpados durante unos segundos solo, viendo el maldito ataúd que acuna al que fue mi marido, mi amor y mí todo, a través de un cristal. El murmullo de la gente del pueblo que ha venido a dar sus condolencias, no cesa y hace que el “*runrún*” constante se me instale en las sienes, dándome un terrible dolor de cabeza.

Vuelvo a cerrar los ojos cuando la picazón regresa. Un odio inmensurable se apodera de mí de nuevo y aprieto el cuerpo que me envuelve soltando un grito ahogado en su camisa. Necesito echar afuera, lo que sea que tengo dentro, matándome, haciéndome tanto daño que no sé si puede haber un dolor igual.

—Shhh... —Fernando me abraza más apretadamente y odio tener que necesitarlo tanto.

Lo odio. Siempre lo odié y hoy más que nunca debería odiarlo. Su hermano ha muerto y soy una puta egoísta al querer ponerlo a él en su lugar.

Su cuerpo se tensa como si supiera lo que estoy pensando y aunque tengo ganas de patearlo lejos de mí para que ni me roce, no puedo. Su calor me reconforta, su olor me calma de alguna manera, hace que mi cuerpo se mantenga unido. Y no hago otra cosa que seguir en sus brazos deseando morirme.

¿Cómo no hacerlo cuando lo más importante que he tenido en mi vida, mi otra mitad, muere y me deja sola y desamparada?

En algún momento el velatorio acaba, la gente se va yendo, quedando solo los más allegados y familiares retirados, pero yo aún sigo en la misma tesitura que antes. Aunque esta vez, sentada en el regazo de Fernando que, a su vez, descansa en el sofá.

—Nos iremos cuando tú me lo pidas, Silvia. Solo cuando tú quieras nos vamos a casa.

Su voz rota por el dolor me hace estremecer. Nunca vi a Fernando tan débil y vulnerable. Como tampoco lo noté siendo tan amable y tierno conmigo.

Asiento como única respuesta con la cara metida en su cuello. No quiero ni hablar. Tampoco sé si puedo siquiera. Tengo la sensación de que si lo hago me romperé en mil pedazos y me alegra saber que Fernando, no lo necesite.

Pasamos casi toda la noche aquí, abrazados, dormitando entre llantos silenciosos y solo puedo pensar en qué hacer después de esto.

¿Qué hay después de ti, mi amor?

Silvia



Tres años antes... Abril. Hacienda Vidal.

—¡Mierda!

La risilla de Melisa me hizo desviar la mirada de la tierra que estaba tragándose mis zapatos y la miré con todo el coraje que pude reunir. Ella, lejos de sentirse afectada, se rió más, sí cabía. La muy “*hija de perra*”, se lo estaba pasando de lo lindo a mí costa sin tener en cuenta que antes que amiga era su jefa, por lo que en un abrir y cerrar de ojos, podría ponerla de patitas en la calle. Pero otra cosa que sabíamos ambas, es que sería incapaz de hacer una cosa así. Pensase lo que pensase mi padre, no tenía madera de jefa, cuanto menos, tener el valor de dejar a alguien en la calle sin miramientos.

—No me mires así, fue tú idea en hacerlo aquí. ¿Quieres que te recuerde tus palabras? —Carraspeó e hizo una pose ridícula pretendiendo parecerse a mí — ¿Te imaginas lo bonitas que saldrían las fotos en ese viñedo? La puesta de sol, las vides verdes y preciosas alrededor...

—¡Vete a la mierda! —Le chillé, sacada de mis casillas.

Volví a mirar hacia abajo y di un paso más escuchando como la grava arañaba el material de mis costosos zapatos de tacón que, por ende, eran mis favoritos. Maldije de nuevo sintiendo como mis ojos picaban por las lágrimas. En serio, me gustaban esos zapatos.

Llegamos a la cancela entreabierta de la finca e intentando aparentar el *glamour* que momentos antes irradiaba, entré la más digna, bamboleando mis caderas hasta mitad del camino. Advirtiéndole a Melisa detrás de mí, ella sí, con un calzado más apropiado, riéndose por lo bajo. Me abstuve de mandarla “*a cagar*” de nuevo. No quería que ningún trabajador me viera en todo mi esplendor. Podría lanzar sapos y culebras si quisiera.

—¡EH! ¿Dónde cree que va?

Pegué un salto a la vez que daba un paso más con tal mala suerte que pisé un gran pedrusco terminando de partir mi amado tacón. Juré sentir como se

astillaba a cámara lenta, despegándose por completo de la parte superior. Miré horrorizada, notando como mi corazón se aceleraba y mis fosas nasales se dilataban en coraje.

Me volví cómo sí me preparara para matar a quién demonios se atrevió a asustarme cuando la visión de un muchacho moreno, con el torso desnudo y brillante, supuse de sudor de haber trabajado bajo el radiante sol toda la mañana y con cara de cabreo total, me cortó el habla; cortándome también todo rastro de raciocinio.

—¿Es qué no oye? ¡Le he preguntado qué a dónde demonios cree que va...!

El señor pantalones vaqueros, botas marrones desatadas y con un buen *pack* de seis, se acercó a mí con paso lento, seguro. Haciendo que el sol del atardecer se entreviera entre los mechones negros de su cabello. Todo a su alrededor se compenetraba perfectamente con él. Era robusto, corpulento, un macho de piel bronceada que a más de una haría babear, incluyéndome. Igual que el paisaje campestre inmenso y lleno de fuerza, que más que intimidar, te entraban ganas de aspirar, sentir y dejarte llevar.

—Bu...busco al Señor Ernest Vidal—logré decir a duras penas, sin dejar de observar cada rasgo de su cara, cada curva, montaña y humedad de su torso.

El tipo olía a tierra y a naranjas, pude notar cuando una brisa cálida arrastró su olor golpeándome de lleno. Tuve que tragar saliva antes de babear.

—¿Quién lo busca? —Su ceño se frunció y su nariz se dilató haciéndolo parecer un caballo desbocado. Todo un semental pura sangre que me tenía echa un manojito de nervios y hormonas.

—Somos de la agencia *Storazza*. Vinimos para la sesión fotográfica — dijo

Melisa por mí al ver que no atinaba a decir nada más que balbuceos inteligibles. Entre ellos: «¡Oh *Dios!*!» «¡*Jesucristo!*!» «¡*Virgen Santísima!*!» Entre otros santos.

Me odié por ponerme toda blandita solo por ver a un hombre guapo y con claros signos de follar bien. ¿Qué digo follar bien? Seguro que te empotraba contra la puerta y te embarazaba solo mirándote con esos ojos marrones casi

negros. Y sus manos... ¡Oh, ¡Virgen Santa, qué manos! Por no hablar de sus largos dedos morenos, capaz de...

—Nadie dijo nada de una sesión de fotos ridícula, por lo que muevan sus bonitos traseros y desfilen fuera de la propiedad.

Sus palabras sonaron como un disparo, incluso di un paso atrás como si me hubiera alcanzado, cortándome todo pensamiento lujurioso. Dándome cuenta de nuevo que, por su culpa, uno de mis tacones pasó a ser basura. Retiré de un manotazo mis rizos negros, y me remangué la fina tela de mi camisa preparándome para ponerlo en su lugar. Nadie, repito, nadie y menos un

“*campesino de pacotilla*”, iba a venir a hablarme de esa forma. ¡Faltaría más! —¡Mira, señor... cómo te llames! —Hice un amago con la mano para restarle importancia. Me valía poco cómo se apodaba aquel ser, por muy bueno que estuviese. —¡Le exijo hablar con el dueño de la finca inmediatamente si no quiere que lo llame yo misma y haga que lo ponga de patitas en la calle! No creo que le guste saber que un... —repasé su cuerpo de arriba abajo con una mueca de asco, asco que segundos antes no sentía dado mis pensamientos— “*Trabajador*”, trate así a sus invitados.

Su mano voló a su cabello e irritado, soltando una risa sin un ápice de humor, se apartó el mechón que caía sobre su frente. Aquel nimio movimiento me hizo hormigear los dedos.

—No cuente con mi ayuda entonces señorita, “*soy-la-que-mando-aquí*”—. Y así sin más, se fue a grandes zancadas camino arriba, haciéndome apreciar lo torneado que eran sus muslos y lo bonito que era su culo apretado en ese *jean* que, sin duda, podría jubilarse en cualquier momento.

— ¡Su puta madre! ¡Está bien bueno! —exclamó Melissa a mi espalda haciéndome caer de golpe de mi aturullamiento.

—¿Ese tipejo? Tss... es un capullo —gruñí al mismo tiempo que me obligaba a tranquilizarme—. ¿Qué hora es?

—Las siete —contestó una vez miró la hora en su reloj de pulsera.

—Mauricio está a punto de llegar con las chicas, espéralos. Yo buscaré al Señor Vidal. Solo espero no toparme de nuevo con ese “*imbécil*”.

—¿Seguro podrás encontrarlo tú sola? Este sitio es enorme.

La miro sobre mi hombro con expresión: ¿Por quién me tomas? Ella rueda los ojos y se va hacia la entrada. En realidad, ahora que veía aquel lugar, se me hacía inmenso. Todo eran árboles, tierra, flores y campo. Precioso y aterrador a partes iguales. Los infinitos cultivos llegaban hasta perderse en el horizonte, el ambiente olía a una mezcla de fruta y especias que mediante caminaba se iba diferenciando. El aire era pegajoso, estaba segura que rondarían los cuarenta grados, pero aún así, la belleza de lo que me rodeaba hizo que ese detalle fuera una nimiedad a su lado. Ya no se me hacía tan atractiva la ciudad al compararla con esa libertad. De despertar con el sonido de los pájaros, en vez de un claxon o el murmullo del tráfico; de dormirme arrullada por el canto de los grillos o el sonido de la tranquila naturaleza en todo su esplendor.

Anduve con precaución, cojeando y con el tacón roto en la mano. Estaría de lo más *fashion*, seguro. Pero eso no me iba a parar hasta encontrar lo que buscaba y eso era el dueño de la hacienda. Mis medias, hacía rato que lucían unas bonitas carrerillas y ni hablar de lo sudada que estaba. Vamos que lo “*diva*” se me perdió, justo cuando crucé la cancela.

Harta de andar a pata coja, me incliné entre las vides y saqué mi otro zapato. Con un gemido lastimero comprobé el deplorable estado de éste. Ambos estaban para tirarlos a la basura y no mirar atrás por mucho que me doliera.

No me dio tiempo a erguirme que algo se topó contra mi trasero haciéndome balancear y casi besar la tierra. Pero antes de que eso pasara, otra fuerza sobrehumana me agarró de los brazos y me hizo caer en dirección contraria. Justo encima de algo, o..., de alguien.

—¡Joder! —Maldijeron aquellos labios gruesos muy cerca de mis ojos como para pasarlos por alto.

Me empiné ayudándome con las manos a cada lado de su cabeza y un hombre malditamente atractivo apareció ante mí. ¿De dónde mierda sacaban a los trabajadores de este sitio? ¿De un puto *casting* cinematográfico?

Sus ojos se abrieron y al contrario que el mal hablado de la puerta, éste tenía unos bellos ojos azules. Tan azules que se confundían con el cielo que ese día lucía sobre nuestras cabezas. Un palpito seguido de otro era lo único que escuchaba en mis oídos. Y cuando su sonrisa apareció, quise echar raíces junto con las vides dejándolo a él atrapado entre mis brazos.

—¿Eres un ángel que viene a buscarme? —Su voz atrayente y ronca como si de un sueño pesado despertase, me hizo erizar entera.

Sin esperar respuesta, el apuesto hombre, con gran destreza y verdadera fuerza, nos levantó haciéndome aterrizar sobre mis pies descalzos. Yo aún sujetaba el tacón y el zapato astillado apoyándome en sus anchos hombros cubiertos por una fina camiseta blanca de manga corta. Su piel bronceada con un leve olor dulzón, cómo canela, hizo picar mi nariz.

Carraspeé y me reí de toda aquella absurda situación. Sintiéndome malditamente acalorada, me separé de su cuerpo poniéndome fría al instante.

—Hola—saludé con mi mejor sonrisa—, soy Silvia, busco a Ernest Vidal. —Alcé mí mano con el propósito de estrechar la suya.

Su sonrisa se amplió y quitándose el sucio guante, me dio un apretón firme. Su mano callosa de dedos ásperos, rasparon la mía suave y sin un corte. Haciendo de la fricción, algo raro y atrayente a la vez.

—Pues has dado con él, preciosa —contestó con una sonrisa radiante.

Al cabo de un rato, más pendiente del dueño de todo aquello que de mí trabajo, las chicas, fueron fotografiadas en diferentes lugares a cuál más impresionante. Y es que las fotos no necesitarían retoques para que salieran perfectas, la luz, los matices, los vivos colores de todo lo que nos rodeaba, hicieron la magia necesaria para que directamente salieran en portada.

Una vez terminamos, nos disponemos a guardarlo todo. Ernest no se ha alejado de donde estábamos en todo momento, manteniéndose a una distancia prudencial para no entorpecernos. También lo hizo el otro, malhumorado y con cara de mal follado, a todo lo que dio la sesión. Cuál fue mi sorpresa, cuando hablaron con tanta familiaridad que casi me da un patatús.

—Deja de ser tan infantil y compórtate. ¿Es qué mamá no te enseñó modales suficientes para saber estar con la gente? —Le había preguntado

Ernest, cuando no dejó de criticar cada cosa que hacíamos.

Yo me abstuve de abofetearle en plena cara, solo por no quedar mal delante de Ernest, éste sí, estaba encantado con nuestra presencia. O con la mía, como pude comprobar.

—Le quedan bien las botas, Señorita Storazza —me dijo con una sonrisa una vez me acerqué a ellos, con la intención de agradecerle su hospitalidad.

Su hermano se carcajeó como si lo que hubiera dicho fuera una autentica estupidez. Me sonrojé como una adolescente ignorando al otro neandertal y no pude más que sonreír avergonzada. Miré las preciosas botas marrones con el grabado del sello familiar en cada caña. Me gustaban, tanto es así, que me entraron ganas de quedármelas. Cosa que no hizo falta que le dijera porque una vez nos acompañó al camino, me dijo que me las regalaba.

—Quedan más bonitas en sus pies, que colgadas del gancho del cobertizo.

Mi equipo se fue dirección al furgón y yo me quedé rezagada junto a Ernest y el “*mal hablado*”, Fernando. Éste último, caminaba mirando al frente, con pose intimidante y con las manos cruzadas a la espalda. Haciendo que su torso desnudo quedara completamente a la vista de cualquiera que quisiera mirar.

Una vez llegué a mi coche donde Melisa me esperaba ya sentada en el asiento del copiloto Ernest, me abrió la puerta y sonriendo me tendió su mano para que se la estrechara. Sonreí como una estúpida y pude sentir como mi piel se erizaba ante el simple contacto de su cálida y rasposa mano con la mía. Ahí supe sin miedo a equivocarme, que ese hombre iba a ser mi debilidad.

Silvia



Octubre, Hacienda Vidal.

Retiro el pelo de mí cara viendo como mis zapatos crujen al pisar el camino de tierra. Hoy como nunca antes odio estar en casa. Todo me recuerda a él, su presencia está en cada rincón, en cada parcela de la hacienda. Sin contar como de fría se debe sentir nuestra casa sin su presencia.

Escucho los pasos de Fernando detrás de mí, no quiero ni verlo. Estoy tan desubicada que veo a Ernest en todo él. Sus labios gruesos, sus mechones negros y ese flequillo rebelde que se posa incansable sobre su frente. Todo menos sus ojos y su bondad. No dudo que Fernando, sea buena persona, pero es un maldito “*gilipollas*” conmigo. Me trata con chulería, es brabucón y cortante. Me odia y yo, lo odio a él.

Llego a la puerta y con manos temblorosas, abro dándome una bofetada con el olor de nuestro hogar. Aquella casa se convirtió en mí mundo perfecto. Un mundo, que nunca jamás me hubiera imaginado vivir. Yo que era una *snob*, una pija remilgada siempre en tacones. Una mujer que colgó el traje de princesa, para colocarse unas botas llenas de barro y cambiando el perfume de *Chanel*, para oler a naturaleza. Sin importarme mancharme las manos o romperme una maldita uña.

Sin ser capaz de ver más allá de él. De mí amor.

—Silvia... —Una brisa helada llegó al mismo tiempo que su voz.

Entumeciéndome por completo.

—Quiero estar sola. Vete —demando con los ojos cerrados, no quiero su presencia. Me daña demasiado.

—Silvia no creo que sea buena idea...

Me doy la vuelta encarándolo. No soy capaz ni de entrar completamente en casa, solo de pensarlo se me encoge el alma.

—¡Déjame de una maldita vez, Fernando! ¡Déjame llorar en paz, déjame echarle de menos sin tener tu estúpido rostro delante de mí! —Le grito haciendo que otra nueva tromba de lágrimas moje mis pringosas mejillas del resquicio de las anteriores.

—¡¿CRES QUE SOLO TÚ PERDISTE ALGO?! —Sus ojos se anegan. Puedo ver el agua concentrada en ellos cuando da un paso hacia mí, poniéndose bajo la luz del porche. Aún es de madrugada y el sol despunta en el horizonte, llenando de naranjas y rosas el cielo—. ¡Perdí a mi hermano! —Una lágrima cruza su mejilla desapareciendo en su barba demasiado larga— Aunque esté odiando esta situación igual o más que tú, debemos estar juntos en esto. Vas a tener que joderte y aguantar mí presencia, por mucho que te moleste, nos necesitamos.

—¡No te necesito una mierda! —Digo con los dientes apretados queriéndole romper la cara de un puñetazo. Odio que se parezca tanto a él...

—¡Te guste o no, voy a quedarme aquí contigo! ¡Le prometí a Ernest, que te cuidaría y lo cumpliré!

Trago las lágrimas a duras penas y con un trémulo asentamiento, me doy la vuelta para entrar por fin. No tengo ganas de discutir ni de nada. Los recuerdos se amontonan en mi cabeza, haciéndome ver diferentes escenas en cada espacio que ven mis ojos.

La de veces que desayunamos en la mesa blanca de la cocina, que tantas otras le dije que cambiáramos por una más moderna. La de ocasiones que nos besamos en el sofá acabando desnudos y jadeantes. La de, “*te quiero*” que compartimos en cada estancia de esta casa.

—Si te parece bien, ocuparé la habitación de invitados. No es que tenga más opciones de todas maneras.

Asiento, sintiéndome cansada de repente. No tengo ganas de discutir con él, ni de mirarlo. Solo quiero dormir y no despertar nunca más. Hacer que el dolor que tengo enconado se disipe hasta convertirse en nada, en un rescoldo que poco a poco, se vaya disipando.

—¿Quieres que... te ayude con algo? No se... lo que sea.

Parpadeo enjugando con la manga de mí abrigo las lágrimas de mis

mejillas ya pegajosas y lo miro. Parado en medio del salón, con su enorme abrigo azul, que tres inviernos he visto colgado del perchero. Aún teniendo su casa justo al lado, se pasaba la vida entrando y saliendo de aquí. La de veces que discutí con Ernest por ese simple hecho. Ahora me arrepiento de haber malgastado ese tiempo en vez de estar besándolo hasta el cansancio.

—Silvia, por favor, habla.

—Voy a ducharme.

Asiente con cautela y a continuación procede a quitarse la pesada prenda y colgarla en el gancho. No queriéndole dar una mirada más, me voy dirección al baño. Allí seguramente me esperan otra serie de recuerdos que no estoy segura de poder aguantar. Y en cuanto cruzo el umbral, doy fe de ello.

Mi mano vuela hacia mi boca ahogando así, un nuevo sollozo que hace que mis entrañas se encojan y mis costillas se quejen de dolor. Ya no es solo psicológico, físicamente estoy desecha, temblorosa, desmadejada...

Ando trémula hacia el baño, no queriendo mirar nuestra cama aún desecha de hace una semana. Donde seguramente aún conserva su olor, el calor y la sensación de lo que fue dormir abrazada a él durante toda la noche. Temiendo que fuese la última, llorando en su cuello mientras él dormía de cansancio por los medicamentos. Una vez llego a mí destino, sin despojarme de la ropa y sin querer darme una ojeada en el espejo, entro en la bañera habiéndome quitado los zapatos solamente.

El agua fría impacta contra mi cara, haciendo que el frío se haga tan insoportable que miedo tengo de desmayarme. Pero no lo hago, sigo respirando, sigo sintiendo, sigue doliéndome demasiado.

Entre llantos y recuerdos lavo mi pelo, con fuerza, tirando de los mechones; queriendo deshacerme de la maldita quemazón que arroja mi corazón. No puedo, es imposible, sigue ahí persistente. Recordándome con saña que me falta él y hasta el fin de mis días lo hará.

Me dejo caer en la pared, sentándome, notando como a poco el agua se atempera y mi cuerpo tiritita. Sus palabras, sus últimas palabras, resuenan en mi cabeza. Haciéndome llorar más fuerte, desgarrando todo a su paso. *«Te amo y siempre lo haré, aunque no me veas, Silvia, jamás te soltaré» «No me olvidas, vida mía. Recuérdame siempre»*

—¡Ya lo hago, Ernest! —Grito con fuerza, rompiéndome la voz, arañándome los brazos y llorando sin consuelo — ¡Eras mi maldita vida...!

No sé cuántas horas, minutos o segundos me quedo aquí sentada. Pidiendo a quién sea que esté allí arriba, que me devuelva lo que tan egoístamente me ha robado. Tengo la sensación de que nunca volverá, de que no conseguiré mirar a otro hombre de la misma manera. Me ha arruinado para siempre, y aunque suene egoísta, eso me hace querer odiarlo.

Una vez me deshago de la ropa empapada y con el llanto casi a buen recaudo, ando desnuda con los pies de plomo hacia el dormitorio. Abro el armario, dándome una bofetada su olor impregnado en cada prenda que allí cuelga inerte de las perchas. Acaricio una de sus camisas favoritas y que tantas veces me he puesto tan solo por el gusto de verlo refunfuñado, diciéndome que me quedaba mejor que a él. Con dedos temblorosos, paso mi mano por sus pantalones, el traje de boda con el que me prometió vida eterna. Promesa que no ha podido cumplir. Cierro los ojos notando acercarse otra nueva horda de llanto, por lo que agarro una de sus camisetas y haciendo todo el esfuerzo del mundo para no desfallecer, me la pongo. La suave y perfumada tela me abraza, haciéndome sonreír al instante, al igual que lágrimas silenciosas empiezan a mojar mi cara de nuevo.

Aunque suene estúpido, me siento segura, arropada y puedo sentir como aún sin verlo, está conmigo. Me acuesto abrazándome a mí misma, con nuevos recuerdos que recordar. Deseando poder soñar con él y nunca despertar. Pero la vida es así de *“hija de puta”* que ni eso puede hacer por mí. Lo mismo que no le ha costado llevárselo a él, podría haberme quitado la vida a mí también.

¿Habrá algún momento en el que el dolor se vaya? La respuesta me hace daño, con el tiempo, el largo tiempo que conlleva olvidar. Si un solo día se me hace un mundo, no quiero imaginar meses y meses de agonía en donde tendré que acostumbrarme a no ver su cara soñolienta en las mañanas, su mal carácter al despertar, su beso de buenos días una vez toma su café; las bromas, las risas, el amor que prodigaba a los cuatro vientos por mí. La dicha que irradiaba cada vez que me veía, nuestras discusiones sin sentido, nuestras peleas y reproches. Todo eso se convirtió en sueños pasados, en meros recuerdos que solo en mí mente quedarán grabados.

Y con la ilusión de verlo al día siguiente, el cansancio me lleva con él. Creando una espiral de sentimientos encontrados, mi mente me hace querer ver la realidad, mi corazón se niega a despertar. Una vez más tengo que elegir entre la razón y la locura. Me pregunto quién ganará finalmente la batalla.

Silvia



Tres años antes... Abril. Agencia Storazza.

—¿Sí? —Coloqué el teléfono entre mi mejilla y hombro y seguí removiendo los papeles de mi escritorio. Necesitaba encontrar un documento, si no mi padre, barra jefe, me iba a matar.

—¿Silvia?

Su voz me hizo erguirme en mi silla y el teléfono se escurrió por entre mi cuello hasta acabar entre mis piernas. Lo agarré rápidamente colocándolo en mi oreja pisando mi cabello rizado a su paso, seguramente pareciendo una loca con todo el pelo en la cara.

—Señor Vidal —jadeé como si hubiera estado corriendo, por los latidos acelerados de mi corazón, seguro habría ganado medalla de oro.

Su risa resonó en el auricular y deseando disfrutarla, me dejé caer en el asiento retirando el pelo de mi rostro.

—Llámame Ernest, por favor. Solo quería saber si estás libre este fin de semana.

Un fuerte golpe al otro lado, me hizo fruncir el ceño.

—¡Eres idiota, casi me das! —Lo oí gritar a alguien.

—Lo siento, fue sin querer. —Rodé los ojos al escuchar al “*cromañón*” que él, tenía por hermano.

Aún no puedo recuperarme del shock que sufrí cuando me enteré. ¿Cómo un hombre tan... así, puede ser hermano del bueno del Señor Ernest? Cierto es, que eran como dos gotas de agua, salvo por los ojos y bueno... la actitud de mierda del otro. Obviamente me costó diferenciarlos más de una vez, si no hubiera sido por la cara de mala leche que siempre portaba Fernando. Mientras Ernest era todo sonrisas, él, era un ceño fruncido. Cuando Ernest me hacía un cumplido él, se carcajeaba haciéndome parecer una cucaracha.

—Ten más cuidado la próxima vez, ¿quieres? —Resopla y río al imaginarme su cara de frustración. — ¿Se está riendo de mí, señorita?

—¡Que va...! ¡Dios me libre! —Sobreactuó posando una mano en mi pecho teatralmente, aunque él no pueda verme.

—Sí, se está riendo de mí —afirma sacándome una carcajada.

Seguro, me estaban escuchando todos fuera de mi despacho, incluyendo mi padre.

—¿Y bien? ¿Estás libre? —Reitera trayendo a colación lo que me dijo antes de que su hermano lo golpeará con lo que demonios lo haya hecho.

Los nervios me recorrieron completa al caer en la seriedad del asunto. Éste hombre, el cual solo lo había visto una vez escasa, me estaba invitando a salir, con él.

—Pues... déjame ver mi agenda un segundo.

Coloqué el móvil en mi pecho y me obligué a respirar hondo. Estaba nerviosa, las manos me temblaban y el corazón se me iba a salir del pecho. Tras recuperarme volví a colocar el aparato en mi oreja y con una sonrisa respondí:

—Sí, este fin de semana no tengo nada importante que hacer. Nada que no pueda hacer otro día de todas maneras.

—¡Genial! ¿Me dejas tu dirección y te recojo?

—¡Claro!

Y después de darle lo que me pidió, colgamos. Él, con un hasta entonces y yo con una sonrisa de “gilipollas” que no se me iría en todo el día.

Días después. Mansión Storazza.

Mordí mis uñas en un vano intento de tranquilizarme. Eran las siete y veinte y faltaba poco más de media hora para que Ernest llegara. Papá se llevó a mamá al cine y hoy más que nunca me alegré de que se hubieran ido. No era que me avergonzara de ellos, pero viendo que ya tengo veintidós años y no estar independizada, me daba demasiada vergüenza.

El dinero nunca fue un problema, al contrario, nadaba en él. Aunque eso no

significara que lo derrochase, siempre caía algún que otro capricho, pero nada demasiado ostentoso. Tanto es así, que ni joyas tenía. Un collar regalo de mi papá y un simple par de perlas eran lo único que contenía mi joyero.

El timbre resonó en toda la casa haciéndome pegar un brinco del susto. Da igual la de veces que le dije a mi padre que lo cambiase. Él siempre decía que para una casa tan grande hacía falta un timbre que sonara hasta en el sótano.

Sordo, es lo que estaba...

Atusé mi pelo intentando de nuevo, poder domar aquellos rizos que ni una apisonadora podría alisarlos y corrí escaleras abajo intentando no matarme con los tacones. Aunque no eran mis favoritos, eran los que más se asemejaban. Aún lloraba mi terrible pérdida.

Y así con mi vestido negro entubado y el repiquetear de mis zapatos, abrí la puerta deseando de verlo.

Allí estaba, tan apuesto y perfecto como siempre. Nada de traje ni zapatos de charol. Unos pantalones pitillo azules, unas botas de cuero y una camisa blanca eran su atuendo. Y no podía estar más guapo y perfecto.

—Silvia...

Amaba tanto su voz que casi me hice un charquito en el suelo.

—Ernest...

Se adelantó un paso, tan galán y sofisticado que me dio ganas de reír.

—No hace falta que te comportes así.

—Eres toda una reina—abarcó con las manos la magnitud de mi casa, parecía intimidado, nervioso—, no me atrevería a tratarte de otra manera que no sea esa...

—No lo soy y te ordeno, que dejes la pomposidad a un lado. Ya tengo demasiado de eso alrededor.

Su sonrisa se amplió y resuelto, acunó mis mejillas y besó mi frente. La familiaridad que se tomó con ese simple gesto, lejos de asustarme, me encantó. —¿Lista?

Asentí y entrelazó nuestros dedos para luego caminar fuera de mi casa

hacia una vieja camioneta. La noche casi estaba cayendo y en cuanto subimos al coche, arrancó y nos pusimos en marcha.

Un cómodo silencio se instaló entre los dos. Donde no hacía falta más que el sonido de nuestra respiración y la sensación de conocernos desde hace mucho tiempo atrás.

—¿Puedo preguntarte si tienes novio?

Su pregunta me hizo fruncir el ceño y mirarlo. Estaba serio mirando hacia el frente. Esperando mi respuesta pacientemente.

—Si hubiera tenido novio, no estaría saliendo contigo. ¿Tú?

Su sonrisa volvió.

—Si tuviera, no estaría pensando ahora mismo en besarte hasta dejarte sin aliento y luego obligarte a casarte conmigo.

La respiración se me atascó en la garganta. Y él lo notó porque me miró automáticamente y agarró mi mano de encima de mi muslo.

—Lo siento. A veces digo lo que se me viene a la cabeza sin pensarlo antes siquiera.

Miré su mano bronceada y ruda. Callosa y trabajada de tantas horas en el campo. Casi tragaba la mía de lo grande que era. Me sentía tan protegida que casi le digo que sí, a casarme con él.

A mi edad solo tuve un novio el cual solo me quiso para heredar el patrimonio de mis padres. Nunca confié en nadie después de él. Solo me relacionaba con mis amigas y me acostaba de vez en cuando con cualquier tipo que me parecía medianamente atractivo en una discoteca. Estaba sana y joven, quería vivir experiencias, siempre que fueran desconocidos y ellos no supieran cuan generosa era mi cuenta bancaria, estaba bien para mí.

Observé de nuevo a Ernest. No se le veía un hueso de mala persona. Todo él resplandecía de bondad y por mucho que mi mente me gritara que podría ser un lobo disfrazado de cordero, no la escuchaba.

Él no supo antes de hoy de lo bien económicamente que vivía. Y lejos de brillarle los ojos, se sintió avergonzado incluso lo vi mirar su atuendo comparándolo con todo a mí alrededor.

Era un buen hombre y quería conocer todas sus facetas, cada una de sus virtudes y dejarme llevar. Estaba dispuesta a intentarlo, aunque estuviera poniéndome en contra de los deseos de mis padres.

—Estás muy callada ¿Quieres volver a tu casa?

Su semblante parecía triste y su espalda tensa. Había estado demasiado tiempo callada y él pensó que me estaba arrepintiendo de salir con él. Sonreí porque no pudo estar más equivocado.

Estábamos estacionados a las afueras de un restaurante en la costa. Aún hacía un poco de fresco, pero el olor del mar y la brisa salada contrarrestaban todo lo demás.

En un impulso coloqué mi mano en su mejilla izquierda obligándolo a inclinarse. Pegué mis labios a los suyos y lo besé.

Fue tan tierno y perfecto, que el tiempo se paró a nuestro alrededor.

—Eso significa... —Murmuró abriendo los ojos.

—Que me gustas...

Fernando



Noviembre, Hacienda Vidal.

Un mes y dos días desde que mi hermano dejó este mundo. Un mes y dos días, que vivo con Silvia, la cual ni me mira y menos, quiere saber qué existo.

Froto mi rostro queriendo quitar la frustración que siento. No duermo, casi no como nada y eso me está pasando factura. Y ni hablar de que parezco un vagabundo con estas barbas.

Me levanto de la cama haciendo una mueca. Me duele todo el cuerpo y me siento débil, cansado. No tengo ganas de vivir y menos de verla.

Cómo mirarla sin que me muera de remordimientos por dentro.

Camino hacia el baño queriendo darme una ducha y afeitarme. Ya es hora de volver y debo trabajar.

Escucho ruido fuera de la habitación. Silvia, debe haberse despertado también. Siento como el familiar pellizco se instala en mi pecho casi no dejándome respirar. No debí venir a vivir con ella. Eso solo hizo que mi cordura se esfumara y las ansias de tomarla en cada rincón de este maldito sitio, me consumieran.

Solo yo soy lo suficientemente capaz de enamorarme de la mujer de mi hermano. Solo yo y nadie más que yo, soy capaz de amarla aun sabiendo que no la iba a conseguir. ¿Cómo hacerlo si estaba con el perfecto de Ernest? Él, era el hermano educado, bondadoso, listo y capaz de llevar a cabo una relación sin que su forma de ser la destrozaran.

Yo no soy suficiente para nadie y menos para ella.

Después de dos años y medio aun no soy capaz de verla de otra manera que no sea la mujer perfecta. Ella, toda bonita, con su pelo negro rizado y al viento. Aquellas curvas que por desgracia han ido desapareciendo a todo lo que dio la enfermedad de Ernest.

En este tiempo he forjado una relación con ella consumida por el odio. Odio que yo, me encargaba de hacer crecer. Todo por el miedo de que Ernest

se enterara de mis sentimientos. ¿Y, ahora que no estaba?

Seguirá siendo así... Bastante tengo ya con odiarme a mí mismo por ello.

Acabo de ducharme y me miro al espejo. Mis ojos están rojos y apagados. Mis pómulos hundidos, estoy más delgado y demacrado.

Unto la espuma de afeitarse sobre mi cara y procedo a rasurarme. En cuanto termino, me retiro a vestirme a mi habitación. Un par de vaqueros, mis botas y una camiseta verde raída será suficiente. Salgo de mi cuarto y es la primera vez en mucho tiempo que mis tripas rujen al olor de un buen guiso. Ando como un zombi hacia la cocina encontrándome con una escena de lo más prometedora a la vez que encantadoramente perfecta.

Silvia con una camiseta de Ernest y unos pantalones de pijama de ositos por doquier, prepara algo en la olla y para mi sorpresa está tarareando una canción. Nada que ver con la Silvia de estos días, la cual, tenía que darle de comer a la fuerza para que no enfermara, la que no se levantaba de la cama a menos que yo la obligara.

—Buenos días —saluda sin haberme mirado.

—Buenos días.

Me siento en la barra de la cocina y la veo trastear en la alacena en busca de algo.

—¿Quieres café? —Pregunta.

—Sí, por favor.

Deja el bote de café en la encimera y se da la vuelta encarándome. Su ceño está fruncido.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Me asusta cuando eres tan amable conmigo.

Tengo que reprimir una carcajada ante eso. Sin embargo, me encojo de hombros y me pongo a jugar con un paño de cocina que previamente habría doblado ella.

—Te afeitaste—afirma preparando la cafetera.

—Sí, me tenías que haber dicho que parecía un náufrago.

—¿Para qué? Me hubieras lanzado una de tus tantas puyas hirientes y te lo hubieras pasado por el forro de los huevos.

Aprieto la mandíbula en coraje. Odio que tenga razón.

Desayuno en silencio mientras ella mordisquea una barra de cereal. Aquellos labios siempre han sido mi perdición, por no hablar de aquel cuerpo de pecado que bambolea a su antojo cada vez que anda. La de veces que la vi inclinada, recogiendo uvas o plantando matas. Trago a duras penas y me levanto dando por zanjada la silenciosa guerra interna que tenemos. Tengo trabajo que hacer y estar cerca de Silvia, a solas, empieza a ponerme de los nervios.

Silvia



Tres años antes... Mayo. Hacienda Vidal.

—¿Pero, qué tenemos aquí...?

Cerré los ojos a la vez que apiñaba mi boca en molestia. Estábamos todos y parió la abuela.

Me di la vuelta para verlo aparecer con una soleta al hombro y vistiendo uno de esos modelitos camperos que tan malditamente mal le quedaban. «¡Mentirosa!»

—¡Si es, la princesita! —Dijo con sorna — ¿Se te perdió algo por estos lares? ¿La inteligencia, quizás?

—Cuida tu lenguaje, Fer...

Ernest me rodeó la cintura y me besó dejándome descolocada. Hacía semanas que salíamos y era la primera vez desde la sesión de fotos que no venía a la hacienda.

Cuando nuestros labios se separaron miré de reojo hacia Fernando, el cual ya se daba la vuelta y se marchaba a paso rápido. Mejor, así estaba a solas con mi querido novio y sin hermanos desagradables alrededor.

—¿Tuviste un buen viaje? —Preguntó a la vez que agarrándome de la mano, me llevaba hacia la casa.

—Tan solo pensando en que te iba a ver, el viaje se me hizo corto.

Su sonrisa se amplió y sus ojos se achinaron con el gesto. Era tan guapo...

—Oye, no le hagas caso a mi hermano. Es un idiota cuando quiere. Ya verás que, con el tiempo, hasta os cogéis cariño.

—¿Tanto tiempo crees que estaremos juntos para que nos lleguemos a estimar y todo? —dije en tono pícaro y juguetón.

Me acorraló contra la pared y besando mi nariz, me dijo:

—Ya te dije que quería que te casaras conmigo. Solo tienes que decirme

que sí.

Reí y lo besé por largo rato hasta que un carraspeo nos hizo despegarnos. Fernando estaba allí, con una mueca de asco en sus labios.

—¿Puedes dejar de besuquearte y ayudarme?

—Te dije que tendría visita. Mañana acabaremos con lo que habíamos empezado, quiero estar con mi novia todo el día.

Soltó una risa despectiva que me puso los nervios de punta. “*Gilipollas*”.

—¿Tu novia? —Espetó— Estás progresando, sí señor... —
Fernando... —Advirtió.

El otro se rió y se fue soltando el utensilio que llevaba en las manos con toda su fuerza haciéndolo golpear contra el suelo con un ruido sordo. Ernest negaba con la cabeza al mismo tiempo que me guiaba al interior de la casa. ¿Tanto me odiaba qué no podía ni verme?

Junio. Hacienda Vidal.

—¡Hace un calor de mil demonios! —Escuché que decía Fernando antes de entrar en la casa.

Cosa que no esperábamos ninguno de los dos. Primero él, que, al verme en esa guisa, se quedó parado en mitad del salón recorriendo con su mirada mi cuerpo de arriba abajo. Y yo, no me esperaba que entrara así sin más en la casa de su hermano.

Agarré la camisa a cuadros de Ernest que estaba tirada en el suelo de cualquier manera y tapé mi ropa interior. Hacía calor y acababa de despertar.

Menos mal no me dio por salir completamente desnuda como acostumbraba a hacer en mi casa.

— ¿Qué demonios...? —Gruñó encolerizado.

Sus orejas estaban rojas de la rabia y por un momento me sentí la peor escoria solo por haber dormido con su hermano esa noche.

—Fernando yo... —No sabía por qué, pero quería darle una explicación. ¿De qué? No tenía idea, pero sentía como si tuviera que pedirle perdón por algo.

—Dile a Ernest que voy al pueblo.

Y salió de allí como un vendaval, habiendo arrasado con todo a su paso.

Poco después, mientras estaba haciendo el desayuno, sentí los brazos de Ernest abrazarme por detrás. Yo aún seguía con la mente ida por lo que sucedió un rato antes.

—Tu hermano me odia—murmuré untando la mantequilla en el pan.

Besó mi cuello al mismo tiempo que acariciaba mi estómago por debajo de su camisa que aún llevaba encima.

—No, solo está siendo imbécil. Déjalo, ya se dará cuenta de lo maravillosa que eres.

Me di la vuelta y jugué con su pelo para tener las manos ocupadas, y que no viera mis manos temblar. Quiera o no, cada enfrentamiento que tenía con Fernando me afectaba demasiado y no sabía el por qué.

—¿Pero, qué le hice? ¿Acaso está celoso de que le quite a su hermano mayor?

Su carcajada me hizo sonreír un poco.

—No lo creo. Solo estará pasando por una mala racha, eso es todo. Se acerca el aniversario del fallecimiento de mis padres y él es el que lo lleva peor de los dos.

Lo abracé dándole mi apoyo. No sabría qué hacer si en un futuro, mis padres me faltaran.

—Lo siento. Podría intentar acercarme a él.

Sus ojos se entrecerraron y me hizo cosquillas en un costado haciéndome revolverme en sus brazos.

—Ni se te ocurra acercarte tanto. Soy un tipo celoso y eres mía, solo mía.

Y tras eso, nos besamos sin miramientos. Olvidando el desayuno y perdiéndonos de nuevo el uno en el otro.

Era de noche y me encontraba sentada en el porche arropada con una suave y caliente manta mientras leía un libro de Ernest. Estaba esperando a Fernando para hablar con él. No podíamos seguir así si de verdad lo de Ernest y yo, iba

para largo. Tenía que ceder ya que él, no tenía ninguna pinta de hacerlo.

Miré mi reloj por enésima vez viendo que eran las dos de la madrugada. ¿A dónde habría ido?

No acabé de hacerme esa pregunta que el *Jeep* de Fernando, racheó en el camino de grava. Dejé el libro a un lado y me levanté para cortarle cualquier escapatoria, pero me paré en seco al ver su estado.

Salió tambaleándose, pegándole una patada al guardabarros del coche consiguiendo dar un traspie y casi caer al suelo. Chillé y corrí hacia él. No logré ni agarrarlo cuando me empujó. Sus ojos oscuros como la misma noche, me miraban con un odio inmenso y mordí mi labio inferior aguantando las ganas de llorar. Jamás en la vida vi a nadie mirarme así. No me definía como una mala persona y no sé qué mierdas le hice yo a él para que me tratase así. Las palabras de Ernest resonaban en mi cabeza, diciéndome que solo era tristeza por la muerte de sus padres. Así que tragué saliva y me volví a acercar. Él dio un paso atrás casi cayéndose de espaldas.

—No me toques... —Su voz ronca y casi extinta, como si hubiera fumado dos paquetes de tabaco a la vez, hizo eco en la silenciosa noche.

—Fernando, solo quiero hablar contigo. No soy tan mala como crees, no sé qué te hice, pero sea lo que sea, lo siento.

Soltó una risa amarga al mismo tiempo que se impulsaba con pies inestables en dirección a su casa. Yo lo seguí remangando la manta para no ensuciarla con la arena.

Llegamos a su puerta y antes de entrar se dio la vuelta bruscamente.

—¡Déjame en paz y vete a follar con mi hermano, “*princesita*”!

Mi ceño se frunció y alcé mi mano con la intención de golpearlo con todas mis fuerzas. Pero él, incluso borracho, pudo parar mi ataque agarrando mi muñeca con ferocidad.

Ahugué un gemido de dolor.

Su rostro se acercó tanto al mío que el olor a alcohol de su aliento casi me emborrachó a mí.

—¡Mantente alejada de mí, Silvia! ¡No me mires, no me hables, ni siquiera

respire en mi dirección!

—¿Qué coño te hice? —Susurré entrecortadamente.

—¡Aparecer...!

Me soltó bruscamente y lo último que escuché fue un fuerte portazo de su parte. Con pies de plomo y el alma destrozada, me encaminé entre sollozos hacia la casa. ¿Es qué me merecía tanto desplante de su parte? No hice nada que lo pudiera ofender, es más, fue él, el que primeramente empezó a tratarme como una estúpida. Yo, por el contrario, siempre intenté acercarme a conversar como adultos y no como él, se emperraba en espetarme cada cosa como si le costara el mero hecho de entablar palabra.

—Maldito seas, Fernando Vidal... —Susurré a dientes apretados, abriendo la puerta de casa y entrando sin hacer ruido para no despertar a Ernest.

Lo que menos necesitaba era que se enterara de que habíamos vuelto a pelear y, ¿cómo explicarle que me odia? No iba a ser tan perra de hacerlo elegir entre su novia y su hermano. Solo esperaba que algún día hubiese una, aunque fuese minúscula, posibilidad de que nos lleváramos bien.

Dejé la manta bien doblada en el sofá y me dirigí al baño a lavarme los restos de lágrimas que adornaban mi cara. Las palabras de mi madre, las cuales soltaba cada vez que tenía ocasión, resonaron en mi cabeza justo cuando me miré al espejo: *«Eres aún una niña tonta Silvia, aprende a comportarte como una adulta y deja la mojigatería. Este es un mundo de depredadores y no puedes ser el pequeño pececito sin que te devoren»* Y visto lo visto, Fernando, se convirtió en el tiburón.

Fernando



Diciembre. Hacienda Vidal.

Hoy es mi cumpleaños, como cada año hago como que es un día normal y corriente y más ahora que nadie sabrá que lo es siquiera. El sol despunta por el horizonte, el día empieza y no he parado de trabajar en tres horas. No podía dormir y no encontré mejor entretenimiento que ponerme a arreglar el riego de los naranjos en plena madrugada. Tenía que quitarme de la cabeza de alguna manera que ahora vivo con ella. Que vería como luce por las mañanas, cómo de bonita es cuando cocina. Y, sobre todo, lo excitante que era escuchar detrás de la puerta de su baño, como el agua caía sobre su cuerpo. Imaginando cada gota rociando en su piel, tersa y brillante.

Rugí cortando el aire, haciendo que una nube de vaho saliera de mi boca. Hace un frío de mil demonios, pero estoy que ardo por dentro. Si no que se lo digan a la erección que se está alzando en mis pantalones de trabajo.

Maldigo de nuevo y recojo la cinta y tijeras para encaminarme hacia la casa. Si tengo suerte Silvia, no habrá despertado y podré ducharme y salir de nuevo sin que me vea. Abro la puerta con cuidado, pero ver la silueta de aquella mujer justo delante de mis narices, me hace pegar un brinco del susto.

Su semblante se balancea entre divertida y triste. Y antes de poder decirle nada, estampa algo contra mi estómago.

— ¡Feliz cumpleaños!

Y sale dejándome con medio latido de retraso. Un paquetillo plateado descansa en mis manos sucias y con dedos temblorosos, lo abro. Una cajita custodia un bonito llavero de madera con mi nombre tallado. Y en el reverso un beso de rojo carmín.

Es de noche, Silvia y yo comemos en silencio un rico solomillo en salsa, mientras el partido se retrasmite por radio. Da igual la gran pantalla plana que cuelgue de la pared, prefiero veinte veces hacer como hacía mi padre todos los días de partido. Eso me da el privilegio de observarla, seguir el juego y morirme más de amor por ella si cabe. Llevo mi mano derecha al bolsillo de

mis *jeans*, acariciando sobre la tela el bonito llavero de madera. Sé, a ciencia cierta, que lo que menos necesita es que le agradezca el detalle, está demasiado acostumbrada a mi mal humor y mis desplantes como para ir ahora de buen cuñado y besar el suelo que pisa. Rebaño el plato con un trozo de pan de miga, y chupo la salsa que queda en mis dedos. Casi me pierdo la mirada que me da Silvia, durante los breves segundos que tardo en limpiarme el pulgar con la lengua. Una sonrisa de suficiencia juega en la comisura de mi boca.

Está nerviosa de repente, no sabe si respirar o comer, ya que parece no saber llevar a cabo esas dos cosas a la vez. Siempre he tenido constancia de que mi físico no ha pasado desapercibido para ella, puedo decir que poseo los suficientes atributos como para dejarla embobada durante bastante rato, lo malo es que esas miradas que ella pensaba inocentes, a mí me causaban un terrible dolor de huevos.

—Te hice tarta... —Susurra moviendo los guisantes de un lado a otro en su plato.

Dejo la copa de vino en la mesa después de tragar un sorbo y frunzo el ceño en vez de sonreír cual infante emocionado, como en realidad tengo ganas de hacer. Ella me mira y resopla al ver mi semblante ¿Cómo jodidamente consigo aguantar las ganas que tengo de lanzarme contra ella y devorarla?

Silvia, se levanta llevándose nuestros platos y trayendo con ella una pequeña tarta de chocolate con pequeñas virutas de limón por arriba a los pocos segundos de marcharse. Una solitaria vela color rojo, adorna el delicioso postre, poniendo la guinda definitiva. Sin dejar ver mi emoción, alcanzo mi navaja que traigo conmigo en el bolsillo, colgada ahora del llavero y bajo su atenta mirada procedo a cortar el pastel.

Con una porción para cada uno, la mía un poco más grande, comemos con el mismo silencio tenso que antes. Un gol es cantado por el comentarista, y me abstengo de gritar como un condenado. Mi equipo va ganando, pero en cuanto recuerdo cómo disfrutaba haciendo rabiar a Ernest con eso, el estómago se me cierra de golpe, revolviéndoseme las tripas.

—Ya nada será como antes, ¿verdad? —Me pregunta alzando la cabeza, dejándome ver sus ojos anegados en lágrimas no derramadas.

Las mías propias se avecinan y tragando costosamente, dejo el tenedor en el plato con desgana. Los minutos pasan y cuando el llanto de Silvia se convierte en ahogados sollozos, se levanta y se va. Dejando que mi dolor se propague como pólvora, dejándome otra vez solo con mis fantasmas.

Y con las manos temblando, dejo caer mi cabeza en ellas y lloro desconsolado. Escuchando cómo los aficionados corean el triunfo del equipo, haciéndome recordar momentos únicos que pasé con él. Eso me hace odiarme más, gritarme a mí mismo, qué demonios hago enamorado de su mujer. Su buena esposa, su amante y confidente, no mía.

Silvia Storazza nunca será mía, siempre seré el segundón, el que sacaba la segunda mejor nota, el que aprendió a andar después, al que papá llevaba a pescar recordándome siempre cómo lo hacía mi hermano para hacerlo yo igual. No odié ni odio a Ernest por ello, jamás en la vida, le reproché ser el mejor en nada. Pero sí hay una sola cosa de la que me arrepiento y me arrepentiré de por vida: no haber sido yo, habiendo tenido oportunidad, el que enamoró a Silvia.

Una vez caigo en la cama rendido y desmadejado, el sueño me vence al igual que las constantes pesadillas. La cara de Ernest, furioso, reprochándome el sentir lo que siento por su mujer. Para luego aparecer una escena de ellos dos besándose, riéndose de mi sufrimiento. Despierto empapado en sudor, con la noche aún cubriendo el cielo y pidiendo a voz en grito en mi cabeza, que los fantasmas me den un respiro.

Decido ir al campo como cada noche. Solo así consigo mantenerlos a raja tabla. Acariciando las hojas de los árboles, oliendo las rosas amarillas que plantó Silvia un año atrás. Dejando salir la angustia que siento de la única manera que sé, solo. Sin compañía de nadie, un juguete roto arreglándose a sí mismo con adhesivo barato pues las heridas vuelven a abrirse, a doler, en carne viva.

¿No hubiera sido más fácil para todo el mundo, que yo no hubiera nacido?
¿Para qué estar en esta vida de todas maneras?

Pero entonces la imagen de su sonrisa, me hace caer de rodillas en la tierra. Mi corazón empieza a golpear fuertemente en mi pecho, queriéndome hacer ver que es la única razón que me queda para vivir. Tengo que protegerla,

pero cómo hacerlo sin dejarle ver cuánto la quiero y deseo...

Silvia



Tres años antes... Agosto. Mansión Storazza.

—Odio lo bronceada que estás. Yo, aunque me pusiera a dos centímetros de distancia al sol, ni me calentaría.

Reí con ganas y miré su cuerpo níveo brillar por la cantidad de aceite bronceador que llevaba. Melisa rara vez cogía color en verano y no es que no lo intentara la pobre.

—¿Y qué hago yo? Mi piel es así, cojo el moreno enseguida.

—Sí, igual que tu amorcito. Que vive moreno todo el año. ¿Crees que tendría alguna oportunidad con tu cuñado? Estoy pensando en tirarle el anzuelo a ver si pica.

Reí un poco y cuando vi que cogió de nuevo el bronceador mi sonrisa se esfumó. No sé por qué, pero lo que dijo, careció de chiste para mí. No es que estuviera celosa, si no que el hecho de ver a mi compañera y mejor amiga sufrir por un neandertal como Fernando Vidal, no me hacía ninguna gracia.

Pasamos la tarde en la piscina y cuando Melisa se fue, corrí a ducharme para luego llamar a Ernest por teléfono. Después del fin de semana que me quedé en la hacienda lo echaba muchísimo de menos y ya estaba deseando que fuera viernes otra vez.

Papá y mamá ya estaban al tanto de nuestra relación. Aunque al principio pusieron el grito en el cielo, cuando les dije a lo que se dedicaba, cambiaron de parecer y más cuanto se lo presenté. Me enteré de que mi hombre no era un pobretón, era dueño de tres viñedos junto con la hacienda donde vivía con Fernando y tuve que apretar los labios juntos para no soltar una exclamación. Si no era más adinerado que nosotros, poco le faltaba.

—¿Ernest?

—¡Cómo no! “*La princesita, dando por el culo de nuevo*”.

Bufé queriendo atravesar el teléfono y pegarle un buen puñetazo en pleno

hocico.

—¿Puedes pasar “su” teléfono a Ernest, por favor?

—Pues... —Se calló un largo rato y yo como una imbécil, me quedé con el teléfono en la mano esperando— ¿Qué me das a cambio?

—¿Qué?

—¿Ahora estás sorda? Dije que...

—¡Te escuché, idiota! ¡Dale inmediatamente el teléfono a Ernest o te daré tal patada que tendrás que hacerte una reconstrucción genital!

—¡Vaya, tentador...!

Su voz se tornó ronca y juré poder sentir su aliento en mi oreja. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y sin pensármelo, colgué.

La respiración me iba acelerada y las manos me temblaban. Pegué un brinco en cuanto mi móvil empezó a sonar con una llamada de Ernest. Tragué saliva y me pensé seriamente si cogerlo o no. ¿Y si era Fernando de nuevo?

—¿Ernest?

—Oye cariño, perdón por eso. El imbécil de mi hermano nunca sabe cuándo parar.

Suspiré en alivio y sonreí sin poder remediarlo. Mientras que Fernando me hacía padecer taquicardia, Ernest me calmaba como una canción de cuna.

—Descuida...

Hablamos durante horas o quizás fueron largos minutos, pero no paré de reír y de hablar en todo lo que duró nuestra charla. De vez en cuando, escuchaba la voz de Fernando llamándolo o diciendo una de sus tantas perlas. Y me abstuve de mandarlo a la mierda, aunque no pudiera escucharme.

Septiembre. Feria anual.

— ¿Y dices que Fernando tiene una cita?

Ernest soltó una carcajada y negó con la cabeza mientras giraba a la derecha hasta llegar al aparcamiento de la feria. La noria sobresalía entre todas las atracciones y el olor a algodón dulce inundaba el lugar. Si no estuviera bastante interesada en su contestación, hubiera mirado a mí

alrededor con la ilusión de una niña de cinco años.

—Sí, por muy difícil que sea de creer. Dijo que vendría a la feria por lo que seguro nos juntaremos para cenar en algún lugar.

El estómago me dio un retortijón y deseé no haberme comido medio bote de Nutella a cucharadas. Seguramente me arrepentiría toda la tarde.

Salimos del coche y automáticamente nuestras manos se buscaron haciendo entrelazar nuestros dedos. Ernest, besó mis labios y yo le respondí con fervor y ansias. La feria ya no se me antojaba comparándolo con estar en sus brazos. Después de un rato besuqueándonos en el aparcamiento, nos obligamos a seguir adelante. El quiosco de algodón de azúcar fue nuestra primera parada. Eligiendo el de fresa y él el azul, anduvimos sonrientes mirando cada atracción y caseta que pasábamos. Hasta que un silbido de lo más familiar me hizo tensarme y parar.

—¡Ei, hermano!

Lo que dijo Ernest fue el detalle que faltaba para que mi cuerpo se pusiera rígido del todo. ¿No podríamos estar un día entero nosotros solos? Me di la vuelta con una sonrisa de lo más falsa plantada en mis labios, pero en cuanto vi a su muy divertida acompañante, me atraganté con mi propia saliva, haciendo que la mueca alegre de mi boca pasara a ser una arcada. Melisa se rió y vino hacia mí para darme palmaditas en la espalda. Mientras tosía la fulminaba con la mirada.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —Murmuré entre dientes haciendo que solo ella me escuchara. Los otros dos estaban charlando como si yo no hubiese tenido un mini infarto.

—¿No es obvio? —Señaló a Fernando y un suspiro algodonoso entreabrió sus labios a la vez que una sonrisilla de lo más gilipollas le afloraba.

—¿Y no me lo dijiste? —Me recompuse y empecé a caminar agarrándola del brazo; sin siquiera esperar si los otros dos nos seguían. Pude ver que sí al escuchar sus pasos detrás de nosotras.

—Te dije que tenía una cita —se excusó miserablemente.

—¿Y se te olvidó decirme que fue con él no? —Gruñí por lo bajo y me paré en la fila para montar en la noria.

—¿Qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros y tras sonreír sobre su hombro, supuse a Fernando, me volvió a mirar a mí —Sabía que no te iba a hacer gracia, pero no pude resistirme. Y creo que le gusto mucho, ya que en cuanto lo llamé y le dije de salir él propuso entusiasmado a dónde ir. ¿No es genial?

Paré de escuchar su diatriba deseando poder acabar la dichosa cita doble. Quería estar sola con Ernest, pero ahora era más importante vigilar a mi amiga. No quería que al final de la noche, acabase con el rímel corrido y con las piernas temblorosas.

Cuando fue nuestro turno de subir, Ernest, se adelantó a pagar por mi entrada y aunque le dije que no hacía falta él, no dio su brazo a torcer. No podía decir lo mismo de Fernando, dejó a su acompañante que pagara y él ni se preocupó de sentarse a su lado.

Lo miré de reojo sintiendo el peso de su muslo en el mío. ¿Es que tiene que sentarse con las piernas tan abiertas? Y tras resoplar me levanté antes de que la atracción empezara y me senté en el regazo de Ernest, obligando así a Melisa a cambiarse de asiento.

Ernest rió y me besó el cuello con delicadeza haciendo que todos los pelitos de mi nuca se erizaran.

—Parecéis unos malditos adolescentes hormonados. —Como no, Fernando no se abstuvo de comentar.

—Si tan celoso estás, hermano, tienes a una bella dama más que dispuesta a recibir tus hormonas.

Miré a Melisa que se puso igual de roja que su vestido y por una vez en mi vida, quise que se convirtiera en monja. Así no hubiera dicho lo que dijo a continuación.

—Más que dispuesta... —Ronroneó posando su mano de uñas porcelana en el muslo masculino.

Fernando me miró por un breve segundo antes de lanzarse a los labios de mi amiga. Haciéndome ahogar un chillido de la impresión. Sus labios devoraban la boca de ella y sus grandes manos abarcaron su mejilla y muslo haciéndola casi subírsele encima.

Ernest me obligó a apartar la mirada de aquellos dos que gemían como locos.

—Bésame...

Y lo hice, solo para demostrar al neandertal de mí querido, futuro cuñado, que aquello no iba a pararme. Poco después con la respiración de los cuatro acelerada, salimos del cubículo de cristales empañados. Cualquiera que nos viera, creería que acabamos de hacer una orgía. Y tuve que pegarme mentalmente cuando aquella escena se proyectó en mi cerebro.

—¿Dónde vamos ahora? —Preguntó mi novio en general.

La parejita no paraba de hacerse manitas y ya me estaban poniendo de los nervios. Ganas no me faltaron de agarrar a mi amiga y llevármela de allí como alma que lleva el diablo. Y, buen diablo que tenía al lado...

—Nosotros nos vamos a la hacienda —dijo Fernando palmeando el trasero de Melisa. Esta lo correspondió con un intento de rugido y mordiendo su barbilla con deleite.

Y antes de poder objetar nada, se fueron andando dirección a los aparcamientos.

—Quieres irte también, cariño? —La dulce y ronca voz de Ernest en mi oído me hizo olvidar todo lo que tenía en mente. Sonreí y lo abracé en torno a su cuello.

—¿Dónde?

—Donde sea mientras que pueda devorarte y hacerte mía...

—Mmmm... —Mordí su labio inferior y de un tirón me pegó a su cuerpo haciéndome notar su erección—. Demasiado tentador para decirte que no.

Fernando



Diciembre. Hacienda Vidal.

Miro con fijeza el triste adorno navideño que cuelga de la lámpara. La soledad me abrumba y tengo que desabrochar los primeros botones de mi camisa, para no ahogarme. Silvia se fue hace horas a pasar la Nochebuena con su familia y aunque yo le dije que también saldría, no fue más que una burda mentira. Desde ayer no tenía más plan que quedarme con ella y disfrutar de su compañía, en silencio, pero disfrutándola, al fin y al cabo. Sin embargo, entiendo que su familia sea más importante que estar encerrada entre recuerdos y con su odioso cuñado que no hace más que hacerla enfadar, por lo que, tras recibir la llamada de su madre, decidió largarse. Doy un nuevo trago a la botella de *Bourbon* y dejo caer mi cabeza en el respaldo del sofá. Un viejo villancico se reproduce desde la vieja radio de Ernest. Tarareo en silencio, prolongando mi agonía de la única manera que sé.

Mi móvil vibra sobre mi pierna y lo agarro profiriendo un suspiro de cansancio. No quiero hablar con nadie, pero puesto que no tengo un maldito amigo, la curiosidad me mata por saber quién es.

«¿Estás en casa?»

Es ella y no puedo detener la sonrisa que curva mis labios.

«Sí, no estoy para festejos»

Su respuesta llega casi en el acto.

«Yo tampoco. ¿Sería mucho pedir que no fueras demasiado neandertal conmigo esta noche?»

Suelto una risa corta y muevo mis dedos sobre el teclado.

«Entonces no sería yo, *princesita*»

«Me vale con eso, entonces»

Al segundo de haberlo leído, la puerta de entrada se abre dejándome verla. Lleva el mismo vestido negro con el que horas antes la vi partir. Con el nuevo complemento de la marca negra de sus lágrimas surcando su cara.

—No puedo salir de esta casa sin que me embargue la tristeza... —Dice simplemente mordiéndose el labio para así aguantar el llanto.

Trago saliva sintiendo las mías avvicinarsse. Me levanto con la intención de abrazarla, pero me retengo a tiempo, a medio paso de alcanzarla. No quiero crear ningún vínculo afectivo entre nosotros. No me perdonaría ni ser su amigo. Bastante tengo ya con sufrir en silencio el peso de estar enamorado de ella. Ernest se estaría revolviendo en su tumba solo de escuchar mis pensamientos cada día.

—Yo tampoco. ¿Quieres beber? —Le enseño mi botella medio vacía y ella asiente al mismo tiempo que acorta la distancia hasta llegar a mí.

Su olor me hace cerrar los ojos. Queriendo retenerlo el máximo tiempo posible, aún sí me arden los pulmones en el proceso.

—¿Te encuentras bien?

Abro los ojos pudiendo ver la preocupación en los suyos. ¿Por qué tiene qué ser tan jodidamente guapa? ¿Por qué no simplemente la besé en cuanto puso un pie en la finca? ¿Por qué en vez de ser un grosero de mierda, no le pedí que se casara conmigo? Todo hubiera sido al revés y quizás ahora estaríamos haciendo el amor como posesos, justo en la casa de al lado.

Niego con la cabeza y tras darle un trago a la botella la dejo en la mesa de centro y me voy a mi habitación.

Escucho su llanto silencioso a lo lejos, la dejé sola y me está matando por dentro. ¿Es tan difícil arrancarse el amor del pecho? Ojalá pudiera rajarme el corazón y hacer que deje de latir. Porque solo late por ella y lo odio. Nunca en la vida me enamoré de esta manera y según Ernest, antes de la muerte de mis padres, era un enamorado que andaba enamorado de toda chica que se me ponía por delante. Antes no era como soy ahora. Antes no tenía en la cabeza que me iba a quedar solo y que me maten si no ha sido así. No tengo familia, amigos y mucho menos novia. Solo me queda Silvia, mi cuñada la cual me odia más que a nadie.

Aún recuerdo su mirada herida cuando le dije que ojalá no hubiera aparecido nunca en nuestras vidas. Qué sarta de mentiras...

Si no hubiera sido por ella, no estaría sintiendo este sentimiento, aunque

doloroso, en el alma. Esas ganas de vivir y de morir a la vez. De abrazarla y no despegar mi nariz de su cuello. De acariciar sus rizos y de sentir su sonrisa en mis labios.

Me levanto dando tumbos por la habitación, dando por zanjado mis pensamientos. He bebido demasiado y aún con la ducha fría que me di, no se me ha pasado la borrachera. Abro la puerta y camino por el pasillo escuchando sus sollozos más cerca. La encuentro hecha un ovillo en el sillón de Ernest abrazada a la botella vacía y sorbiendo por la nariz.

Aún así, es la mujer más guapa de encima de la Tierra y a punto estoy de mandarlo todo a la mierda y decírselo. Aunque eso signifique cavar mi propia tumba.

—Vamos a la cama, Silvia.

Ella me mira entre lágrimas no derramadas y se levanta entre hipidos. La agarro cuando veo que se desestabiliza y ella se abraza a mí como una serpiente.

La cojo en brazos, dándome cuenta de su significativa bajada de peso. No es la primera vez que la cargo, la tercera, quizás. Las otras dos fueron cuando se quedaba dormida en el sofá y la llevaba a la cama donde Ernest dormía plácidamente. Ella y su manía de leer antes de irse a la cama y hacerlo en la sala para así no molestar a Ernest. Puedo recordar su cara cuando mi hermano le regaló un libro electrónico, y ella categorizó que lo que le gustaba era pasar las páginas no quedarse sin huellas dactilares por deslizar los dedos por una pantalla.

Estoy por dejarla en su cama cuando me atrae hacia ella, desesperada. Acabo sobre su cuerpo, entre sus piernas. Haciendo que su vestido suba hasta dejar sus muslos suaves al descubierto. La locura me llama. El deseo se propaga como una llama por todo mi cuerpo y en el momento que sus labios se posan en mi cuello, me siento desfallecer.

Sus manos inquietas tiran de mi camisa haciendo que unos cuantos botones salgan disparados por doquier. Jadea, solloza y yo intento con todas mis fuerzas apartarla de mí.

Mis fuerzas son casi inexistentes mediante sus caricias se hacen más exigentes. Siento que me muero, me ahogo. Un gemido lastimero sale de mi

garganta cuando se impulsa en mi contra. Y aunque me muera de ganas por seguir, pongo una mano en su hombro parándola. Una franja de luz de luna ilumina sus ojos enrojecidos de tanto llorar y puedo ver el arrepentimiento mezclado con la excitación del momento en cuando repara en quien soy.

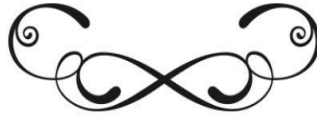
—Duérmete...

Con cuidado de no rozarla más de la cuenta, salgo de entre sus piernas con una mueca y me marchó hacia mi habitación. Su olor se ha quedado prendado en mi pijama, en mis manos. Como un loco desesperado llevo mis dedos a la nariz, aspirando y emborrachándome más de lo que estoy. Pero de una manera totalmente distinta, es mi marca de heroína, la droga que consigue narcotizarme en un mísero segundo.

Llego ronqueando con las paredes a mi habitación solitaria, oscura tan solo iluminada por pequeñas pintitas de luz de luna que traspasa los agujeros de las persianas. El corazón me grita que vuelva a sus brazos, que quite su dolor a base de besos y caricias infinitas. Que me pierda en la profundidad de su ser hasta quedarme sin resuello. Pero la razón me obliga a pensar. En recordarme duramente que aún sigue brillando la alianza de su dedo. Esa promesa que será la sogá que porte para siempre.

No logro encontrar la manera de dormir, una vez llevo una hora dando vueltas sin resultado. Aún sabiendo que Silvia duerme, no consigo dejar de escuchar su llanto. Se ha convertido en arrullo por las noches junto con el cantar de los grillos y lo más vil de todo es que no he sido capaz de levantarme e ir a consolarla.

Silvia



Dos años antes... Marzo. Hacienda Vidal.

Me mordí la última uña que quedaba intacta en mis dedos. El reloj marcaba las doce de la noche y Ernest seguía sin llegar. Habíamos discutido y él simplemente se marchó dejándome en casa sola. Hacía ya dos meses que vivíamos juntos. Mi padre puso el grito en el cielo en cuanto le dije que dejaba no solo la casa familiar, sino mi trabajo en la revista también. Trabajaba junto con las demás jornaleras y no se me daba tan mal. Y he de decir que me gustaba hacerlo.

Me levanté del sofá con la intención de mirar fuera por si veía la camioneta llegar. Pero solo estaba el coche de Fernando. Él estaría con Melisa, lo más seguro, en su casa dándose el lote como buenos novios *calentorros*.

A diferencia de lo que pensé, parecían llevarse bien y conforme iban pasando los meses, mejor se veían. Yo aún seguía teniendo la sensación de que algo iba a torcerse. Ese hombre la iba a joder y no de una buena manera como seguramente la estaría jodiendo en ese momento.

Unos faros me cegaron a través de la ventana desde donde miraba el exterior. Ernest ya llegó y un suspiro tembloroso salió de mi boca, en alivio. No me gustaba pelear con él, pero esos días estaba que mordía y ni yo misma sabía el por qué. Él, lo achacaba con el cambio de ciudad y de costumbres. Yo le gritaba en respuesta.

Lo vi salir de la camioneta un poco más inestable de como se fue. Había bebido y no me gustó ese detalle. El enfado se propagó como una mecha ardiendo por todo mi cuerpo, pero la extinguí a la fuerza, queriendo por una vez hacer las cosas con calma.

Me volví a sentar en el sofá y esperé a que entrara. Cuando la puerta se abrió y lo hizo, sus ojos cayeron en picado en mí. No dije nada, quise que él hablara primero.

—Silvia... te amo.

Y solo con eso hizo que mi enfado se esfumara. Me levanté y corrí hacia sus brazos haciendo que casi nos cayéramos gracias a la ebriedad que portaba. Hice una mueca al degustar el alcohol en sus labios.

—También te amo, Ernest. Pero no me gusta que bebas tanto.

Él negó con la cabeza y me apretujó contra sus brazos. No sé si era porque se caía y necesitaba apoyo o simplemente quería retenerme contra él.

—Cásate conmigo, Silvia.

Mi corazón dio un latido de menos. Hacía tiempo no sacaba a relucir esa declaración que al principio dejó caer y me vi obligada a respirar para tranquilizarme. Salí de entre su cuello y lo miré a los ojos. Brillantes y desenfocados.

—Estás borracho, Ernest. No digas tonterías.

Me iba a apartar de su cuerpo cuando me volvió a agarrar de la muñeca impidiéndomelo.

—Estoy lo suficientemente sobrio para saber lo que hago y quiero. Y en este momento, Silvia Storazza te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Miré hacia la puerta aún abierta cuando un movimiento fue captado por el rabillo de mi ojo. Fernando nos observaba desde el umbral. No sé si fue el empujón que necesitaba, pero fuera lo que fuese, le dije que sí.

Fernando se fue después de eso. Seguro me odiaba incluso más que antes. Me iba a convertir en parte de su familia, le gustase o no.

Días después.

—¿Silvia, sabes por qué demonios, no me coge el puto móvil? No sé qué mierda hice, pero no me llama ni da señales de vida —lloriqueó al otro lado del teléfono.

Suspiré y me masajeeé las sienes. Sabía que esto tarde o temprano pasaría.

—No lo sé, Mel. Él no durmió aquí en una semana. No sé dónde ha ido a parar y tampoco es que me importe.

—¡¿Una semana?! ¿Cómo que no ha dormido en su casa en una semana?

¿Y, si le pasó algo? ¿Y, si ha tenido un accidente y ahora está...?

—Tranquilízate, Melisa. —rodé los ojos en molestia. Podía ser un grano en el culo cuando se lo proponía y desde que estaba con Fernando nuestra relación ya no era la de antes. No hacía nada que no fuera con él y como no trabajábamos juntas casi ni nos veíamos. Esta era la primera llamada en dos meses y cuando venía se encerraba a cal y canto en la casa de Fernando como para verla dos segundos— Ernest habla con él todos los días. Sé que está bien. Seguramente en un motel de mala muerte o en un maldito *club*, me importa una mierda.

—¡Oye! Que no se te olvide que estás hablando de “*mí*” novio.

—No, tranquila, qué no se me olvidó. —Apreté mi frente deseando hacer desaparecer el fuerte dolor de cabeza que tenía— Tengo que dejarte, Ernest me llama.

—¿Me avisarás en cuanto llegue? Le robaré el coche a mi papá si es preciso e iré para allá.

—¡Pero si no tienes permiso de conducir!

—Solo dime cuando llegue, ¿Sí?

—Está bien... —Suspiré y colgué antes de mandarla a la mierda.

El mal humor no se me iba ni para atrás y aunque ya no lo tomaba con Ernest, cada cosa que tenía en las manos la trataba como si fuera a estrangular el cuello de alguien. Estaba de los nervios y encima la regla no me venía. Detalle que por cierto me abstuve de confesarle a mi novio. ¿Cómo decirle que puede que esté embarazada? No es que no me gustaran los niños, tenía tres sobrinos y a todos ellos los amaba como si fueran míos, pero de ahí, a de buenas a primeras verme con un crío, había un abismo.

Me levanté del sofá y agarré los guantes de trabajo que momentos antes había soltado para coger el teléfono a Melisa. Tenía cosas que hacer y esa era la excusa perfecta para dejar de pensar.

Estaba por salir cuando un cuerpo alto y con un olor familiar me cortó el paso. Miré hacia arriba viendo a Fernando observándome desde las alturas. Y es que eran malditamente altos. Yo era una insignificante renacuaja al lado de ellos sin tacones. Mis amados tacones, como los echaba de menos...

—¡Ah, por fin apareces...! —Me crucé de brazos viendo como su expresión de mala leche no desaparecía— Te aconsejo que llames a tu querida noviecita y le digas que estás sano y salvo. Estoy más que harta de sus lloriqueos. Como también, que vayas de buen novio cuando los dos sabemos que eres un negado en las relaciones.

Iba a salir por su lado, cuando su mano agarró mi codo volviéndome a la misma posición que antes. Parecía una muñeca en sus manos.

—No soy un negado en las relaciones y lo que haga o deje de hacer con Mel, es asunto mío no tuyo.

Abro la boca en protesta y golpeo su pecho lo más fuerte que soy capaz.

—¡Cuando ella me llama para llorarme, empieza a ser mi asunto, neandertal! Lo que hagáis me importa una soberana mierda, lo que no quiero es que la pisotees cuando te canses de follártela como sé que haces con todas.

—¿Pero qué...? ¡¿Tú, cómo coño sabes qué hago con las mujeres?! ¡No me has visto con ninguna y...!

Solté una carcajada que no sentía. Pero la rabia dentro de mí, salió como lava ardiendo por mi garganta.

—¿A, no? ¿Qué me dices de la pelirroja que dejaste fuera de tu casa a las tres de la mañana en aquella ocasión? Encontré a la pobrecilla durmiendo en el coche de uno de los trabajadores. ¿Y qué me dices de Pamela, la panadera? Estamos en un pueblo pequeño y eso querido cuñado, significa que se sabe todo. Que no te haya visto con ninguna, no significa que no sepa con quién andas y como de “*hijo de puta*” eres.

Cuando termino de hablar, estoy jadeando como un perro después de una carrera y él, sigue mirándome con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—¡No sé qué mierda vio mi hermano en ti, como tampoco sé cómo es capaz de casarse con alguien tan insignificante como tú...!

Sus palabras fueron como un cuchillo afilado y cubierto de veneno, incrustándose en mí corazón. Y fue lo que provocó que todos estos días de rabia contenida desbordaran en forma de llanto.

Vi a Fernando por primera vez, parecer arrepentido, pero antes de que

saliera una disculpa falsa de sus labios, lo abofeteé y empujándolo salí de la casa.

Junio de ese mismo año. Capilla San Antonio.

Miré mi reflejo en el espejo y sonreí a todo lo que dieron mis labios. Mi madre arreglaba la cola de mi bonito vestido mientras mi tía retocaba mi recogido. Tenía ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Me iba a casar con el hombre de mi vida y no podía estar más feliz.

—No vayas a llorar, por favor te lo pido—me suplicó mi tía con una mueca de espanto.

Pero también vi como ella misma aguantaba las lágrimas. Asentí y respiré hondo para alejar el llanto. Toqué mi barriga sintiéndola un poco más abultada que hace unas pocas semanas. Aún recuerdo la cara de Ernest cuando le dije que tendríamos un bebé. Sus ojos llorosos, sus gritos de júbilo. Por eso la boda se adelantó. No quería dar el sí quiero con el tamaño de una albóndiga gigante. Eso y que quería dar la noticia después de la ceremonia.

Mi padre avisó que era la hora de salir, que Ernest estaba impaciente esperando por mí en el altar. Asentí y pestañeé de nuevo queriendo dejar las lágrimas a buen recaudo. No quería estropear este día tan maravilloso y perfecto.

Alisé la falda de seda plisada y acaricié los delicados bordados del cinturón.

Me enamoré de este vestido a la misma velocidad que lo hice de Ernest. Con solo una mirada, supe que iba a ser mío.

Del brazo de mi padre, entré en el altar. Una hermosa pieza al piano, empezó a sonar haciendo eco en la bonita y pequeña capilla, provocando que todos los presentes se voltearan a verme. A diferencia de lo que mis padres querían, yo no necesité más que la familia y amigos más allegados y las sencillas flores silvestres que conseguimos de la hacienda. Lo único que lucía ostentoso era el precioso anillo de oro blanco, engarzado con pequeños zafiros y un diamante solitario, que brillaba en mi dedo.

El sentimiento que me bullía por dentro, no tenía descripción. Las manos me sudaban agarrando el ramo de rosas azules a juego con mis hermosos zapatos. Me temblaban las piernas a cada paso que daba y las ansias de besar

al imponente y hermoso hombre que me esperaba al pie de los escalones, me embargó por completo.

Estaba guapísimo con el traje negro y corbata del mismo azul que mi ramo. Y su sonrisa competía y ganaba contra todas las de los allí presentes, como también lo hacía el brillo de sus ojos.

Lo amaba como a nadie...

En cuanto estuve a su lado y mi padre me entregó a él, con sumo cuidado y premura, Ernest agarró mis mejillas con ambas manos y me besó con intensidad. Haciendo que el cura carraspeará y los presentes rieran. Escuché al pequeño Luís, mi sobrino de cuatro años, chillar de júbilo.

—Eres la mujer más bella y preciosa del mundo entero, Silvia. Y yo soy y seré siempre, el más afortunado de todos los hombres por tenerte. Te amo.

Una lágrima salió de mi ojo para desembocar en mis labios y tuve que tragar saliva para poder hablar sin que me temblase la voz.

—Te amo, Ernest.

Mansión Storazza.

—¿Eres feliz? —Ernest me dio una vuelta haciéndome soltar una corta carcajada.

Besé sus labios con mimo, antes de asentir. Estaba un poco achispado de todos los brindis que a cada rato pedían, claro está los míos en vez de champan intercalaba refresco o zumo y la risa tonta se le escapaba a cada rato. Era nuestro día y lo estábamos disfrutando como si fuera el último.

—Soy la mujer más dichosa que hay encima de la Tierra.

Sus manos me alzaron al aire y me hizo dar vueltas sobre nuestro eje haciendo que la gente nos vitoreara encantados. La música de apertura llegó a su fin y la gente empezó a bailar al ritmo de una canción marchosa. Me excusé con mi recién estrenado marido y me fui dirección al aseo. La gente me saludaba, besaba y me daba la enhorabuena y no conseguía dar un paso fuera del barullo. Después de estrechar millones de manos y besar otras tantas mejillas, por fin llegué a mi destino. Pero no conseguí entrar, cuando una cabellera rubia salió del pasillo contigo atropelladamente, dejándome ver un

rostro lleno de lágrimas y maquillaje corrido.

Rechiné los dientes ante aquella escena tan predecible. Sabía que tarde o temprano esto pasaría, pero tenía la esperanza que no fuera en mí maldita boda.

Arremangué mi vestido y con paso apresurado me dirigí a las habitaciones. La puerta del salón de actos estaba entreabierta y supuse que ahí estaba el causante del estropicio en el que se convirtió mi amiga. Entré sumiéndome en la penumbra del lugar, solo quebrantada por el halo de luz que iluminaba una farola exterior desde la ventana. Fernando estaba allí. Lo sentía respirar y como no, su presencia y su olor, hacían que el aire se espesara.

Una figura alta, esbelta y masculina, se alzó a contraluz y una nube de humo salió de sus labios haciendo de la escena algo escalofriante. Una pequeña luz de lámpara fue accionada y la sonrisa irónica de Fernando hizo acto de presencia.

Como odiaba esa mueca suya.

—¿Vienes, por mí bendición? —Se regodeó tirando el cigarrillo al suelo para después pisotearlo hasta hacerlo un borrón negro en el brillante mármol.

—Tranquilo, no me hace ninguna falta. Como ves, ya estoy felizmente casada —señalé mi vestido blanco éste un poco más sencillo y con una gran apertura dejando mi pierna izquierda al descubierto.

Fernando se rió sin humor alguno y metiéndose las manos en los bolsillos de su chaqueta, se dio la vuelta mirando hacia la gran ventana que daba al jardín principal.

— ¿Qué le hiciste a Melisa? Sus hombros se encogieron—, un favor — contestó escuetamente.

Mis manos se hicieron puños a mis costados. Estaba rabiosa, colérica y tenía ganas de matarlo con mis propias manos.

—¿Un favor?! ¡Se fue hecha un mar de lágrimas!

Él se dio la vuelta con total parsimonia. Sus ojos estaban brillantes y no supe si era por el alcohol que seguramente habría ingerido, o si de verdad le afectaba su ruptura con Melisa.

—Créeme Silvia, qué es mejor para ella. Como tú muy bien dijiste, soy nefasto en las relaciones. Tarde o temprano lo acabaría jodiendo todo. Además, no podía darle más que buenos revolcones —una sonrisa de “*imbécil*” curvó sus labios.

—¡Eres un...!

—¿Un hijo de puta? ¿Un gilipollas? Te repites más que hablas, querida cuñada.

Las fuerzas me fallaron y antes de ponerme en ridículo una vez más delante de él me di la vuelta a punto de marcharme. Pero su voz me paró justo antes de cruzar el umbral.

—Sé, que lo harás feliz...

Me di la vuelta encarándolo y mi ceño se frunció tanto, que casi podía ver mis cejas.

—¿Qué?

Fernando se volteó hacia mí y de su bolsillo derecho sacó una pequeña bolsa de tul rosa. La rajó con los dedos haciendo que los granos de arroz se desparramaran por todo el suelo creando un suave sonido como de lluvia. No sé por qué, ese acto me hizo poner los vellos de punta.

—He dicho, que harás feliz a mi hermano. Esa es la bendición que soy capaz de darte.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

—Lo sé... —Él asintió y me miró a los ojos tan intensamente que me hizo casi doblar las rodillas.

—¿Esto es alguna clase de tregua?

Su sonrisa volvió y anduvo hacia mí con calma. Llegó hasta quedar a un palmo de distancia y con sus dedos recogió un rizo extraviado de mi cabello y lo colocó tras mi oreja.

—No, esto lo hago por mi hermano. Tú... me eres indiferente.

Pestañeeé seguidamente sintiendo las lágrimas acercándose y como acto reflejo mis manos fueron a mi vientre. Mis emociones las sentiría mi bebé y

me obligué a tranquilizarme. Los ojos de Fernando volaron automáticamente hacia esa dirección y vi como el entendimiento cruzó su mirada. Cerró los ojos a la vez que dejaba caer la cabeza, abatido. En ese momento me di cuenta de la magnitud de su odio hacia mí.

—¿Estás...?

Su pregunta se quedó en el aire y aunque vi que no necesitaba contestación, lo hice de todas formas. La misma sensación de siempre que me embargaba cada vez que peleábamos, quería salir de mi boca en forma de disculpa.

—Sí, Ernest, quería dar la noticia una vez nos hubiésemos casado.

Y después de eso, no dijo nada. Solo asintió y salió cerrando tras de sí.

Fernando



Marzo. Hacienda Vidal.

Dulce jugo rosa, hace brillar sus succulentos labios, haciéndolos parecer tan apetecibles como una fuente en medio de un desierto. Sus dientes muerden la fruta con tanto deleite que mi corazón se dispara y mi sangre hierve. Y cuando un precioso y sutil sonido de placer entreabre esos labios de pecado, me levanto antes de cometer la mayor locura de mi vida.

Ella me mira y deja la fresa a medio camino de su fabulosa boca que, sin duda, podría hacer maravillosas locuras.

—Me siento mal —le digo ante su mirada interrogativa.

Ella se encoje de hombros y sigue comiéndose la fruta haciéndome quedar de nuevo medio embobado. Me obligo a moverme y con pasos firmes me enclaustro en mi habitación. Mi erección aprieta contra los pantalones y ahogo un jadeo cuando intento colocármela de alguna forma menos dolorosa.

«¡Por Dios Santo!»

Ando hacia el baño arrancándome la ropa por el camino. Necesito una ducha helada y así poder bajar el calor sofocante que me ahoga. Necesito deshacerme de las ganas que tengo de volver y hacerla mía sobre la barra de desayuno. Escurrir el dulce néctar de las fresas por sobre sus pechos y lamer cada gota como si fuera a morirme de sed. Escucharla gemir mientras la penetro con fuerza, sintiendo sus uñas clavadas en mí espalda...

Entro en la bañera y abro la llave del agua sin preocuparme de cerrar la cortina. Una cascada helada me cae arrancándome una exclamación. Comienzo a tiritar y cuando empiezo a sentir como el miedo a congelarme ocupa más espacio que la excitación, una nueva imagen de Silvia chupándomela arrodillada en esta misma ducha, con sus pestañas húmedas por las gotas de agua y su lengua enrollando el capullo de mi polla para luego succionarla con ansias, casi me dobla de rodillas.

Apago la ducha y con rabia mi mano rodea mi erección y empiezo a

bombear con fuerza, dejándome caer en la pared azulejada a mi espalda. Ahogo un gemido cuando las imágenes se hacen más vividas en mi mente y estoy saboreando el dulce placer de llegar al orgasmo cuando la puerta se abre y la protagonista de mis fantasías aparece. Para vergüenza mía, termino acabando sobre mí. Calientes chorros de semen salpican mis abdominales y jadeo. El maldito orgasmo me ha dejado fuera de combate y viendo como de tensa se encuentra Silvia observándome, como si en su vida me hubiera visto, o en su defecto, a un hombre desnudo, a ella también.

—¡Dios santo! Lo siento, lo siento, lo siento... ¡Mierda, lo siento!

Se gira y sale corriendo como si el mismísimo demonio fuera detrás de ella. Salgo de mi estado pos-orgásmico lavándome rápidamente para después salir y enrollarme una toalla en la cintura, salgo corriendo en su busca.

La encuentro en la sala, andando de un lado para otro. Como una leona enjaulada.

—Silvia...

Ella me mira y sus ojos advierten en la toalla que cae precariamente de mis caderas.

—Silvia, lo que ha pasado...

—No, tranquilo, son cosas que pasan. Tenías la necesidad y no hay más. Hasta yo lo hago a veces y... —Su boca se cierra al ser consciente de lo que está diciendo y veo como su sonrojo cubre toda su cara.

No puedo evitar sonreír. Me dejo caer en el marco de la puerta y cruzo mis brazos. Me hace gracia que no sepa hacia qué lugar de mi cuerpo mirar. Solo ella sabe qué se está imaginando.

—Así que la *princesita* se da placer de vez en cuando...

Los ojos de Silvia se entrecierran con enojo. Como le hubiese dejado seguir mirándome como me estaba mirando, no sabría cómo parar una vez no pudiera aguantar quedarme quieto.

— ¡Ni se te ocurra seguir por ese camino...! —Me advierte.

Ando hacia ella haciendo que, a su vez, de pasos hacia atrás. No va a ir muy lejos de todas maneras. Su espalda choca con la barra de desayuno. La

escena de momentos antes en mi cabeza cobra vida ante mis ojos. Esta vez casi puedo palparla.

—¿Por qué huyes? —Ladeo la cabeza y doy un último paso hasta que su mano se posa contra mi torso— Tranquila, no es como si te fuera a follar sobre la encimera. ¿Recuerdas que me resultas repelente y odiosa? Siquiera se me pasa por la cabeza hacerte...

—¡Detente! —Me frena e intenta empujarme.

—¿Por qué? Es demasiado divertido ponerte toda nerviosa y... temblorosa. Si no me odiaras tanto diría, que te pongo.

Su boca antes apiñada con enfado, se abre igual que sus ojos.

—¡¿Cómo te atreves?! —Chilla pegándome un palmetazo en el pectoral izquierdo—, aléjate de mí, asqueroso perverso. No me pones una mierda... ni una pizca. Solo me causas asco desde tan cerca. No te soporto.

Duele. Duele escuchar toda esa verdad saliendo de sus labios. Por eso doy un paso atrás liberándola de su cautiverio. Siquiera me di cuenta, que la había rodeado con los brazos cortando toda posible escapatoria.

—Así me gusta, procura que no se te olvide, *princesita*.

Silvia



Dos años antes... Julio. Hacienda Vidal.

Una intensa punzada en mi espina dorsal me despertó. Me erguí en la cama sintiendo como si miles de cuchillos se me estuvieran clavando en la espalda. Ahogué una exclamación cuando cada vez se ponía más intenso. Ernest se sobresaltó y se sentó en la cama para después posar su mano sobre mi barriga dura como una piedra.

—Mi vida... ¿Qué ocurre?

Gemí de dolor y negué con la cabeza sin ser capaz de hablar siquiera. Ernest se levantó y se puso la ropa del día anterior a toda prisa. Lo vi agarrando mi ropa y me ayudó a vestirme siendo conscientes de la gravedad de la situación. Estaba de cuatro meses, pero parecía que quería salir ya. Eso era malo, muy malo. Por un momento me odié por no hacer las cosas como me dijo el doctor que hiciera. Si hoy perdía a mi niño, no me lo podría perdonar en la vida.

Ya vestida y con un bolso donde Ernest metió una muda de ambos, salimos hacia el exterior. Era de madrugada y el canto de los grillos me arrulló de alguna manera. Ernest intentó ayudarme a subir y sentada en el asiento, otra nueva punzada me dobló en dos y grité haciendo que los pájaros que dormían en las copas de los árboles, salieran volando despavoridos.

El coche no arrancaba por mucho que lo intentó. Ernest desesperado corrió hacia la casa vecina tras decirme que me tranquilizase.

— ¡No... no lo llores...! —Susurré ya demasiado tarde.

En dos minutos estaba subida en la parte de atrás del coche de Fernando, con Ernest a mi lado dándome caricias en la barriga y Fernando, en pijama, conduciendo como un loco por el camino de tierra hasta llegar a la carretera.

Líquido espeso y caliente se derramó por mis muslos y vimos con horror como la sangre teñía mis piernas y el asiento. Roja y brillante. El miedo me atenazó el estómago, me mareé y deseé que todo lo que estaba pasando fuera

un sueño. Los ojos se me cerraron sin quererlo. La calma me llevó consigo haciéndome olvidar por ese escaso límite de tiempo, que mi bebé estaba en peligro.

Hospital Santa María de Jesús

ERNEST

Saqué a mi mujer del coche sintiendo como mi vida se escurría entre mis dedos. Si le pasaba algo me moría y aunque me duela en el alma escoger, la escogería a ella sobre el bebé.

Fernando maldijo y cerró las puertas del coche corriendo a continuación a mi lado. Aún sabiendo las rencillas que tenían entre ambos, no dudó un segundo en salir de su casa y correr en su auxilio. Sabía que no la odiaba como él lo vociferaba, sabía que muy en el fondo Fernando, sí quería a Silvia. Lo malo es que no quería ver hasta qué punto.

Entramos haciendo chocar las puertas contra la pared y las enfermeras y la poca gente que por allí circulaba, se voltearon asustados.

—¡Por favor, ayúdenme! Está embarazada.

Un enfermero corrió con una silla de ruedas hacia nosotros y con sumo cuidado, la posé sobre ella sujetando su cabeza. Estaba inconsciente, yo no corrí la misma suerte porque la adrenalina no me lo permitía. Ver toda aquella sangre entre sus piernas, me hizo temblar de miedo. Ahora quería sobre todas las cosas que ella saliera de allí sana y salva.

Mi hermano fue interceptado por una enfermera en cuanto quiso seguirnos por el pasillo. Me conocían y sabían que era el esposo de Silvia de las veces que vinimos a revisión. Él, no tenía permiso para entrar con nosotros. Y aunque quise quejarme, solo tenía en la cabeza una cosa, estar junto a ella.

La metieron a una sala y me prohibieron pasar haciéndome sentar en una de las sillas de fuera. Grité y maldije a todo el mundo, pero ni aún así, me hicieron caso. Esperé por lo que fueron horas hasta que el doctor que trataba a mí mujer, salió tirando los guantes desechables a la papelera.

—Ernest, lo siento...

Pestañeé, esta vez sintiendo como las lágrimas se acumulaban en mis ojos y la consciencia se iba de mi cuerpo.

—Silvia... —Pude murmurar a duras penas.

—Silvia está estable, pero el bebé... —Negó con la cabeza y posó su

mano en mi hombro— No pudimos salvarlo.

El mundo se me vino abajo y caí al suelo en sollozos. En parte de alivio por saber que *mi ángel*, estaba viva y volvería a casa conmigo de nuevo y por otra, odié no poder ver en unos meses la carita de mí niño. Si sus ojos serían como los míos o si tendría la nariz de Silvia.

Hacienda Vidal.

SILVIA

—No quiero comer...

No dejé de mirar la ventana en todo lo que llevaba de día. Mis manos estaban posadas en el bulto que era mi barriga y otro par de lágrimas rodaron por mis mejillas al saber que solo era una simple hinchazón que se iría en unos días. Mi bebé ya no estaba. Estaba vacía y no podría sentirlo en mi interior de nuevo. No podría saber si sería niña o niño, ni si se parecería a su papá o a mí.

—Silvia, cariño, llevas todo el día sin comer nada. Hazlo por mí...

Desvié la mirada de la ventana y lo miré. Estaba demacrado y con ojeras violáceas debajo de los ojos. Esos ojos que me volvían tan loca. Solté un sollozo. Mi hijo, seguramente hubiera sacado eso de él o su pelo rebelde y su alegría. Sería tan parecido a él...

Ernest anduvo hacia mí con bandeja en mano y dejándola a un lado, se sentó junto a mí para abrazarme. Me arrulló y calmó con sus palabras hasta que el sueño me venció, gracias a los calmantes que previamente me había tomado. Soñé que me acariciaba el pelo y besaba mi mejilla. Su voz un poco distorsionada, me decía que me amaba y que hubiera hecho todo lo posible por haber salvado a mi bebé, si hubiera estado en su mano.

Quise abrir los ojos, besarlo y acariciarlo. Pero no pude, el sueño era demasiado pesado y solo podía escucharlo a lo lejos.

—Lo siento... —Fue lo último que escuché antes de que su calor me abandonara y que la inconsciencia absoluta, me llevara consigo.

Fernando



Abril. Hacienda Vidal.

Alguien golpea la puerta de la casa haciéndome dejar de leer el libro que Silvia me había prestado. Frunzo el ceño y veo que son las doce de la mañana. No esperábamos visita. Me levanto y abro. Encontrándome con una gran sorpresa. El papá de Silvia, está frente a mí con esa cara de amargado que siempre lleva consigo.

—Buenos días, Señor Storazza, me alegra verlo. —Obviamente tanto él como yo sabíamos que no me alegraba en absoluto. Ese hombre y yo, al contrario que con Ernest no nos podíamos ver.

—Ahórrate la alegría, hijo. ¿Dónde está mi hija?

—Está en la casa de Beth, una de las jornaleras, tomando café. ¿Quiere qué le llame?

—¿Y qué hace tomando café con una campesina? —Sus palabras me hacen entrecerrar los ojos en su dirección —Tampoco sé por qué mierda sigue aquí cuando ya no la ata nada a este lugar.

Hielo traspasa mis venas. Silvia irse... no, no puede marcharse. Ella no puede dejarme solo y...

—¡Quita esa cara y no hagas como que te importa! Debe volver a casa.

— ¡Eso lo decidirá ella, no usted!

Mis manos se hacen puños a mis costados y si no fuera por mi autocontrol, le habría dado un par de puñetazos a esa perfecta cara, que tanta cirugía, le había brindado.

—De eso quería hablarle, no me iré de aquí hasta que la convenza. Esta vida no es para ella. Tiene que salir y relacionarse con gente de verdad. Ponerse tacones y vestidos no botas llenas de mierda y ropa con olor a cerdo. —Hace una mueca de asco y pasa por mi lado hacia el interior, mirando todo a su alrededor como si fuera una reliquia.

Se sienta en el sofá con cuidado, cerciorándose de no mancharse con lo

que demonios crea que hay en la tela y agarra el libro que antes estaba leyendo. Mientras él se entretiene a su manera yo me veo maquinando un plan para que Silvia, no se vaya. Tengo que pensar en algo lo suficientemente creíble para que no me abandone. No ella.

La puerta se abre y entra la susodicha con una sonrisa pegada a su bonita cara. Pero se congela en el sitio al ver a su progenitor sentado en la sala de estar.

—¿Papá?

Él se levanta y va a hacia ella con la intención de abrazarla, pero se retrae haciendo una mueca de desagrado.

—Hueles a...

—Acabo de presenciar el parto de un caballo, papá. No sabes lo bonito y especial que ha sido... —Sorbe por la nariz y con su mano derecha aparta una lágrima de la esquina de su ojo derecho.

—Oh... Ve a bañarte entonces, te espero aquí. Quiero hablar contigo.

—De acuerdo, no tardaré. —Besa su mejilla y cuando pasa por mi lado, por un breve segundo su mirada se une con la mía.

Es tan difícil no saltar hacia ella y besarla...

—No la mires así, te tiene que dar vergüenza con tu hermano donde está. Qué asco...

En dos pasos estoy a dos centímetros de su cara, agarrando su impoluta camisa entre mis puños.

—No vuelva a mentar a mí hermano, *señor*. Y tampoco le importa cómo mire o deje de mirar a mi cuñada. Ella es mayorcita para hacer lo que le venga la “*puta*” gana, no hace falta que venga *papi* a decírselo.

Me voy a la cocina dejándolo en la sala con aires de sicario. No sé por qué me odia tanto, aunque tampoco es que me importe.

Al cabo de unos minutos escucho las pisadas de Silvia, salir por el pasillo. Para ir a la sala tiene que pasar por la cocina por lo que la agarro del brazo impidiéndole seguir.

— ¡Pero qué...! —Sus ojos me miran con el ceño fruncido y observa mis dedos en torno a su codo.

La suelto, pero me pongo en la puerta cortándole cualquier escapatoria.

—Tu padre viene a por ti... —Suelto de sopetón.

Seguramente esté dándole una imagen pésima, como si mi vida, dependiera de su respuesta. Me da igual, estoy desesperado y el agobio sube por mi cuerpo atenazando con ahogarme.

Mis palabras consiguen que Silvia, se tense. Ella no quiere irse y suspiro en alivio. Pero de buenas a primeras, su mirada se desvía de mí hacia el suelo.

—¿Y qué más te da a ti, que me vaya o no?

Pestañeo como si me hubiera dado un tiro en pleno corazón.

—Te odie o no, te dije que le prometí a Ernest...

Me mira con la boca apiñada y claramente enfadada. Me corta el habla en el acto.

—Sí, ya... Pues puede que te libere de ello pronto, si tanto odio me tienes. ¿Qué me retiene aquí de todas formas... no?

Su respiración se acelera y de tan bien que la conozco, sé que, en cualquier momento, romperá a llorar.

Me limito a apretar la mandíbula pensando en qué coño decirle para que se quede junto a mí. La necesito y la necesitaré siempre ¿Qué voy a hacer si algún día ella me llega a faltar? Me moriré si no la veo cantar por las mañanas mientras prepara un café, seré un despojo humano si no la puedo tener a un metro de distancia.

—Silvia... sólo quiero, que te quedes.

Su ceño fruncido se va relajando y su labio inferior queda atrapado entre sus dientes.

—¿Para qué? —Pregunta en un hilillo de voz.

Tengo que jugar bien mis cartas a partir de ahora. Seguramente mis sentimientos están más latentes y descubiertos que nunca. Ella puede verlos, estoy seguro. ¿Pero cómo convencerla de que no me abandone, sin decirle

cuanto la amo y necesito?

—No quiero quedarme solo... por muy mal que nos llevemos, no quiero despertar un día en una casa vacía. También sé que, aunque no lo digas, echarás demasiado de menos todo esto. Me echarás de menos a mí.

Soltó una risa corta fijando su vista en un punto cualquiera y llevó sus dedos a las esquinas de sus ojos.

—Por desgracia y aunque no te lo merezcas, sí que te echaría de menos. Pero no tanto como a toda la hacienda. Amo estar aquí y aunque Ernest ya no esté en cuerpo presente, lo siento en cada rincón de este lugar. —Sus ojos me miran de nuevo—. Me quedaré, pero no por ti. Ya va siendo hora de que haga las cosas por mí.

Se da la vuelta y se marcha hacia la sala. Me quedo tieso en medio de la cocina sin saber qué hacer ahora. De todo lo que ha dicho solo una cosa se ha quedado grabada en mi cerebro y dudo mucho de que se vaya de ahí en breve. Me echaría de menos. Y aunque no más que a todo esto, significa que me quiere. Poco, pero algo, al fin y al cabo.

«*No te ilusiones*» me digo a mí mismo cuando una sonrisa empieza a curvar mis labios.

Después de unas horas en los que Silvia, se fue a dar un paseo por la finca con su padre para hablar, aparece haciéndome dar un respingo. Hago una mueca al ver mi pulgar en carne viva y casi sin uña. Tengo que dejar de hacer eso.

Ella pasa junto a mí como si yo no existiera y mis pies van en su busca siguiéndola hasta la habitación. Va a abrir el armario y antes de que haga nada más, hablo. No aguanto un segundo más su silencio y menos cuando la veo sacar ropa a diestro y siniestro.

—Silvia... ¿Te vas?

Ella deja de mirar el interior del mueble y en su lugar me mira a mí.

—Mi padre es muy cabezota cuando quiere... —Dice sin más, rebuscando de nuevo entre los cajones.

—Pero me dijiste...

—¡Fernando, no me voy a ir! —dice subiendo la voz y sacando una pequeña maleta roja.

La miro con confusión al ver la imagen que contradice sus palabras. Señalo lo obvio y ella sonríe.

—Será mejor que hagas tú maleta.

Pestañeo sin saber qué pensar o decir y alzo las manos parando su acción de meter ropa en el interior de la *Samsonite*.

—¿Qué? ¿Dónde vamos?

—Nos quedaremos este fin de semana en la casa de mis padres. Solo así ha dejado de insistir. Claramente no le hace mucha gracia que vengas conmigo, pero ya le dejé claro que tú, eres parte del equipaje.

Después de decir eso sigue a lo suyo. Sin darse cuenta de mi estado. ¿Todo el fin de semana?

— ¿Me has preguntado siquiera si me apetece pasar todo el maldito fin de semana aguantando al cascarrabias de tu padre? Sin contar los desplantes de tu mamá cada vez que estoy a menos de dos metros de distancia. —Ella se ríe, pero sigue metiendo ropa. Me está poniendo de los nervios y para hacerla parar voy hacia ella y la agarro firmemente de los brazos.

Un suspiro entreabre sus labios. Labios que no deseo más que morder hasta dejarlos al rojo vivo. Y parece como si supiera lo que estoy pensando ya que se los humedece, dejándolos brillantes por su saliva. «*Tranquilo*» tengo que recordarme.

—No quiero dejarte solo, Fer —susurra mirándome a los ojos—. Y si te hace sentir mejor, nos quedaremos en la otra casa. Solo tendremos que ir a comer con ellos o a tomar el té... la mayor parte del tiempo estaremos solo los dos, ¿vale? Así que elige... ¿Quieres aguantar a mis padres todo lo que da el fin de semana o prefieres soportarme a mí sola?

Y tras hacerme el enfurruñado, me voy a mí habitación a hacer la maleta. Estaríamos los dos juntos, solo tendría que aguantar un par de horas con los Señores Storazza y volvería para disfrutar de la soledad junto a ella. Sin tener que levantarme temprano para trabajar en el campo y solo disfrutar de su presencia.

Sin duda, este fin de semana, será de lo más entretenido...

Silvia



Un año antes... Noviembre. Hacienda Vidal.

—¿Ernest? —Ando por el pasillo hasta nuestra habitación. Era demasiado raro que Ernest aún no se hubiese levantado y estaba preocupada.

Anoche apenas probó bocado y estuvo más pálido de lo normal. Entré en nuestra alcoba y lo vi recostado de lado con la ropa de trabajo puesta y abrazándose a sí mismo a la altura del estómago. Las cortinas estaban corridas dejando ver el paisaje nevado del exterior y la escarcha en las esquinas del cristal.

—Cariño... —Me senté a su lado y acaricié su pelo haciendo que abriera los ojos.

Me buscó con la mirada como si le costara enfocarme y eso fue lo que acabó por preocuparme sobremanera.

—Estoy bien... solo un poco cansado y me duele la cabeza.

—¿Quieres ir al médico?

Seguí masajeando su cuero cabelludo haciendo que cerrase los ojos disfrutando de mis caricias. Una sonrisa afloró en mis labios. Parecía un gato grande, ronroneando del gusto

—No es nada, cielo, solo necesito descansar. Busca a Fernando y dile que no voy a ir a ayudarlo.

Asentí, tras darle un beso en la frente y tapanlo con una manta. Me fui sin querer dejarlo solo más de lo preciso. Tenía un mal presentimiento y eso hizo que el miedo atenazara mi estómago en nudos.

Salí de la casa buscando con la mirada a Fernando. David, el chico que se encargaba del arado, pasó junto a mí saludándome alegremente por lo que aproveché para preguntarle.

—Buenos días, David. ¿Sabes dónde está Fernando? Ernest, no se encuentra bien y no saldrá de casa hoy.

Su ceño se frunció en preocupación. Ernest aparte de jefe era buen amigo de todos lo que aquí trabajaban. Todos eran una gran familia y me sentía muy afortunada de formar parte de ella.

—El Señor Fernando, está en el camino quitando nieve. ¿Quiere que lo avise por usted?

—No, yo lo haré.

Tocó su gorra a modo de saludo y siguió su camino hacia los árboles cubiertos de nieve. Cerré la cremallera de mi abrigo hasta arriba y anduve con paso apresurado hacia la entrada de la finca. Seguro, Fernando, estaba que trinaba por la cantidad de nieve que tenía que haber en el camino. Pero tendría que lidiar conmigo le gustase, o no.

Cuando llegué, mis dientes castañeaban y estaba segura que en cualquier momento, se me caerían los dedos. Ví como Fernando, con la ayuda de una pala, quitaba la nieve del camino ya casi despejado. Pero no me dio tiempo a dar dos pasos más, que empezó a caer pequeños copos, provocando un gruñido de su parte. Fue ahí que reparó en mi presencia, justo cuando dejó de mirar al cielo como queriendo acuchillarlo por insolente.

Sus ojos me escrutaron de pies a cabeza, como si fuera la primera vez que me veía. Su cara estaba cubierta por un pasamontañas salvo su mirada, ni así dejaba de ser guapo el condenado.

—¿Qué haces aquí? —Dijo bruscamente hincando la pala y sacando una gran porción de nieve para luego lanzarla fuera del camino.

Cosa inútil, ya que cada vez nevaba más y el camino se volvía a ver blanco.

—Ernest se encuentra mal, me dijo que te avisara de que se quedaría en la cama hoy.

Un imperceptible asentimiento, fue su única respuesta. Me acerqué a él y cuando quise tocarle el brazo, no sé exactamente para qué él, se apartó como si el solo pensamiento de mi tacto le quemara la piel. Y eso que contaba con varias capas de abrigo.

—Ya me diste el recado, ¿no? Será mejor que vuelvas a la casa.

—Está nevando, tú también deberías volver. Además, no durará demasiado el camino despejado.

—¿De verdad, listilla? Déjame hacer mi trabajo, anda. Si no quito lo más gordo, se seguirá acumulando nieve hasta que no se vea ni la verja. Este año nevará más que el anterior, por lo que tenemos que quitar la nieve cada día.

Fue la frase más larga que Fernando me dijo alguna vez y por raro que pareciera me hizo sentir bien por dentro. Estaba hablándome como una persona normal y no gritándome malhumorado como siempre. Sin decirle nada más, me fui al extremo del camino y agarré una pala que descansaba en un gran montículo de nieve. Enterré la punta en el suelo y con esfuerzo la alcé quitando una pequeña porción.

La pala salió de mis manos con un fuerte jalón.

—¿Quieres irte a casa? ¡Estás congelada, maldita sea! —Sus ojos eran dos llamaradas de furia y un escalofrío me erizó el cuerpo entero. No sé si por el frío que hacía o por la imperiosidad que rezumaba de él.

—Quiero ayudarte, así acabaremos antes y volveremos a casa.

—¡No vas a ayudarme una mierda, Silvia! ¡Vas a irte y dejar que yo acabe con esto! —señaló la vereda—. Vete, no te lo voy a volver a repetir...

—Lo haré si tú también lo haces. Está nevando cada vez más y...

—¿Es que estás sorda?! —En dos pasos, se irguió delante de mí, intimidante, grande y fuerte. Haciendo que el vaho de su respiración agitada, traspasara la tela del pasamontañas.

—Solo quiero...

—Que- te- largues —dijo con calma, destilando veneno en cada palabra.

Así que no tuve más remedio que claudicar. No, cuando lo próximo que haría sería llorar como una idiota delante de él. Solté la pala y me fui caminando como alma en pena. Pronto los sollozos empezaron a salir a trompicones y me abracé a mí misma intentando encontrar consuelo de alguna forma.

Odiaba tanto sentirme así...

Desde ese día, me propuse ignorarlo. Si él no quería mi amistad, no sería

yo la que la quisiera. Se acabó ser la tonta que siempre va detrás de él.

Llegué a casa y cerré de un portazo. Los jornaleros dejaron sus quehaceres por la nieve que caía sin parar y por mucho que me jodiera, solo pensaba en que *él* estaría aún allí intentando quitarla del camino hasta el cansancio.

¿Por qué tenía que ser tan malditamente terco?

Me quité el pesado abrigo que portaba y tiritando me fui a la habitación. Quería cerciorar a Ernest antes de tomarme una ducha caliente. Toqué su frente e hice un mohín con los labios al ver que estaba un poco caliente. Besé su mejilla y sonreí al ver como buscaba mi calor aún estando completamente dormido.

Agarré unas mallas negras térmicas y un jersey morado junto con mi ropa interior. Me ducharía y prepararía caldo caliente.

El agua calló en cascada por mi cuerpo y ahogué un gemido cuando atemperó mi cuerpo entumecido por el frío. El pensamiento que llevaba rondando por mi cabeza todos estos meses me atenazó el alma como una enredadera de espinas. Echaba de menos la sensación de tener una pequeña vida en mi interior. Acaricié mi vientre en busca del casi imperceptible bulto que tenía, mas no encontré nada. Respiré hondo obligándome a no llorar más y me dejé llevar por la calidez del agua.

Pegué un brinco cuando sentí que me abrazaban desde atrás. Tuve que cerciorarme de que era Ernest antes de suspirar de alivio. Su sonrisa estaba pegada a sus deliciosos labios y sonreí de vuelta dejándome caer en su cuerpo desnudo.

—Ni enfermo puedes tener las manos lejos de mí, ¿eh? —Acaricié sus manos sobre mí vientre.

—No puedo desaprovechar cada oportunidad que tenga contigo, mi vida. Quiero besar tus labios todo lo que pueda y poder hacerte el amor todos los días de mi vida. Deseo poder tatuar mis caricias en cada poro de tu piel y que solo me veas a mí cada vez que cierres los ojos. Te amo, Silvia... Siempre, seré tuyo amor.

Fernando



Abril, Mansión Storazza.

—¡Gitana, mentirosa...! ¡Me dijiste que nos iríamos a otra casa! —Le susurré malhumorado justo frente a la puerta de la casa de sus padres.

Suelto nuestras maletas en los escalones y espero a que de un momento a otro las grandes puertas forjadas se abran dando paso a lo que viene siendo mi próximo dolor de cabeza durante todo un maldito fin de semana. Silvia, me mira sonriendo pícaramente haciéndome tragar duro. Ella y su manía de sonreír así.

—Tranquilo, cuñado, iremos a la otra casa. La cosa es, que está, en el mismo lugar que ésta, solo hay que cruzarla.

—¿Qué?!

La puerta se abre justo en el momento que Silvia suelta una carcajada. Miro a su padre, ceñudo como siempre, mirar a mi dirección. Como si que su hija riera, fuera un pecado y yo el causante. Silvia para de reír y se engancha a su cuello para luego besar su mejilla con cariño. No entiendo cómo puede querer a un ser así. Como siempre dicen, a la familia no se la escoge y por desgracia, son los padres que le ha tocado.

—No sé por qué coño, vienes con él —espetea el hombre señalándome como si fuera menos que una mierda.

Agarro las asas de las maletas con fuerza queriéndoselas estampar en plena cara. Seguro le haría un favor. Silvia me mira y se muerde el labio, pidiéndome silencio. Me conoce, sabe que saltaré en cualquier momento, pero de nuevo hago lo que me pide y muerdo mí lengua. Ella sonrío agradecida antes de volver a mirar a su padre.

—Papá, Fernando se quedará conmigo. Ya te dije que no quiero que se quede solo en la hacienda, nos quedaremos en la otra casa y vendremos a comer con vosotros. ¿Es lo que queríais no? Estaré aquí todo el fin de semana y os guste o no, Fernando es parte de mí vida ahora.

—¡Pero si no te soporta! ¿Es que no te das cuenta?

Ambos hablan como si yo no estuviera presente y eso me enerva. El “*hijo de puta*” hará que Silvia, me odie más y lo que menos quiero es eso. Que me odie, sí, pero no más de lo que ya lo hace. Silvia, le dice algo que no logro entender y después de darme una mirada envenenada se hace a un lado dejándonos pasar.

Silvia va en cabeza, hemos dejado a su padre en una de las salas y salimos a un jardín interior para luego verla cruzarlo y entrar en la casa contigua. Una más pequeña y menos ostentosa que la principal, pero igual de lujosa y bonita. El recuerdo de haber estado aquí hace dos años provoca que las tripas se me estrujen. En esa casa fue el banquete de bodas donde Ernest, no paró de besar y profesar amor eterno a Silvia.

Aún sigue latente el martirio que presencié en toda la velada. Como también puedo ver en cada rincón las personas que asistieron al feliz evento, el baile de novios al son de su canción favorita. Allí en el jardín lleno de flores blancas donde quise agarrarla y arrastrarla lejos de todo aquello. Secuestrarla contra su voluntad, hacerle ver que yo era el que le pertenecía en cuerpo y alma. Que me moría y aún muero, solo por uno de sus besos.

—Fer... ¿Piensas quedarte en el jardín?

Obligo a mis recuerdos, volver a ese cajón dónde solo guardo imágenes de ella y la miro, realmente la miro apretando mis manos en puños en torno al asa de las maletas. Por qué, todo tiene que ser tan difícil... Suspiro y ando hacia ella y creyendo que se va a apartar, no lo hace. Me quedo a una ínfima, casi insignificante distancia de ella. Se me queda mirando a los ojos, como queriendo descifrar algo que no logra entender del todo.

Muchas veces me he preguntado, si por el parecido con mi hermano ella puede verlo en mí. Éramos personas totalmente distintas, pero no diferentes. Difícilmente nos diferenciaban si no era yo, el que abría la boca. Una de las cosas que heredé de mamá y él no, fueron sus ojos. El regalo más hermoso que me podría haber dado, ya que, gracias a ellos, cada vez que me miraba al espejo, parecía que la estuviera viendo a ella. Por lo menos, así no me sentía tan solo.

En un impulso, agotado psicológicamente dejé caer mi frente en la suya.

Abrí los ojos una vez los mantuve cerrados unos segundos, donde no hice más que beber de su olor, observo sus labios tiritar. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me he haces Silvia, que no puedo arrancarte de mi pecho?

Silvia



Un año antes... Diciembre. Hacienda Vidal

Me alisé la falda del vestido rojo que llevaba y sonreí a mi reflejo satisfecha de mi atuendo navideño. Un gorrito de Papá Noel y mis labios carmín, acababan por cerrar el conjunto. Ernest se une a la imagen y sonrió como una idiota dejándome caer en su pecho, disfrutando del calor que me transmite cada vez que me abraza.

—¿Te encuentras bien? —Le pregunto cuando observo como besa mi hombro descubierto gracias a que mi vestido es de tirantes. Fuera, un lindo paisaje se cubría de blanco, en la casa, se estaba cálido como un día de verano gracias a la calefacción.

—Perfectamente —musitó sin dejar de besarme. Haciendo que mi vello se erice y deseando poder cancelar los planes que teníamos solo por el placer que me prometía mi marido con cada gesto que procesaba a mi cuerpo.

Sus grandes manos acariciaron mis pechos sobre la suave tela y cerré los ojos para a continuación suspirar con deleite.

—Este año he sido muy bueno, Señora Noel... ¿Tendré mi regalo, no es así?

Reí y lo miré a los ojos a través del espejo. Su sonrisa se ensanchó y vi como sus ojos estaban brillantes y oscuros, gracias a la excitación del momento. Le causaba verdadera gracia verme con el significativo gorrito, y más tarde le daría un buen espectáculo privado una vez que todos se fueran de casa. No podía desear más, que pasara el tiempo volando.

—Mmm... no sé yo... —Titubeé haciéndome la pensativa.

Me gané un gruñido, un azote y una mordida en el cuello en reprimenda. Claro que mi risa se cortó una vez que gemí de gozo al sentir sus dientes clavarse en mi piel. Estábamos a punto de besarnos cuando alguien toca en la puerta de nuestra habitación y Ernest se separa de mí y va a abrir, no sin antes cerciorarse de recolocar su erección, para no dar ninguna impresión de nada.

Menos mal y gracias a la americana que llevaba pudo taparse lo suficiente. Una vez la puerta quedó abierta, rodé los ojos. Fernando estaba al otro lado del umbral mirándome como siempre. Con ese odio irascible y enfermizo que cada día me ponía más de los nervios.

—Sus eminencias, los Storazza, ya llegaron, así que si me hacéis el favor de dejar de pelar la pava e ir a recibirlos os estaría muy agradecido. No soporto a esos pijos remilgados.

—¡Fernando no empieces! —Le reprendió Ernest antes de salir a reunirse con mi familia.

Yo me quedé observando a mi cuñado. Vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata roja que hacía resaltar su tez tostada por el sol. El me observaba a su vez, de arriba abajo, como haciéndome un examen físico a conciencia. Cuando llegó a mis ojos una vez más, hizo una mueca desagradable y se fue, permitiéndome respirar lo que segundos antes, gracias a su repaso visual, no pude hacer.

Una vez me recompuse y logré mantener bajo control la pena que me embargaba cada vez que veía el odio que me tenía, salí con la cabeza alta y me reuní con todos en el salón. Mis padres, con una copa del mejor vino que teníamos de nuestra cosecha en las manos, charlaban animadamente con Ernest mientras que Fernando bebía a morro de la botella de *Rioja*. Él advirtió mi presencia y alzó una ceja preguntándose qué coño hacía mirándolo, yo también me lo pregunté.

Me re Coloqué el gorrito de santa y con una sonrisa radiante me acerqué a mi esposo haciendo que mis padres se dieran cuenta de mi presencia en la habitación. Desde que les presenté a Ernest parecía caerles mejor él, que yo, incluso. Muchas veces hablé de ello con él, pero simplemente me decía que no era así y me engatusaba con besos hasta que se me olvidaba. En ese momento, viendo la sonrisa tirante de mamá al mirarme y como sus ojos brillaban al volver a observar a Ernest, sin contar que mi padre siquiera me miró para besarme la mejilla, volvía a reiterar lo que pensaba. Querían más a su yerno que a su propia hija. Por esa razón me serví, bajo la atenta mirada de Fernando que se apoyaba en uno de los pilares de piedra de la sala, una cantidad generosa de vino blanco y me la bebí casi de golpe.

Con cuidado de no caerlo y armar un destrozo, llevé la bandeja con el pavo relleno a la gran mesa que presidía el comedor. Mis padres conversaban con Ernest, para no variar, el pobre, contestaba y sonreía sin poder hacer otra cosa. Fernando me miraba fijamente.

Coloqué la bandeja con mi obra de arte y di una palmada al aire intentando captar un poco de atención. Lo conseguí a duras penas. Mi madre fue la primera que me dio la enhorabuena una vez probó la carne, mi padre asintió satisfecho, mi querido amor me besó y siguió comiendo con gran apetito. Mi cuñado hizo rodar los guisantes hasta el borde, luego con cuchillo y tenedor abrió la carne para ver la cocción, a continuación, acercó la nariz para olerlo y una vez hizo su rutina se llevó un pequeñísimo trozo a la boca. Para luego solo hacer una mueca y seguir comiendo. Al menos le parecía lo suficientemente bueno como para seguir y no dejarlo a un lado.

La cena transcurrió sin incidentes, gracias a Dios. Me integré bien en la conversación y es que desde que llevaba viviendo en la hacienda, Ernest me enseñó el arte vinícola hasta tal punto de parecerme una de las cosas que más disfrutaba escuchando. De cómo se cosechaba la fruta, cuándo la uva estaba en el estado idóneo de maduración. Cómo debe estar el nivel de azúcar ya que de ello dependía la posterior fermentación y el nivel de alcohol que presentaría el vino. Como, también se extrae el mosto para luego pasar al proceso de maceración. Claro que eso es solo el principio de un largo y exhaustivo proceso para después degustar la mejor delicia para el paladar.

—¿Y tú, Fernando? —Pregunta mi padre con inquina, meneando su copa haciendo que el líquido pinte durante breves segundos el frágil cristal— ¿Te encargas de los demás frutales?

Todos sin excepción, miramos a Fernando, que, a su vez, sonrió con ironía sin mirarlo.

—Pues sí, Señor Storazza —se irguió en la silla y desvió la mirada de su copa vacía hacia mi padre —, tenemos más cultivos aparte del viñedo. También dan bastantes beneficios a veces, incluso más que la uva.

Mi padre soltó una risa sardónica, bebió de su copa degustando el sabor como si con eso quisiera probar un punto.

—No digas tonterías, hijo. El vino es oro líquido, no lo digo yo, lo dice

mucha gente. Las demás frutas se venden como simple postre o guarnición, sin embargo, la uva hace de boche a un gran evento u ocasión. Deberías aprender de tu hermano, dejar que los otros jornaleros se hagan cargo de esas nimiedades y aprendas a hacer dinero de verdad.

Tragué saliva. Estaba realmente nerviosa y avergonzada. Mi padre fue demasiado duro con Fernando, sin embargo, él no pareció afectado en lo más mínimo. Solo asintió, sonrió y siguió observando su copa en silencio.

Lo que restó de velada, se resume en más de lo mismo, entre charla del mismo tema y con Ernest de blanco para el bombardeo de mis padres. Estábamos en la sala de estar escuchando música a piano, cuando el móvil de Fernando sonó y él se levantó de la silla para sacarlo de su bolsillo y descolgar. No logré parar a mis ojos que lo repasaron de pies a cabeza, odiando que el muy “*cabrón*” fuera tan malditamente atractivo. Incluso con la camisa medio abierta, y la corbata desabrochada, parecía sacado de un anuncio televisivo.

Colgó el teléfono, habiéndome sido imposible escuchar la conversación, sin embargo, él no tardó en anunciarnoslo.

—Debo irme, he quedado.

Y sin más, se fue abrochándose la camisa y anudando la corbata.

Unas horas después...

Estaba mirando por la ventana cuando entre las rendijas de la persiana vislumbré el resplandor de los faros del coche de Fernando. Con cuidado de no despertar a Ernest, me salí de la cama, agarré mi abrigo y me lo coloqué al mismo tiempo que salía de la habitación. A oscuras, crucé la sala y salí de casa con la intención de disculparme con él, por las impertinencias de mi padre. Me sentía culpable de alguna manera, no sé por qué razón mis padres no lo soportaban, como igualmente no entendía su odio hacia mí.

Con pasos apresurados, sintiendo como el frío arreciaba mi cara, bajé los escalones del porche y me dirigí a la casa contigua. Una vez en la puerta, llamé con los nudillos esperando a que me abriera. Los segundos pasaban y cada vez estaba más congelada por lo que sin permiso, giré la perilla y abrí. El salón estaba iluminado, gracias a la luz del pasillo que daba a las habitaciones. Si no fuera porque todo estaba desordenado, hubiera pensado

que estaba en la casa de Ernest y mía. Eran idénticas, hasta la decoración era relativamente parecida.

Escuché ruido proveniente de la habitación principal y supuse que se estaba arreglando para dormir. Por mucho que me repetí que no lo molestara, lo hice. Caminé despacio por el pasillo y abrí la puerta.

Automáticamente mi cuerpo se tensó al ser consciente del coro de jadeos y gruñidos silenciosos que sonaban en ese cuarto. Gracias a que abrí, la luz del pasillo penetró en la alcoba, extinguiendo la penumbra que los sumían. Ella, de pelo oscuro rizado, estaba arrodillada en el suelo mientras le hacía una felación a mi cuñado, que a su vez agarraba los mechones con fuerza instándola a seguir.

La bilis quemó mi garganta y asqueada, me fui apartando de aquella escena tan desagradable. Estaba a punto de largarme cuando vi los ojos de Fernando posarse en los míos. Mis piernas empezaron a correr, pero antes de llegar a la puerta principal, alguien me agarró del brazo impidiéndome escapar. Me giro, veo a Fernando agarrándose los pantalones desabrochados, me mira con claros signos de terror. Sus ojos están inyectados en sangre, apestaba a alcohol y a perfume barato de mujer.

— ¿Se puede saber qué demonios haces aquí y por qué no llamas antes de entrar? —Me increpó enfadado.

Mi respiración se aceleró y sentí la rabia consumirme.

—¡Sí que lo hice! ¡Que no te enteraras no es mi maldita culpa...! —Le reproché golpeando su hombro y soltando mi brazo de su agarre, dando manotazos en el aire.

—¡Para de golpearme! —Sus manos agarraron mis muñecas y me inmovilizó con su cuerpo contra la puerta, dejándome maniatada y sin escapatoria.

No me dio tiempo a ser verdaderamente consciente de nuestra cercanía, cuando la que momentos antes tenía su polla en lo más hondo de la garganta, aparece tras de él.

—Ferchu... Me estoy enfriando, bebé...

Fernando se aparta de mí y con una sonrisa hipócrita dice:

—Espérame en la cama, no me tomará más de dos segundos.

Y con una picazón extraña en el pecho, abrí la puerta y me fui de allí.

Fernando



Abril, Mansión Storazza.

—¿En serio tengo que ponerme un traje? —Protesto abrochándome las mangas de la camisa con los costosos gemelos, que utilicé en su boda.

—Fernando, es mi cena de cumpleaños, además ya conoces a mis padres y sabiéndolo me extraña que me hagas esa pregunta. Mi madre seguramente esté colocándose los pendientes de diamantes y mi padre el *Rolex* de oro.

Ruedo los ojos y agarro la chaqueta azul oscuro a juego con mis pantalones y me la coloco cerciorándome que el regalo de Silvia, esté a buen recaudo en el bolsillo interior. La miro de reajo, mientras se agacha para abrocharse las hebillas de sendos zapatos y tengo que morderme la lengua y estrujar la prenda en mis manos, para no saltarle y devorarla. La condenada tiene el mejor culo que he visto y veré en mi vida, de eso estoy seguro. Gracias al vestido blanco que lleva, la fina lencería de corte tanga, se señala y no puedo parar a mi imaginación. De lo débil que se sentiría esa escuálida prenda en mis dedos. Una vez acaba de abrocharse los zapatos, se yergue para luego atusarse el pelo haciendo que sus rizos boten como muelles. La de veces que he deseado poder acariciarlos y estirarlos para ver como vuelven a enroscarse... —Date prisa, mi madre estará de los nervios.

Sin darme una mirada, anda hacia la puerta principal, con el taconeo como banda sonora y un halo de perfume que deja en el camino, embriagándome.

Una vez en el comedor, como muy bien dijo mi cuñada, la Señora Storazza lleva una de sus mejores galas, como si en vez del cumpleaños de su hija, fuéramos a los *Goya*. Saludo con una inclinación de cabeza a su padre, pero éste me ignora deliberadamente, cediéndole toda su atención a la cumpleañera. Yo solo deseo que la velada pase lo más rápido que sea posible y poder darle mi regalo a Silvia. No es nada del otro mundo, quizás hasta sea cutre, pero no deja de ser especial. Algo que mi madre me dio con la única condición que se lo regalara en un futuro a la mujer que amo. Como mi abuelo hizo con mi abuela y mi padre con ella. Por algún motivo que desconozco, me lo cedió a mi en vez de a Ernest, siendo él el mayor de los dos.

La cena, prolijamente colocada en la mesa por una doncella de avanzada edad, pero con una fuerza y destreza envidiable, queda a disposición de los cuatro. Según me contó Silvia hace unas horas, ella no quiso que viniera ningún invitado más, siquiera sus hermanos, ya que no tenía ganas de lidiar con tantos niños correteando por todos lados. No estaba del todo preparada para dar aún ese salto. No se veía con fuerzas para ver en la cara de la gente la misma expresión de congoja y lástima. Yo no dije nada, eso estaba bien para mí. Solo quería que ella se sintiera a gusto y si eso es lo que deseaba, así sería. También me dijo que sus padres pusieron el grito en el cielo, pero una vez ella les amenazó con marcharse, claudicaron a regañadientes y accedieron.

—¿La casa es de tu agrado, Fernando? —Empieza a decir el Señor Storazza cuando a punto estoy de llevarme una porción de puré de patatas a la boca. Dejo el tenedor en el plato y asiento hacia su dirección con una sonrisa de cortesía— Supongo que no estarás acostumbrado a tanta ostentuosidad ni comodidad. Un hombre curtido y campechano como tú, se sentirá enjaulado y acobardado, ¿no?

Sonreí incrédulo. Este “*cabrón*”, por no llamarlo de otra forma, solo desea hacerme saltar. Igual que lo intentó hace apenas un año. No sé si voy a poder aguantarlo una vez más.

—La verdad, es que no le tengo miedo al lujo, señor. Más bien le tengo grima a la gente que se cree que por tener dinero puede comprarlo todo. Puedo decirle que mi cuenta corriente está bien servida de ceros y no me falta de nada, sin embargo, prefiero ensuciarme las manos de barro, llegar a casa satisfecho por el trabajo bien hecho y decir después que ese dinero me lo he ganado con el sudor de mi frente.

Los ojos del hombre se entrecierran y su mandíbula se aprieta en coraje.
—¿Me estás diciendo que todo lo que tengo, me vino por arte de magia? Yo también trabajo, hijo, no me dieron nada hecho.

—No se equivoque, señor. En ningún momento he querido decir eso, solo he respondido a su pregunta de si me sentía enjaulado al lado de tanta riqueza. Poseo todo lo que mi hermano y mis padres dejaron al irse, pero como ellos, también he labrado cada hectárea de tierra, he cuidado de los animales, regado, sembrado y hasta arreglado la maquinaria con la que trabajamos. No

soy un muerto de hambre, gracias a Dios, siempre he tenido un plato de comida que llevarme a la boca.

Y soltando la delicada servilleta de cualquier manera encima de la mesa, me levanto y me marcho.

Cuando llego a la otra casa, me despojo de la maldita chaqueta, los gemelos y remango las mangas de la camisa hasta los codos. Estoy iracundo, con ganas de agarrar al “*hijo de puta*” y matarlo. Ver como la vida se escapa de su artificial cuerpo y regodearme luego. Lanzo un puñetazo a la pared, haciendo que el sonido retumbe. Tan millonarios que se dan y hasta las paredes las hacen huecas.

—*¡Maldito hijo de puta...!*

La puerta se abre y sé que es ella casi en el momento exacto que la perilla rueda. No quiero ni mirarla, no cuando la rabia está tan latente que podría pagarlo con ella.

—¿Era necesario que salieras huyendo? —Me dice acercándose a mí.

Siento cada paso que da, más cerca, su calor y olor hace que el pecho me duela y se me encoja el cuerpo. Quiero llorar, gritar... —Siento mucho lo que dijo mi padre.

—No tenía que haber venido, en primer lugar... esto no hubiera pasado si me hubiera quedado en la hacienda —. Murmuro lo más calmado que soy capaz.

Silvia, da un chasquido con la lengua y apoyo las manos en la pared para luego dejar caer mi cabeza hacia delante. Quiero que se vaya y se quede a la vez. Que me acaricie y me grite, que me diga que me ama mientras me pega una bofetada por ser tan “*cabrón*” con ella. Todo eso es mejor que su indiferencia.

—¿Es porque aquí no puedes quitarte la frustración de la única manera que sabes?

Mis ojos se abren ante sus palabras y la miro sobre mi hombro para después girarme hacia ella completamente. Está abrazada a sí misma, con los ojos brillosos.

—¿Qué? —Le pregunto sin entender a dónde quiere llegar.

Silvia, ríe con amargura y desvía la mirada de mí hacia el suelo.

—Siempre acudes a lo de siempre. Como hiciste el año pasado...Te “*follaste*” a esa fulana queriendo descargar la tensión, la frustración que sientes al pelear con alguien. ¿Eso es lo que haces cada vez que discutimos? ¿Te *follas* a cualquier *coño* que se te abra?

Me acerco a ella en dos pasos, aprisionándola contra la pared, haciendo que sus ojos se abran temerosos.

— ¡Cállate la maldita boca! ¡No sabes nada de mí y lo que haga, o deje de hacer, no es de tu incumbencia!

Sus ojos se rasan de lágrimas y cuando empieza a temblarle el labio inferior, me acojono. Me muero de angustia y miedo.

—Silvia, no quise hablarte así, yo...

—No, tienes razón. No me debe importar una “*mierda*” lo que hagas con tu vida. Es tú problema no el mío, aun así, no sé por qué razón sigo molestándome en querer llevarme bien contigo. Hacer que me conozcas y dejes de odiarme de esa manera enfermiza.

Abro la boca para hablar, pero nada sale. Silvia se va. De un fuerte portazo, se encierra en su habitación.

Al cabo de una hora, con la certeza de que ya duerme, entro en su alcoba. Apretándome el pecho por la desazón que siento. Notando, al verla encogida con una mueca triste, cómo mis lágrimas salen de mis ojos sin control. Ansío tanto tenerla, acunarla, que me acuesto con ella. La abrazo, la estrecho en mi pecho y entre llantos le digo la única cosa real y verdadera que siento.

—Te amo, Silvia...

Silvia



Un año antes... Febrero. Hospital Santa María de Jesús

Estar en ese lugar me estaba poniendo los vellos de punta. Todo me recordaba a aquella fatídica noche, a aquellos momentos en los que pasé rezando para que mi bebé saliera adelante. Ahora estaba allí por una razón completamente diferente, pero no menos dolorosa. A Ernest, mí Ernest, lo han internado de urgencias. Los continuos desvanecimientos, los dolores de cabeza, los estremecimientos... todo por lo que hemos peleado durante semanas y hasta hoy, que se ha desmayado por más de una hora, no ha sido cuando ha ido a revisarse.

El médico no dijo nada aún, estaba a la espera de los resultados junto con un callado Fernando que no paraba de andar de un lado a otro, como un león enjaulado. Yo por mi parte, no podía parar de retorcerme los dedos y de sentir un entumecimiento constante en todo el cuerpo.

Después de lo que parecieron horas, el doctor salió por las puertas a la vez que una camilla entraba. Me levanté de golpe sintiendo la presencia de Fernando a mi espalda. Su mano se apoyó en mi hombro durante unos segundos para después apartarla como si le quemase. Pero fue tal mi desespero de saber, que no lo tomé en cuenta.

—Silvia... —Murmuró apesadumbrado.

Y entonces ocurrió... mi mundo dejó de girar o es que giraba demasiado rápido como para poder soportarlo. Escuchaba al doctor hablar a la vez que unos brazos me sostenían. Escuchaba, mas no oía más que mi pensamiento dictándome lo que aquella jerga médica estaba intentando decirme. Mi Ernest se moría. Mi amor me dejaría y no conseguía ver más allá de eso.

Más tarde y armándome por fin de valor, abandoné la silla de la sala de espera y anduve por el pasillo hasta su habitación. Hacía al menos una hora que Fernando estaba con él, yo no tuve la suficiente fuerza para hacerlo. Por muy estúpido que sonara, no sabía lo que me iba a encontrar, en qué estado me lo encontraría. ¿Lo tendrían sedado para calmar su dolor? ¿Estaría despierto,

esperando verme aparecer?

Una vez abrí la puerta, con pasos inestables conseguí entrar y verlo. No estaba diferente a como lo dejé, salvo por unas hondas ojeras que presumía bajo sus ojos. Me miró y se me volvió a caer el alma a los pies. Y sin aguantar un segundo más rompí en llanto para luego correr hacia él y abrazarlo apretadamente. Queriendo retenerlo a mi lado, necesitando de su tacto para saber que seguía conmigo.

Su mano acariciaba mi espalda, mi cabello, me apretaba contra sí y me arrullaba cada vez que un sollozo partía el ruido de las máquinas. Me quedé así hasta que la congoja remitió y tuve la suficiente entereza para mirarlo. Llevé mis manos a su pelo, enredándome en cada hebra. Con una sonrisa triste mi Ernest, cerró los ojos, disfrutando la sensación de mis dedos en su cabello.

—Te amo tanto... —Logré decir con la voz entrecortada.

Estaban entrándome ganas de llorar de nuevo y no parar hasta que se pusiera bien. Pero tal como dijo el doctor, no había vuelta atrás. La enfermedad se había cogido demasiado tarde y solo podía disfrutar del tiempo que le quedaba. La vida era una “*puta mierda*” y la odiaba.

—Yo también te amo, más que a mí propia vida, por muy corta que sea. Siento mucho ser el causante de tu sufrimiento, mi vida. Me prometí hacerte feliz costase lo que me costase, no hacerte derramar una lágrima salvo que fuera de gozo. Te he fallado... —sus mejillas se mojan gracias a lágrimas silenciosas que caen de sus ojos sin parar.

Mi labio inferior tembló y le juré que todo saldría bien. Que si había esperanza por ínfima que fuera, la agarraríamos con uñas y dientes si era preciso y seguiríamos adelante. Él no me iba a dejar, no podía. No cuando mi mundo, mi vida, era él.

Acabé acurrucada a su costado, Fernando en algún momento desapareció y yo me quedé dormida escuchando su voz ronca y familiar. Soñé que todo era una pesadilla, que él estaba bien y no me abandonaría.

Por desgracia no fue así. En ocho meses, mí Ernest, daría su último aliento. En ocho meses, se llevaría mí corazón junto con el suyo. Mi miedo fue, no poder resistirlo.

Fernando



Abril, Mansión Storazza.

En cuanto abro los ojos, lo que he soñado cada mañana desde que la conozco, se materializa tan nítido y real que tengo miedo de despertar. Pero cuando un suspiro procedente de su nariz, hace levantar mi flequillo y cuando su mano se desliza desde mi cadera hacia mi pecho, sé que no se trata de un sueño esta vez.

Es tan real, como que puedo estrecharla contra mi cuerpo, palparla a mi antojo, incluso besarla desde esta poca distancia a la que se encuentran nuestros labios. Pero en cambio, me quedo quieto. Viendo la extensión de sus pestañas, lo jugosa que se ve su boquita apiñada, las suaves pecas que salpican su nariz, que recién me vengo dando cuenta.

Sus parpados se presionan juntos y se remueve en el sueño, dándome la oportunidad de irme antes de que despierte o quedarme y ver su reacción. Fui yo el que usurpé su cama sin permiso y la abracé, fui yo el que la hizo llorar y seguramente sea yo el que salga de la cama a patadas una vez abra los ojos y me vea.

Con cuidado agarro su mano posada en mi pecho y la coloco en la almohada. Me retiro las sábanas con las que nos tapé en la noche y salgo de la cama, abandonando su calor y privándome de ver ese rostro soñoliento. De puntillas me dirijo al baño del dormitorio, es éste o el que está en la casa principal y como que no me apetece nada tener que ver a sus padres antes del desayuno.

Cierro la puerta detrás de mí, cerciorándome una vez más que Silvia duerme y me deshago del pantalón y calzoncillos para luego meterme en la ducha de hidromasaje, que más bien parece una nave espacial con tantas bombillitas y botones. Pulso en donde aparece el símbolo del agua y me pego un susto de muerte cuando cae un chorro tan grande, que me moja entero nada más caerme encima. Ahogo un jadeo ante lo fría que está la condenada y la regulo un poco gracias a la manivela que está a la derecha de los botones. Poco a poco, se entibia hasta ponerse casi hirviendo. Dejo que el agua lave mi

cara, mirando directamente hacia la cascada artificial y con lánguidas pasadas, enjabono mi cuerpo con algún jabón caro que huele a macedonia de frutas.

La piel me arde, me quema, pero me da igual. Solo tengo cabida para pensar en lo que podría estar haciendo ahora con ella en esa cama. De cómo la haría gemir de placer en cuanto la hiciera mía, con fuerza...

Gruño. No puedo hacer eso de nuevo, no quiero acabar machacándomela como un “*puto*” puberto, corriéndome con el pensamiento de la chica que me gusta. ¿Pero qué otra cosa me queda? ¿Tirarme a cualquier “*zorra*” que se me cruce como ella muy bien me echó en cara anoche? Cómo me arrepentí esa noche de haberme follado a esa “*puta...*” No sé, cómo coño fui capaz de tirármela viéndola a ella en el rostro de esa desconocida que ni mi nombre, decía bien.

Silvia tiene razón en muchas cosas, una de ellas, que mi vía de escape siempre es el sexo fácil. Solo así soy capaz de dejar de pensar, de desearla, emborrachándome hasta quedar ciego y satisfacer mis ansias de hacerle el amor, follando con otra que se le parezca. Desde que la conozco, no sé si queriendo o sin querer, solo me he fijado en toda aquella mujer que se le asemeje en algo. Ya sea su pelo, sus ojos, su nariz... para luego quedarme peor de lo que estaba, con la ansiedad carcomiéndome las entrañas y el arrepentimiento embargándome por completo.

Termino de enjuagarme y cierro la ducha, abro la mampara y salgo mojando la suave alfombra de pelo bajo mis pies. Cojo una suave toalla rizada de color blanco colocada prolijamente en el estante colgado en la pared azulejada y me seco para luego enrollarla en torno a mis caderas. No traje ropa limpia, por lo que me tocará salir así.

Agarro mi ropa sucia y dejando las pisadas húmedas a mi paso, abro la puerta encontrándome con una imagen demasiado sensual como para poder resistirlo. Silvia, me mira con ojos entrecerrados, el pelo negro enmarañado haciendo de su cabellera una autentica jauría enredada. La blusa de pijama, le queda demasiado ancha por lo que su hombro y parte de su seno queda desnudo, haciéndome tragar duro.

—Buenos días—saluda ella tirándose hacia atrás contra los almohadones,

estirando su cuerpo como un gato recostado al sol.

Mi polla se endurece, deseosa de entrar en aquella carne tibia que casi queda al descubierto gracias a la ínfima ropa interior que lleva. El encaje blanco realza su piel dorada y puedo ver el inconfundible tono negro de su vello púbico traspasar la débil tela. La boca se me seca y se me inunda por completo a los pocos segundos, mi lengua sale lamiendo mis labios como si chupara los suyos. Pero antes de abalanzarme sobre ella, una voz en mi interior me dice que pare y me vaya. Así que, sin contestar a su saludo, con paso apresurado, salgo del dormitorio azotando la puerta con fuerza. Me pregunto hasta dónde llegará mi maldito autocontrol.

—¿Puedes repetirme a dónde vamos? Creo que aún no me quedó del todo claro... —Refunfuño mirando por la ventana a los transeúntes que vienen y van por la acera.

No estoy acostumbrado a tanto jaleo y estrés, prefiero un millón de veces el canto de los pájaros a los pitidos insistentes de los coches y por supuesto, el hedor que desprende la ciudad, no tiene nada que ver con el aire limpio, silvestre y vivo del campo.

—Vamos a mi antiguo trabajo, ya te dije que quiero ver a mis compañeros. Mi papá me dijo que querían verme y los echo de menos.

—¿Echas de menos a todos aquellos que no te han visitado a la hacienda por casi tres años? ¿Esos son los que te añoran? —Digo irónico mirándola de soslayo.

Sus manos se aprietan en torno al volante, puedo ver como se está imaginando mi cuello en su lugar.

—Tienen sus vidas aquí, vivimos lejos por lo que no se pueden permitir el lujo de ir cada vez que quieren —rebate volteando a verme un segundo antes de seguir mirando la carretera.

—¿Ni una sola vez? Te repito, *princesita*, si esos a los cuales llamas amigos no se dignaron a ir a verte ningún maldito día en tres jodidos años, te echan de menos una mierda.

—¡Oh, cállate! ¡Qué me vas a decir tú que ni amigos tienes...!

Gira a la derecha bruscamente para luego maldecir por lo bajo. Mi

comisura se alza, como cada vez que peleo con ella, mis ganas de picarla y hacerla enfadar más, aumentan. Me encanta verla farruca, con los labios apiñados, la frente arrugada y los ojos entrecerrados queriéndome matar con la mirada. Si la pasión que le pone al discutir, la pone para follar, no sé si podría sobrevivir.

—Prefiero no tener amigos que tenerlos y que sean unos falsos de mierda y unos interesados. No olvides que fuiste su jefa, se convirtieron en tus “amigos” —hice comilla con los dedos haciendo más énfasis—, para que así no notaras como te chupaban el culo.

—Eres un cretino... —Dice soltando una risa.

Eso me hace sonreír tras mis dedos. Está tan preciosa con ese vestido verde, que la sonrisa solo hace de complemento para que haga brillar el día, más de lo que lo hace gracias al sol. Nos mantenemos callados en lo que nos queda de camino, que, entre tarareos de una canción cualquiera y gruñidos falsos por mi parte, llegamos a nuestro destino. Silvia, aparca el coche justo en la puerta y es la primera que sale del vehículo con esa elegancia que Dios le dio para portar esos magníficos zapatos de tacón que hoy se puso a conjunto de su bolso blanco. Salgo del coche y la sigo de cerca, desafiando a todo aquel que se atreva a mirarla más de lo necesario. La muy maldita, bambolea sus caderas como si estuviera desfilando, por no hablar de lo erótica e incitante que se veía la raja del vestido que, entre pasos, hace visibles sus piernas enfundadas en suaves medias. Me pregunto si serán con ligero o enterizas...

Cruzamos las puertas dobles y la verdad, no me esperaba tanto desfile de féminas por doquier. Portadas de números anteriores, cuelgan de cuadros digitales en las paredes y una gran mesa de centro metalizada gris, preside la estancia. Silvia, es saludada por todo dios que se cruza con ella, tanto como los que la ven de lejos, es una estrella en mitad del universo, pero la más brillante dado el recibimiento.

La sigo como un perro faldero o seguramente por mi rictus serio, pareceré su guardaespaldas. O su *puto*, viendo la cara de las mujeres al verme.

—¡Serán “zorras”! —Murmura con los dientes apretados, entrando en el ascensor una vez se abren las puertas.

Entro con ella y la veo pulsar frenéticamente el botón de la planta tres hasta que se cierra y nos quedamos solos en el cubículo de metal espejado.

—¿A quién te refieres?

—¡A todas ellas! ¡Parecen no haber visto un hombre en su vida, desesperadas, eso es lo que son...!

Se cruza de brazos luciendo lindamente enfadada. Dando pisotones con la puntera de su zapato, a modo de tic nervioso. No puedo detener la carcajada que me hace doblar en dos. Ella, me mira con los ojos entrecerrados en coraje y cuando las puertas se abren, su tacón se incrusta en mi pie haciéndome lanzar un grito de dolor.

—¡Maldita hija de tu madre...!

—¡Ups! Lo siento, ha sido sin querer...

Y toda resuelta sale andando dejándome dolorido todavía en el interior del ascensor. Cuando poco a poco, vuelvo a sentir los dedos de los pies, consigo alcanzarla justo cuando una cabellera rubia familiar y una cara conocida, la abraza con alegría para después, remplazarla por una mueca de asco. Melisa me mira fijamente, como si mirara una cucaracha con alas. Alzo una ceja y eso hace que el enfado, cubra sus facciones.

—¡Anda mira! Si se escapó el perro y te siguió hasta aquí. Vas a tener que amarrarlo mejor la próxima vez, Silvia. No vaya a ser que muerda a alguien y le pegue algo.

Suelto una carcajada en su cara consiguiendo así que se cabree más. No recordé que Melisa formaba parte de la plantilla, *chupadores del culo* de Silvia.

—Sigues siendo igual de educada, Mel. Me alegro de verte también.

Suelta una risa irónica y le devuelve toda su atención a Silvia, que solo hace mirarnos de hito en hito, como si viera un partido de tenis.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Todo va bien? ¿Cómo estás?

Silvia, sonrío por compromiso y veo como le incomoda mi presencia en cuanto me da una mirada de soslayo. Decido hacerle el trago más fácil por lo que tras despedirme de ambas, me voy fuera del edificio a esperarla. Un paseo

me irá bien y quién sabe, a lo mejor, consigo alguien con quién hablar mientras tanto.

—¿No te has podido resistir, no es cierto?

Ruedo los ojos y corro detrás de ella antes de que llegue al coche. No sé qué coño le pasa y por qué ahora le importa que hable con una mujer. No es que me moleste, al contrario, eso solo puede significar que está celosa y que solo quiere que mí atención, sea sola y exclusivamente para ella. ¿Pero, por qué ahora? ¿Por qué, de la noche a la mañana?

—¿Pero, se puede saber que bicho te picó, cuñada? ¿Ahora no puedo hablar con nadie?

—¡No me refiero a eso, gilipollas! Aunque también podrías cortarte un poquito, dado que has venido conmigo y puesto que no te conocen, pueden pensar que soy una cornuda. Te lo decía por Melisa.

Entro en el coche una vez ella lo hace, ya que cierra la puerta obligándome a hacerlo también. Enciende el motor y derrapando sale del aparcamiento, haciendo que, por poco, nos coman el culo de un porrazo.

—¿Qué coño le hice yo? ¡Fue ella la que empezó a decir que era un perro...! —Le espeto abrochándome el cinturón a toda prisa. *Silvia + enfado + coche = hecatombe.*

—¿No podías quedarte callado? Es normal que esté dolida contigo. Fuiste un gilipollas con ella.

—¡¿UN GILIPOLLAS?! ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Seguir con ella aún sin quererlo? No la quería, Silvia. Fue un buen polvo, no te lo niego, pero... —¡Ahórrate los detalles para ti y tus noches en vela, *gilipollas!*

—¡Deja de decirme *gilipollas*, mujer!

—¡Deja tú de joderle la vida a las mujeres!

Estoy a punto de gritarle de vuelta cuando miramos a la vez hacia delante. Un coche nos venía de frente y no tenía más alternativa que meternos a través del parque. Por lo que, agarrándole el volante, giré bruscamente y nos salvé por los pelos. Puse el freno de mano y saqué la llave entre jadeos una vez, el coche se paró.

—¿Estás bien? —Le pregunto al verla paralizada y pálida como el mármol mirando hacia ninguna parte.

Ella asiente y gira la cara hacia mí, al mismo tiempo que un par de lagrimones se desbordan de sus ojos, mojando sus mejillas. La atraigo hacia mí abarcando su cabeza y la estrecho contra mi cuerpo. Sintiendo su corazón golpeando casi tan frenético como el mío. Y sin esperárnoslo ninguno de los dos, empezamos a reír, ya fuese de los nervios o el miedo de que, por poco, no lo contáramos.

Entierro la mano en el cubo de palomitas, sacando un buen puñado para luego comérmelas con aburrimiento. La película es una mierda pastelosa de esas que les encanta a las mujeres cuando están con la regla. Son tan masoquistas que aún sabiendo que están con las hormonas revolucionadas, se ponen a ver cosas para llorar a moco tendido.

Acaricio el bolsillo de mis vaqueros y la miro de refilón, viéndola abrazando sus rodillas, mirando fijamente la pantalla casi sin pestañear. Al cabo de lo que parecen horas, anuncian un intermedio de cinco minutos. Suficiente para darle el regalo y largarme a mi habitación. No tuve la suficiente valentía para dárselo ayer, ya que comparándolo con la gargantilla de oro que le regaló su padre y el vestido de gala de alguna firma millonaria que le dio su madre, lo mío carecía de encanto.

—Silvia... —La llamo.

Ella me mira, tiene los ojos llorosos gracias a la película y ruedo los ojos haciéndola golpearme en el brazo en reprimenda. Saco del bolsillo la pequeña bolsita de terciopelo ya gastado de los años y se la tiendo sujetándola por la frágil cinta de seda que la mantiene cerrada.

Su ceño se frunce, mirando el saquito con curiosidad y miedo a la vez. Con inseguridad la agarra, la abre y sacude la bolsa haciendo que la pequeña bellota de plata envejecida caiga en su palma. Presente que lleva en mi familia décadas y décadas. Una promesa de amor, con la inicial de nuestro apellido grabado a mano. Aunque ella no lo sepa, le acabo de entregar mi corazón de forma simbólica, de la manera con la que mi papá pidió matrimonio a mí madre.

—Feliz cumpleaños...

Y antes de poder levantarme y marcharme, Silvia, salta sobre mí abrazándome apretadamente. Palmeo su hombro, deseando que se quite de encima o si no, no seré capaz de separarme nunca más. Al cabo de unos segundos, se aparta lo suficiente para que solo sus manos toquen mis hombros. Su sonrisa es gigantesca y su belleza parece alcanzar límites infinitos.

—Gracias...

Silvia



Un año antes... Junio. Hacienda Vidal.

En el momento en el que entramos en casa, un sentimiento de congoja me hizo estremecer mientras empujaba la silla de Ernest hacia el interior. Fernando, dejó el macuto de ropa en el sofá y tras decirnos que se iría a duchar, nos dejó solos.

—Puedo andar, Silvia —protestó cuando intenté no tropezarme con la esquina de la puerta que daba a nuestra habitación.

—Lo sé, cariño, solo quiero hacer esto por ti, el doctor me dijo...

—Puedo hacer las cosas por mí mismo, el doctor dijo que podría hacer vida normal. No veo normal ir de aquí para allá en silla de ruedas —dijo cortando mi frase a la mitad.

Paré la silla y me coloqué en frente de él para luego arrodillarme a sus pies. Estaba demacrado, con ojeras, los pómulos hundidos y sin brillo en los ojos. Esos ojos que tanta vida irradiaban, ahora estaban tan apagados... Tuve que hacer un verdadero esfuerzo por no echarme a llorar. Mi Ernest, se me iba y no podía hacer nada para impedirlo.

—Te estás volviendo un testarudo, Señor Vidal —intenté bromear—. Yo solo quiero ser su enfermera sexy y usted no me quiere... —Hice un puchero con los labios y conseguí hacerlo sonreír levemente.

Su mano se alzó hasta alcanzar mi mejilla izquierda. Cerré los ojos disfrutando de su caricia tibia y si no hubiera sido por el olor a desinfectante que llevaba impregnado en su piel, diría que todo estaba como antes. Pero no, aquel olor acompañaba a su demacrado aspecto casi moribundo, sin fuerzas y me estaba llevando con él.

Cerciorándome de que no se hiciera daño, accioné el freno de la silla justo al lado de nuestra cama y con mi ayuda consiguió acostarse sobre la colcha y almohadones. Estaba débil, demasiado, pero no quería obligarlo a comer ya que era cosa inútil. El muy cabezota, apenas probaba bocado y no tenía más

remedio que resignarme. El doctor, solo dijo que lo dejáramos a su libre albedrío, que si lo cuidábamos, que no se diera tanta cuenta. Pero no fue fácil, lo tuve demasiado difícil cuando casi no podía andar sin marearse, no podía ir al baño y volver sin que las piernas le temblasen por el esfuerzo que suponía, caminar un par de metros.

Me acosté a su lado, encontrándome con su abrazo nada más colocar mi cabeza en la almohada. Sus dedos rastrillaban mi cabello, enredándose entre los rizos haciéndome morder el labio inferior fuertemente.

—Amor... —Murmuró. Pestañeeé para alejar las lágrimas y me moví en su pecho para poder mirarlo a la cara.

Tenía una leve sonrisa en los labios y eso me hizo sonreírle de vuelta.

—Quiero que lo que me quede, hagamos como si no pasara nada, ¿de acuerdo? Quiero que hagamos el amor cada noche, cada mañana. Que me digas *te quiero* cada día. Es demasiado egoísta de mi parte decirte esto, pero... no me abandones, por favor...

Una lágrima salió de su ojo derecho al pestañear y como pude, asentí conforme para luego besarlo largo rato.

Hacía calor, el sudor perlaba nuestros cuerpos, pero si mí Ernest, quería pasear, eso es lo que haríamos hiciese el calor que hiciese. Coloqué su silla a la sombra de un almendro mientras disponía la manta de picnic con la respectiva merienda para ambos. Coloqué dos cojines para él en un extremo y lo ayudé a incorporarse para después recostarlo en el suelo. Ernest me miraba todo el rato sin dejar de sonreír, dejándome ver el amor que me tenía con cada mirada. Le di de comer, solo por el placer de hacerlo, no porque él no pudiera. Adoraba hacerlo reír con mis tonterías, verlo cómodo y feliz a mi lado.

Estos días me he dado cuenta que quede lo que nos quede juntos, lo disfrutaremos lo máximo que podamos.

—Estás muy sexy con ese lazo rojo estilo, Pin-Up —dijo acariciando el susodicho.

Estábamos recostados, uno junto al otro, con las cabezas casi pegadas y aquellos labios que me llamaban a besarlos todo el santo día. Y es lo que hice,

tras sonreírle y hacerme la avergonzada por su piropo, le robé cientos de besos para luego lanzarme contra él y devorar su boca con ansias. No podíamos hacer el amor tanto como quisiéramos, el cansancio, no lo dejaba estar más de cinco horas despierto al día. Así, que los ratitos que podíamos, lo dedicábamos a besarnos y a decirnos, cuanto nos queríamos.

Las manos de mi marido, subieron por mis muslos desnudos gracias al corto pantaloncillo que llevaba y jadeé en su boca, por la excitación que eso me causaba. Nunca me llegué a acostumbrar al poder que ejercía sobre mí. Era el dueño de mí cuerpo, de mí alma... Ernest era un buen amante, tierno, complaciente y terriblemente cariñoso. No había rincón, ni lunar que él no hubiese besado o tocado. Esa era una de las cosas que más echaría de menos.

Me alejé de sus labios intentando recuperar el resuello, él, se rió al ver mi rostro y estuve a punto de volver a arremeter contra su boca, cuando realmente me di cuenta en donde estábamos. Posiblemente estuviéramos dando un gran espectáculo a todo aquel que quisiera ver.

—¿Qué quieres comer primero? —Le pregunté queriendo dejar a un lado la calentura.

No podíamos hacer mucho allí en medio, donde pudiera aparecer su hermano o cualquier trabajador. Me iba a levantar de su regazo, cuando de un fuerte tirón, me hizo voltear y acabar bajo su cuerpo. Chillé por la sorpresa, cosa que le hizo verdadera gracia.

—A ti, Señora de Vidal. La quiero comer a usted, completa...

Y sin poder resistirme, me dejé llevar. Ernest supo hacerme llegar a las estrellas, rozar la luna, incluso siendo pleno día. Jamás podría olvidar, esa última vez que hicimos el amor. Allí, justo en medio de los árboles, haciendo que nuestra pasión, se dispersara con la brisa veraniega.

Fernando



Mayo, Plaza mayor de Monte alto.

—¿Me dejarás elegirlo a mí?

Su pregunta casi me hace reír a carcajadas. Casi, si no fuera por la responsabilidad que ese fin conllevaría. Mordisqueo la rama de trigo, rumiando alguna forma de hacerle ver que ese trabajo es mío. Solo yo puedo elegir.

—No.

Mi escueta contestación, la hace soltar un jadeo. Luciendo ofendida, con un sombrerito a conjunto con el mío, esas botas, esos vaqueros que hacía que su redondo culo se alzara maravillosamente y ese escote que me está haciendo sudar, casi me tiene al límite de la cordura. Si no fuera porque estamos en mitad del pueblo, con montones de transeúntes caminando de aquí para allá, la hubiera tirado en la primera bala de heno de cualquier campo vecino y la hubiera lamido entera.

—¿Pero por qué coño no? ¡Tienes diez, déjame, aunque sea poder elegir este!

Se queda parada mientras yo sigo andando como si nada. Muerdo mi sonrisa cuando la escucho gruñir y resoplar para luego llegar corriendo de nuevo a mi lado.

—¡Eres un...!

—Lo sé, ahora deja de relatar. La gente nos está mirando y si no querías ser el centro de atención y que nadie te reconociera, déjame decirte que estás consiguiendo justamente lo contrario.

Su protesta queda en el aire y mira de un lado a otro para después agachar su cabeza y seguir a mi lado en silencio. Río sin poder aguantarme más.

—Si te hace sentir mejor, te dejaré elegir su nombre.

Su mirada sube hasta mí y cuando veo como su sonrisa aparece, trago

duro. Es tan insoportable resistirme a no besarla de una maldita vez... De borrar esa mueca alegre de un bocado y remplazarla por un gemido... —¿De verdad?

Asiento, no soy capaz ni de hablar sin que se me note afectado. Solo ella hace posible que me quede mudo la mayoría del tiempo. Solo ella es capaz de hacerme olvidar todo lo que me rodea y hacerme creer que solo ella habita este planeta.

Llegamos al cercado y de lejos veo lo que viene siendo un buen espectáculo. Varios pura sangre, galopan con sus crines al viento, alrededor de la cuadra. Jugando entre ellos, divirtiéndose a su manera. Silvia, se coloca a mi lado subiéndose a la valla quedando así a mi altura.

—Dan miedo verlos a la vez que placer. Me gusta el de la mancha en la pata trasera.

—¿El castaño?

—Ajá... mira que precioso es.

Sonrío. Tiene buen ojo la condenada y aunque le haré sufrir un poquito más, ese caballo dormirá esta noche en la hacienda.

—Preciosa —la corrijo haciéndola mirarme con los ojos achinados por el sol que nos deslumbra de cara.

Tiene las mejillas ruborizadas por el calor que hace y el cuello húmedo del sudor. ¿Sería mucho pedir que pudieran parar el tiempo justamente en este instante? Así podría meter mi cara en ese canalillo y lamer cada gota de humedad, hasta remplazarla por mi saliva. Sin que se dé cuenta, bajo mi mano a la bragueta. Solo de imaginarme esa escena de lo más tentadora, ha hecho que me excite como nunca.

—¿Por qué sois tan cliché? —La miro sin entender esa pregunta— Estoy hablando de ti y de los hombres del pueblo. Todos con camisas a cuadros, cinturones anchos con hebillas doradas, botas camperas, sombrero *cowboy*... —Señala el suyo sobre su cabeza— Os lo tenéis demasiado creído. Hasta mordisqueas cualquier rama que encuentras en el camino y ahora quieres un caballo más con el que lucir tú porte a las féminas del pueblo haciéndolas babear. Lo que te he dicho... demasiado cliché.

—No me digas que prefieres a un pijo de pacotilla vistiendo de *Armani* y conduciendo un *Porche*.

—Sabes que no... —Murmura con un deje de tristeza mirando de nuevo hacia los caballos— Me casé con tu hermano, sin tener constancia del dinero y los bienes que tenía. Lo amé y lo seguiré amando por lo que era —su rostro se gira de nuevo hacia mí, esta vez puedo ver sus ojos anegados en lágrimas y me parte el corazón—. Solo no imaginé que esos vaqueros sexys subidos a lomos de un caballo existieran fuera de las películas —una suave risa salió de sus labios al mismo tiempo que enjugaba sus ojos con el dorso de su mano.

Decido dejar el tema ahí. No quiero hacerla recordar nada que pueda dañarla ya que ese recuerdo no solo la destroza a ella. Yo también perdí a la única familia que me quedaba, sin embargo, doy gracias a Dios porque después de casi un año Silvia, siga a mi lado. Quién sabe lo que sería de mí, si ella me llegase a faltar también.

Caminamos hacia la casa del dueño de los caballos y cuando pisamos el porche mi buen amigo Rodrigo, sale a saludarnos. Después de decirle lo que busco, nos lleva al establo donde acaban de encerrarlos. En el momento en el que entramos Silvia, se adelanta mientras yo me quedo escuchando a Rodrigo hablarme del nuevo equino que le llegó malherido hace unas semanas atrás. Para mi sorpresa es la castaña que vimos anteriormente correteando por el prado.

Silvia, roza la madera de cada compartimento mientras mira a los caballos pastar tranquilos. Pero uno llama su atención. Es la yegua castaña. Está tumbada sobre el heno, pero acto seguido, al escucharnos aproximarnos se levanta con demasiado esfuerzo poniéndose nerviosa.

Silvia, abre la portezuela haciendo que el caballo cabecee. Estoy a punto de ir a tirarle de los pelos por inconsciente, cuando Rodrigo coloca la palma de su mano en mi pecho, parándome.

—Déjala... Entre mujeres se entienden, y ella no le hará nada malo si Silvia no quiere dañarla.

Con la respiración agitada y el corazón en un puño, veo como mi mujer se acerca a la yegua. Trémula, alzando la mano hasta el hocico, murmurando palabras susurradas que desde donde estoy no logro escuchar. Pero parece un

sutil tarareo, una melodía que solo el caballo puede escuchar con exactitud y al cual parece gustarle. Los dedos de Silvia, acarician el morro, mientras que, con la otra mano, peina la crin con medida y cuidado.

Es tan hermosa la escena que veo, que no sé si reír o llorar.

—Tranquila, Pandora... yo te cuidaré...

Y sin importarme un cuerno lo que cueste y que posiblemente esa yegua no sirva para correr, pago a mi amigo, convirtiéndome en el dueño de Pandora. Daría todo lo que tengo para poder ver esta *puta* imagen cada día...

Silvia



Un año antes... Octubre, hacienda Vidal.

Mi mirada estaba fija en el horizonte. Donde unas nubes negras avecinaban lo que sería una gran tormenta. Recuerdo haber sentido un desagradable escalofrío subirme por la espalda hasta desembocar en mi nuca. Nunca fui de las que creyeron en el sexto sentido o en los presentimientos. Siempre pensé que eso no era más que una sarta de estupideces que se inventaban los videntes para sacar el dinero a la gente. Así que no le di importancia, a la sensación rara que recorría mi columna y agilaba mi estómago.

Simplemente me quedé allí, en el porche, viendo a las nubes acercarse cada vez más. Escuchando el graznido de los pájaros en bandada que volaban en dirección contraria a la tormenta. Me abracé a mí misma, subiendo mis pies al asiento, hasta abarcar mis rodillas. Me sentía débil, sin fuerzas. Quizás fuera porque apenas ingerí bocado en tres semanas. Ernest estaba cada vez peor y mi mundo empezaba a derrumbarse. Como el cielo de ese día.

Sentí una presencia erguirse a mi lado. Sabía quién era incluso antes de mirar de reojo su perfil. Se cruzó de brazos, contemplando el paisaje con ese rictus impenetrable del que ya estaba malditamente familiarizada. Esa era la primera vez en meses que estábamos a solas, era la primera vez en mucho tiempo que veía a alguien más, aparte de Ernest. Era tal mi obsesión por querer estar con él todo el tiempo que me fuese posible, que no deparé un segundo en Fernando.

Si llega el día que mi Ernest muera, no solo seré yo la que pierda a un pilar fundamental en mi vida, también lo sería para él. Era su hermano, su mitad, su compañero de aventuras cuando eran pequeños, su quebradero de cabeza, su camarada y equipo. Ambos tan diferentes y tan parecidos al mismo tiempo. Ya podía ser uno el mismísimo demonio y el otro discípulo de Dios, los dos eran uno.

—Odio la lluvia... —Murmuró tan bajo, que creí no haberlo oído.

Escucho el chasquido de su mechero, para luego, el sonido de su

exhalación. El olor desagradable del cigarrillo me hizo recordar el día de mi boda. Cuando se encerró en el salón de actos, escapando de todo el mundo, después de haber roto con Melisa. Empecé a entender que cuando algo lo ponía demasiado nervioso o tenso, recurría al tabaco. No obstante, cuando ya la situación lo sobrepasaba, buscaba una mujer cualquiera y se la follaba sin conocimiento.

Así era él... y odiaba cada célula, cada molécula que lo componían.

—Hoy, yo también la odio... —Le contesté ya habiendo pasado el suficiente tiempo como para hacer creer que no diría nada.

Pero mi mente se negaba a pensar, en nada más allá, que lo feo que se veía el cielo. En como las hojas caídas en el suelo, junto con el viento, creaban ciertos remolinos que no llegaban a más que un par de metros de altura.

Entonces algo empezó a atenazar mi garganta. Algo estaba mal, algo se me olvidaba y no sabía qué. Solo me levanté con la imperiosa necesidad de regar mis rosas amarillas. La manta dejó de cubrirme, al mismo tiempo que empecé a caminar sin preocuparme de agarrarla. El viento, hizo corriente, azotando mi rostro con furia. La tormenta estaba justo en mi cabeza, y sabía que una vez la brisa cesara, caería una gran tromba de agua sobre mí.

Me daba igual, solo quería llegar a mi rincón favorito de la hacienda. Un invernadero pequeño, acristalado, lleno de plantas frondosas de imperioso follaje. Enredaderas y flores de colores, cuidadosamente cuidadas día tras día.

Sin faltar uno. Menos “ese” día.

Los gritos de Fernando llamándome, no hicieron más que apremiar las ganas que tenía de llegar y regarlas. De alguna manera se convirtió en algo de vida o muerte y no pararía hasta haberlo hecho.

Justo a un metro de llegar, la tormenta descargó su furia en forma de trueno para luego empezar a chispear. Me quedé parada, sintiendo las pequeñas gotas mojar mi cabeza, hombros y cara. El sutil golpeteo, pronto se convirtió en un constante. Gordas gotas, empezaron a empapar mi ropa, pero tampoco me importó.

Alguien agarró mis brazos una vez que decidí dar un paso.

—¿Estás loca? ¡Vuelve a casa ahora mismo!

Mi mirada se centraba en las preciosas rosas amarillas, que se entreveían a través del cristal del invernadero. Mi barbilla empezó a temblar y pronto mis lágrimas se ligaron con la lluvia que no cesaba en su empeño de arrasarse con todo.

Fernando tiraba de mí y al verme alejada de mi deseo, empecé a llorar y a empujarlo con todas mis fuerzas. Pero no podía. Mis fuerzas eran casi nulas, por no decir que estaban extintas. Y entonces sentí como algo dentro de mí se rompió a la vez que un rayo impactó contra la rama de un árbol haciendo que ésta callera y rompiera una de las contraventanas del invernadero y destrozara las rosas.

Ahí supe, en ese mismo instante, que mi Ernest, dejó de respirar. Mis rosas dejaron de vivir, a la fuerza, al igual que él. No era su jodida hora, pero eso no impidió a la muerte llevárselo.

Me zafé del agarre de Fernando y corrí hacia la casa. Mi amor, yacía en la grava, empapado e inerte, justo al lado del porche. Como si hubiera utilizado el último ápice de fuerza, para ir a buscarme.

Caí de rodillas, grité, sollocé y maldije a voz en grito. Nada funcionó. Nada de lo que dije o hice, me devolvió a mi Ernest.

Sentí unos brazos y unas manos agarrarme, intentando apartarme de él. Pero luché con todas mis fuerzas, necesitaba llorar, gritar, maldecir. Aunque sabía que nada daría resultado, lo hice de todas maneras. El llanto de Fernando se ligó con el mío junto con el repiquetear de la lluvia en la arena. Abracé su cabeza, acunándolo, como si así calmara el ansia de sentirlo conmigo. No me lo creía, no podía hacerme a la idea de que ya no lo vería más.

Me dejé abrazar por sus brazos, sintiendo su pecho convulsionarse por su lamento. Llamando a su hermano entre sollozos roncós, destrozándome más si cabía.

—Nos lo quitaron, Fernando...—Sollocé con la voz rota, acariciando su pelo empapado.

No dijo nada, en cambio me abrazó más contra él. Protegiéndome de todo

por unos instantes, rodeándome del cariño que nunca me brindó y que, en ese momento, me regalaba de buena gana. No sé cuánto tiempo estuvimos allí de rodillas, dejando que el agua se llevara todo de nosotros. No recuerdo lo que pasó después de eso. Puede que me desmayara o mi mente decidiera hacerme olvidar el trago que fue ver a mi Ernest acostadito en una cama, sin vida, sin color. No lo recuerdo, pero eso no quita que me lo imagine.

La mente hace eso a veces. Te pone a prueba, te somete a evocaciones desagradables, para ver hasta donde puedes llegar. Yo llegué a mi límite en el momento en el que el ataúd desapareció tras una placa de cemento. No había vuelta atrás, ese era mi destino y el suyo. Solo me quedaba agradecer el haberlo conocido y amado tanto, que sabía que ese sentimiento jamás sería destruido. Siempre lo amaría, siempre lo tendría presente. Viniese lo que viniese luego, mi Ernest ocuparía un gran trozo de mi corazón.

Fernando



Julio, Hacienda Vidal.

Entro en el despacho, dejando mi sombrero en el gancho de la puerta. La pareja se gira al sentir mi presencia y Silvia deja de hablar.

—Buenos días —saludo haciendo que tres pares de ojos me sigan mientras cruzo la habitación.

El hombre de pelo castaño, posiblemente rozando la cuarentena asiente a modo de saludo. La mujer rubia, demasiado poli-operada para mi gusto, me sonrío radiante cuando paso por su lado para dirigirme a Silvia. Me siento en el reposabrazos del sillón que ella ocupa, ignorando su mala mirada, y espero a que sigan hablando. Tal como me contó más temprano, llamaron interesados en comprar nuestro vino, querían llegar a un acuerdo. Al fallecer mi hermano, su parte pasó a ser de Silvia, por lo que nos convertimos en copropietarios de, Haciendas Vidal. No tomamos una decisión sin consultar con el otro y aunque ella parecía al principio un pececillo fuera del agua, pudo desenvolverse perfectamente una vez se puso al día.

Cuando la vi la primera vez, detrás de esta mesa, con uno de esos modelitos pijos con camisita almidonada, tacones de infarto y falda de tubo, quise morirme. Ahora sin ir más lejos, mi mirada pasa de mirar a nuestros invitados a ojear desde mi posición, el bonito sujetador negro de encaje que abrazaba aquellas dos tetas de pecado, que se dejaban ver gracias al escote.

—Bien, cómo les iba diciendo. Estos son nuestros precios, depende de la añada que deseen y el tipo de vino, estamos dispuestos a llegar a un acuerdo.

Tengan en cuenta de que llevamos años en el mercado y cada uno de nuestros vinos son de gran calidad. Y la calidad, se paga.

Dios santo... ¿Cómo puede ser tan jodidamente sexy diciendo esas cosas? Siento mi pantalón vaquero apretado, por la erección que empuja la bragueta.

—¿Y no hay posibilidad de llegar a un precio justo, señora? —Interpela el hombre, cruzándose de piernas y acomodándose en el sillón. Como si estuviera dispuesto a alagar la negociación lo que fuera posible.

Conozco a Silvia lo suficiente para saber que no es ninguna mosquita muerta. Sabe de sobra tratar con gente así y seguramente acabara comiéndoselo con patatas. Y yo estaré presente para presenciarlo.

Veo de soslayo, como la mujer me está mirando como si de un banquete me tratara. Eso o tengo cara de tarta de chocolate. El hombre sigue intentando llegar a un acuerdo y sonrío orgulloso al ver como mi mujer no se da por vencida. Aún siento su escrutinio justo en mi perfil, pero no permito que me afecte.

—¿Podríamos ir a ver el género al menos? —Dice ella interrumpiendo a su acompañante.

Silvia la mira a ella y luego me mira a mí. Sé que va a decirme antes incluso de decirlo.

—¿Puedes enseñarle las bodegas?

—¡Es una fantástica idea! —Exclama ella eufórica poniéndose de pie automáticamente. Como si yo hubiera accedido a tal cosa.

Pero después de ver la advertencia implícita en la mirada de mi maravillosa cuñada, gruño y me levanto. No soy ningún sumiso, al contrario, más tarde habrá consecuencias. Puede que no la deje ducharse en todo el maldito día cortando el agua corriente, o mejor, cambiaría su champú por tinte rosa. Eso sería todo un espectáculo.

Camino hacia el exterior, escuchando el taconeo insistente de la muchacha y su respiración agitada por la corta carrera. He visto a Silvia, correr a todo gas con unos tacones más grandes que los que porta ella, por lo que no me creo que sea tan enclenque como para no seguirme el paso.

Una vez en el camino de tierra, en dirección a las bodegas, me sobresalto al sentir sus manos rodear mi bíceps. Le doy una mirada que cualquiera con dos dedos de frente se achantaría. Ella no, ella sonrío, se muerde el labio inferior como aguantándose las ganas de saltarme a la yugular y se queda enganchada a mi extremidad como un maldito chimpancé.

—Sabiendo que venía al campo, debería haber traído un calzado más cómodo, señora.

Ella suelta una risa chirriante antes de contestar.

—¿Y perder todo el *glamour*? Ni en broma. Y no me llames señora, no soy ni vieja, ni casada. Me llamo Leyre.

—Una mujer no pierde el *glamour*, como usted dice, por vestir zapatillas deportivas. La última vez que fui a la ciudad pude comprobar que están de moda incluso llevándolas con un vestido. La que es bonita, es bonita incluso con un saco.

—Las que somos de buena familia, Señor Vidal, no podemos tomarnos el lujo de ir en deportivas. Además, no vaya a negar que los tacones hacen más sexy a una mujer. Míreme y dígame si miento.

Me abstengo de rodar los ojos y sigo caminando sin hacerle el menor caso. La tía va con todas las armas cargadas, lanzando flechines a diestro y siniestro. Lo que no sabe es que ya estoy más que cazado por alguien que ni siquiera, se da cuenta que me disparó.

—Esta es la bodega donde guardamos el rioja, aquella de allá, el blanco y rosado —le señalo una vez llegamos, para luego abrir la puerta y bajar las escaleras, con cuidado de no tropezar ante la oscuridad

—Hace frío aquí... —Se arrebujaba en mi costado, haciéndome sentir cada una de sus curvas.

—El vino, por si no lo sabe, debe estar a una temperatura fresca y seca. Por eso la baja temperatura del lugar.

—Y, es grande —ronronea posando su mano en mi bajo vientre.

Con la mayor de las discreciones, agarro su muñeca y la retiro de mi cuerpo. Me estoy poniendo enfermo solo de pensar en ser manoseado por ella. Hace un año que no estoy con una mujer y, aun así, el simple hecho de pensar que no será Silvia, la que lo esté, me repudia. Desde Melisa, la única que toca mi *polla* es mi jodida mano. Y para mi vergüenza, todas las noches.

Nuestros pasos hacen eco en el gran espacio, alejándome de mis pensamientos que en este momento no vienen a cuento y recorreremos los pasillos. Le señalo cada añada, dándome cuenta de la nula atención que me presta. Ella asiente a todo, incluso hace algún que otro sonidito de conformidad. Estamos llegando al final, cuando se pone frente a mí y empieza a jugar con los botones superiores de mi camisa. ¿En qué maldito

momento decidí ponerme una?

—¿Sería posible que me dieras a probar un poco del mejor que tengas? —
Dice acariciando mi pecho por la franja de piel que ha dejado al descubierto.

Me abstengo de resoplar con fastidio y apartándole las manos una vez más, haciendo que me haga una mueca de disgusto, me dirijo hacia el barril donde tenemos uno de los mejores rijoas. Agarro el vaso de cristal de la estantería, que utilizamos para la cata, y lleno dos dedos para luego tendérselo. Ella bebe sin dejar de mirarme, luego se relame los labios con deleite para automáticamente después pedirme un poco más con el pretexto de quedarse del todo con el sabor. Se lo relleno una última vez, prometiéndome que una vez beba, nos largamos de este sitio y volvemos a la oficina. No sé por qué tengo un mal presentimiento. Después de bebérselo de un solo sorbo, deja el vaso en la mesa y sin esperármelo arremete contra mí, estrellando su boca contra la mía con tanta fuerza que me hace daño.

La intento apartar con todo el cuidado del mundo, pero es como una maldita anguila. Escurridiza y rápida y dudo que haya quedado un centímetro de mi cuerpo que no haya palpado y eso que solo han pasado unos segundos.

Salta haciendo enredar sus piernas en torno a mis caderas, estoy por ahogarme con su larga lengua y juro que estoy a punto de reír por lo absurdo de la situación. Por el contrario, de un empujón, más fuerte de lo que pretendo la hago saltar fuera de mí. Me mira jadeante, con una sonrisa maliciosa, como si supiera algo que yo no. La maldita casi me quita la piel a tiras, no puedo imaginar al pobre hombre que esté con ella en la cama.

Sin decir nada al respecto hecho a andar hacia la salida, pero antes de llegar a las escaleras, sus manos atrapan mi brazo impidiéndomelo.

—¿A dónde crees que vas, gatito? Aún es pronto para que te vayas...

—Será mejor que me suelte, si no quiere que olvide que soy un caballero.

Al tirar de mi brazo, sus uñas arañan mi piel y tras hacer una mueca, troto escaleras arriba y me encamino hacia la oficina. Cuando llego, jadeante por la carrera, lo que me encuentro nada más traspasar el umbral hace que mi cuerpo se tense y el aire salga de mis pulmones de golpe. Silvia, es encañonada en la sien contra la ventana, el *hijo de puta*, la está amenazando con algo que el embotamiento no me deja escuchar con claridad. Los ojos de ella reparan en

mí y el terror aumenta de nivel en cada una de sus facciones. Como si le asustara el mero hecho de pensar que me podría pasar algo, siendo ella la que está siendo apuntada por una pistola.

Me obligo a salir del *shock*, pensando con cabeza fría lo que hacer a continuación. Tengo un miedo atroz a que algo llegue a pasarme, pero si no actúo rápido, ese *hijo de puta*, la matará. Por lo que, tras ojear cada rincón de la habitación, me encuentro con el pisapapeles de cristal macizo, que perteneció a mi abuelo.

—¡Dame el dinero, maldita *hija de puta*, o te mato! —Grita el hombre haciéndola sollozar. Mi mandíbula y puños se aprietan con rabia. Si tuviera ahora mismo el cuello de ese malnacido entre mis manos lo hubiera estrangulado.

—No tengo la combinación de la caja... —Murmura ella entre lágrimas, mirándome de reojo sin que él se diera cuenta.

Un paso más y llego a la mesa.

—¡No me creo una mierda lo que dices, maldita perra! Abre la caja de una *puta vez* o te juro que te reunirás con tu amado marido en el infierno.

Agarro el pisapapeles y sin pensármelo, con todas mis fuerzas se lo estampo en la cabeza haciendo que se caiga en redondo al suelo. Inconsciente.

—¡*Hijo de puta!* —Vocifero para después darle patadas en las costillas, desesperado por descargar la furia y el miedo que me atenaza las entrañas.

Verla ahí, aterrorizada, llorando... es todo lo que puedo soportar. Mi mente se colapsa, veo rojo y solo quiero matar a quién se atreva a hacerle daño.

El llanto de Silvia, me hace desistir, probablemente lo habré dejado sin ningún hueso ileso en el cuerpo. Ella sigue contra la pared, con la vista perdida y llorando a mares. Estoy por andar en su dirección, cuando su mirada capta algo detrás de mí.

—¡Cuidado! —Chilla a voz en grito justo cuando algo rodea mi cuello, haciéndome imposible coger el último aliento.

Subo mis dedos, encontrándome con una cuerda fina alrededor de mi

tráquea. Intento aflojarla, pero es en vano. Cada vez aprieta más, con más fuerza. Mis ojos se nublan, el oxígeno no llega cuando veo como la imagen de Silvia, agarrando la pistola del suelo a cámara lenta, va desapareciendo, un disparo corta el aire un silbido pasa justo al lado de mi oreja y algo cae sobre mí.

La soga se afloja y jadeo desesperado intentando coger el mayor aire posible. Tanto es así, que llego a marearme hasta caer de rodillas. Haciendo que el cuerpo de la mujer caiga a mi lado, con la camisa manchada de sangre.

Siento los brazos de Silvia, rodearme, sollozar y decir una y otra vez que es una asesina.

—Tranquila, *princesita*, aún respira —la intento tranquilizar sin saber si es cierta o no esa afirmación—. No la mataste...Llamaremos a la policía ¿Sí? Tranquilízate. —la levanto conmigo, cogiéndola a pulso, jadeando e intentando aún llevar aire a mis pulmones. Si no hubiera sido por la valentía de Silvia, estaría muerto.

Cierro la oficina con llave y cuando salimos al exterior veo a David portando una pala y correr hacia nosotros con cara de susto. Seguramente haya escuchado el disparo.

—Llama a la policía, cerciora de que no se vayan a ningún lado hasta que aparezcan. Aunque dudo mucho que vayan a despertar en breve.

David no hace ninguna pregunta, solo acata mi orden y marca en su teléfono mediante se dirige a las oficinas.

Me llevo a Silvia lejos de allí, aún agarrada con fuerza contra mi cuerpo, disfrutando de su cercanía lo máximo que me es posible. Una vez llegamos a casa, cierro de un puntapié y me dirijo a la sala donde me siento en el sofá con ella a horcajadas encima de mí.

Sigue llorando, agarrando mi camiseta en puños, respirando agitadamente en mi cuello donde aún está la soga enredada.

Con cuidado agarro su cabeza, instándola a salir de su escondite. Su pelo cubre su rostro, haciendo que los mechones rizados se peguen por la humedad de sus lágrimas. Sonríó como un imbécil, dándome por vencido. Me da igual si ve que el odio que le tenía no es más que un disfraz, me importa un carajo

que se dé cuenta de cuanto la quiero. Estoy cansado de fingir.

—He disparado un arma, Fer... por poco, mato a una persona... —
Murmura entre sollozos e hipidos.

Alejo el pelo de su cara y beso su frente durante unos segundos eternos.
Haciéndola suspirar.

—Me has salvado la vida, *princesita*. Has sido muy valiente.

—No te lo mereces... —Dice ella soltando una risilla comedida.

Sorbe por la nariz, y sin esperármelo, siento como sus dedos suben de mi nuca a mi cabeza. Mi piel se eriza ante la caricia y sin tener el control de mis manos, estas se posan en sus muslos ahora desnudos, ya que de estar sentada en esta posición la falda se le ha subido por completo. Su cara se aproxima, sus ojos no dejan de ver los míos y ya es demasiado tarde cuando siento sus labios pegados a mi boca. Presionando su cuerpo, haciéndome notar cada curva, creando una conexión mágica entre nosotros y no soy capaz siquiera de moverme. Un escalofrío eriza mi cuerpo por completo, pierdo la razón, olvido hasta mi nombre. Pero mis dedos parecen tener vida propia, ya que siguen acariciando su piel en ascendente, agarrando su trasero cubierto por unas simples braguitas de encaje.

Salgo de mi letargo, cuando sus dientes muerden deliberadamente mi labio inferior, entonces mi cuerpo hierve. Mi sangre bombea frenética por mis venas al ritmo de mi corazón. Dejando de lado toda capacidad de raciocinio, con ansias aprieto la carne de sus glúteos acercándola más, provocando que mi erección se clave contra su sexo en toda su extensión.

Nunca me hubiera imaginado lo que se siente al ser besado por ella, por la mujer de mis sueños y pesadillas. La ninfa de mis fantasías y por la que sería capaz de morir si me lo pidiera. El mundo deja de existir cuando solo soy capaz de sentirla a ella.

Silvia gime, mancillo sus labios, comiéndome su preciosa boquita como siempre quise hacerlo. Devorándola sin piedad, lamiendo toda su cavidad bucal, como si fuera la gruta de las maravillas. Estoy a punto de arrancarle la ropa y hacerla mía en este mismo momento, cuando alguien llama fuertemente a la puerta.

De repente los sonidos del exterior cobran vida junto con nuestras respiraciones trabajosas. Una sirena policial y la de la ambulancia, hacen que vuelva a caer en la realidad. Silvia, me mira con miedo y pánico dibujado en cada una de sus facciones. No sé si es por lo que ha pasado entre nosotros o lo que ha ocurrido momentos antes. Sea lo que sea, no quiero que desaparezca esa mirada turbia y llena de deseo contenido.

En todo caso, le ayudo a levantarse y sin preocuparme por tapar el bulto que adorna ahora mis vaqueros, abro la puerta dándome de bruces con un agente de policía. Lo que pasa a continuación es todo un caos. Nos toman declaración y hacemos la denuncia. Silvia, apenas puede hablar y no logra enlazar una frase completa sin trabarse. Les cuento lo sucedido y para mi sorpresa, uno de los agentes nos dice que son una pareja de estafadores, los cuales, están fichados como unos de los más buscados del país.

Después de todas las preguntas, denuncias y de desearnos buenas noches, se van dejándonos solos en casa. Cuando me giro a verla, ella mira al suelo, avergonzada y con el rostro rojo como una amapola. Sonrío para mis adentros, se acaba de acordar de nuestro beso. Y por mucho que me joda, tengo que darle un respiro. Ahora es cuando ella se comerá la cabeza y se arrepentirá. Por lo que tras decirle que descanse, me marcho a mi habitación. Ya habrá momentos y días para hablar de lo sucedido, mientras, que piense bien las cosas, que pondere lo que está bien o está mal. Yo, sin embargo, estaré esperando como un yonqui, cuando será mi segundo chute...

Silvia



Agosto, casa de la hermana de Silvia.

—¿De verdad es obligatorio que yo esté aquí? No tienes porqué llevarme contigo a todas partes como si fuera un perrito.

Entrecierro los ojos en su dirección y golpeo su brazo con fuerza, haciendo que su boca forme una mueca de dolor.

—No quería venir sola, capullo. Pero si llego a saber que te comportarías como un imbécil, te hubiera amordazado con banda de cera depilatoria. Así no

tendrías los cojones de quitártela y me ahorraría el tener que soportar tu voz.

—Para ser tan poca cosa, cuñada, eres una fierecilla. Pero de nuevo te pregunto: ¿Qué coño hago yo en la casa de tu hermana? Tu sobrino casi hace arder mis pantalones la última vez que lo vi hace dos años.

Muerdo mi sonrisa cuando recuerdo esa escena. Él lo nota por lo que abre la boca para protestar. Suerte que antes de que eso pase, la puerta se abre y aparece mi de nuevo muy embarazada hermana, portando una sonrisa radiante al vernos.

—¡Hola! Habéis venido... los dos —dice como si fuera tan surrealista que aun viéndolo le cuesta creerlo.

Nos invita a que pasemos y Fernando agarra mi brazo haciendo que nos rezaguemos de camino al jardín trasero.

— ¿Es que no sabía que yo venía? —Pregunta, como si no fuera obvio, entre dientes muy cerca de mi oído.

—Puede que olvidara ese detalle... igual, está contenta de verte. Con ella no eres un “*neandertal cabronazo*” como conmigo.

Estira sus labios en forma de sonrisa fanfarrona.

—Solo guardo ese trato especialmente para ti, *princesita*. Ya sabes cuánto amo verte cabreada y echa una fiera.

—Hijo de...

Su dedo cruza mi boca silenciándome en el acto.

—Shhh... no metas a mi mamá en esto. Ahora vayamos al jardín, tu bonita hermana, nos está esperando.

Su dedo hace un recorrido desde mis labios, pasando por mi barbilla y desembocando en mi cuello. Donde recorre con premura la delicada cadena de plata que engarza la pequeña bellota que me regaló. Su mirada sube a mis ojos, y me mira tan intensamente que tengo que dejarme caer en la pared del pasillo para sostenerme.

—¡Silvi, Fer, estamos en el jardín por si os habéis perdido...!

Ambos pestañeamos como si saliéramos del mismo sueño, o pesadilla,

viendo su expresión después del grito de Sheila. Él es el primero en irse, dejándome toda inestable en mis pies. De pronto, la imagen que se proyecta en mi mente es demasiado impactante como para mantener los ojos abiertos. La sensación de sus labios presionando los míos con rudeza, hace que los sienta casi real.

Sin embargo, antes de que cobre más importancia de la que tuvo, ya que no fue más que un impulso llevado por el nerviosismo del momento, le doy un manotazo mental y me encamino hacia donde están todos.

El marido de mi hermana, se levanta de su asiento para venir a abrazarme. Es un hombre robusto, mas no muy alto, pero sí con un cuerpo musculado y una cara de actor porno que no puede con él, junto con un pelazo rubio que más quisiera alguna tenerlo tan sedoso; hasta mi hermana se tiñó del mismo tono, queriendo tenerlo igual. Está de más decir, que falló estrepitosamente. Siempre estuve celosa de ella al haber podido conquistar a un hombre como Enrique. Luego conocí a Ernest y Fernando y aunque el segundo no me aguanta y viceversa, me encontré rodeada de dos buenos ejemplares de machos empotradores, que no tenían nada que envidiarle a mi buen cuñado.

Aunque eso no quita que cada vez que lo vea se me caiga la baba. Y más cuando me sonrío de esa manera picaresca y me mira con esos ojillos verdes que tanto me enamoraron de pequeña.

—Has crecido desde la última vez que te vi, *pequeñina*.

Ruedo los ojos a la vez que lanzo una carcajada. Mi hermana gruñe y al pasar por nuestro lado, le da una colleja que lo hace inclinar la cabeza. Sin embargo, él, no parece molesto, al contrario, se está divirtiendo de lo lindo.

—Deja de mirarle las tetas a mi hermana, zopenco —agarra el bronceador de lo alto de la mesa para luego sentarse en la butaca y embadurnar sus piernas desnudas gracias a su mini vestido veraniego.

Hasta embarazada *la muy perra* luce como una supermodelo.

—Bueno, cielo, le han crecido desde la última vez que se las miré. Solo estoy siendo buen cuñado y advirtiéndole de los peligros que puede correr portando esas dos bombas.

Estoy por decirle una fresca cuando mi sobrino el mayor, de doce años, se

posiciona junto a nosotros.

—Hola tía Silvia —me saluda Quique sin siquiera mirarme—, Papá, ven a jugar, no podemos hacerlo solo tres.

Enrique alborota el pelo de su hijo y mira de reajo a Fernando, el cual picotea de un bol de ganchitos. Palmeo mi frente en cuanto le leo el pensamiento.

—Eh, Fernando. ¿Por qué no juegas con los chicos?

Automáticamente Fernando deja de comer, dejando su mano suspendida en el aire a medio camino de meterse la chuchería en la boca.

—¿Qué? ¡No! —Refuta el niño mirando con inquina a su padre y luego a Fernando.

—¡Quique compórtate...! —Le regaña su madre.

El niño resopla y enfurruñado le tira el balón demasiado fuerte haciendo que se doble de dolor. Su mirada sigue al niño como si quisiera desintegrarlo con rayos laser. Pero aún así, tras darme una mirada significativa poniendo de manifiesto la tabarra que me dará una vez nos vayamos, se va hacia el improvisado campo a jugar con los tres chicos. Luís, grita eufórico tanto como Mateo, pero cuando ven que su hermano mayor está serio y enfadado, lo imitan. Sonrío sin poder evitarlo. Qué tres torbellinos.

Me dirijo a la silla que hay junto a la butaca de mi hermana y mi cuñado hace lo mismo, pero en la hamaca de al lado de ella. No puedo evitar darle un buen repaso a su torso desnudo, una vez se quita la camiseta, antes de seguir el juego de los chicos.

—Bueno y... ¿Todo bien con... él?

Dejo de mirar a los cuatro jugar al fútbol, que, a mi parecer, parece más bien *rugby* por los placajes que le hacen a Fernando y miro a mi hermana en su lugar.

—¿Qué quieres decir? —Entrecierro los ojos en su dirección, ladeando la cabeza como si estuviera descifrando su mente. Y es que la conozco como si la hubiera parido y esa pregunta tiene de inocente lo que yo de gilipollas.

Sheila simplemente rueda los ojos y se tumba, acariciando su gigante

barriga en el proceso.

—Shel, si te refieres a Fernando y yo, estamos igual que siempre, solo que nos estamos acostumbrando a vivir juntos.

—¿Vivís juntos? —Pregunta claramente impresionada.

—¿Y cuando dejamos de hacerlo? Te recuerdo que él prácticamente vivía en casa con Ernest y yo. No había día que no estuviera allí “*dando por el culo*” —gruño apartándome el pelo de la cara.

—Bueno, os veo más cómodos el uno con el otro. Mamá me contó que lo llevaste a casa un fin de semana de tu cumpleaños y que estabais demasiado juntitos.

Cierro los ojos y resoplo.

—Tu madre siempre tan neurótica. Papá fue un auténtico capullo con él. Que nos odiamos no significa que sea una mala persona o en su defecto, como papá pretende obcecase, un completo inútil. Nos peleamos cada día, él me sigue odiando de esa manera tan suya que a veces me entran ganas de estrangularlo y por mucho que quiera odiarlo de vuelta, me es imposible. Soy así de tonta.

Mi hermana se carcajea haciéndome enfadar del todo. No soporto que se rían de mí y menos por eso. Nunca quise que las cosas entre Fernando y yo empeoraran, pero cada día que pasaba, él, se empeñaba en ponerme de los nervios, en dañarme con cualquier frase hiriente que se le ocurría.

—¿Cómo era eso que me cantabas mucho de pequeña cuando me veías pelear con cualquiera de nuestros primos? —Pregunta a la nada, haciéndome pensar en aquella época— ¡Ah, sí! ¡Quién se pelea se desea...! —Entonó con voz ñoña, para luego incorporarse de golpe — ¡Quique no me hagas ir allí y tirarte de las orejas!

Miro hacia donde están los niños y veo a Fernando en el suelo retorciéndose de dolor. El niño le dio de lleno en los huevos, haciendo que los pequeños se rían desaforados.

—¡Es un manta y un marica! —Grita el niño consiguiendo que sus hermanitos coreen «*marica*» a todo pulmón.

Mi hermana resopla y se vuelve a recostar esperando una respuesta a lo que dijo antes del percance. Niego con la cabeza a la vez que me acomodo en la silla.

— ¡No somos unas niñas, por el amor de Dios! Parece mentira que tengas tres hijos y medio y aún pienses así.

Sheila abre la boca para objetar, cuando Enrique habla cortando su próximo comentario.

—Cielo, deja en paz a tu hermana...

La boca de Shel se abre al igual que sus ojos y lo mira para luego darle un fuerte manotazo en el pecho. Él se queja de dolor y ella sonrío triunfante para luego volver su atención a mí.

—Ignorando al tonto de mi marido, te diré que ese hombre está loco por ti — categoriza con solemnidad.

—¿Es qué estás mal de la cabeza? —Miro a Enrique, el cual bebe su cerveza mientras nos mira a la una y a la otra como si estuviera viendo un partido de tenis de lo más interesante— ¿Es qué acaso le diste tan duro qué a la vez de embarazarla, mataste todas sus neuronas?

—¡Haré como que no oí eso...! —Gruñe Sheila hacia mi dirección.

—Pues ahora que lo dices... —empieza a decir mi cuñado, justo antes de que Sheila alce la mano para callarlo.

—¡Amor! ¿Por qué no te vuelves a convertir en piedra o mejor te vas a jugar al futbol con tus hijos? ¿Te tengo que recordar que esto es una conversación entre chicas y que tú, ya que tienes pene, no puedes objetar nada? Ve a controlar el juego antes de que maten a golpes al pobre Fernando.

Enrique se levanta con celeridad y se acerca ella para depositar un beso en sus labios bajo sus protestas.

—Tus deseos, son órdenes para mí, *gordita* —veo como las defensas de mi hermana se convierten en gelatina ante su zalamería. Enrique me mira una vez la besa de nuevo y sonrío con picardía—. Y sí, de lo duro que le di, creo que la dejé más loca de lo normal.

Mi hermana levanta el puño para golpearle, pero es demasiado tarde, ya

que se larga corriendo hacia el césped. Mi hermana refunfuña Dios sabe qué ritual satánico hacia su marido cuando decido soltar la bomba que sin duda hará salir a su maruja particular. Puede ser que sea una mala idea de mi parte, pero puesto que no tengo ninguna amiga a la cual acudir, decido darle ese honor a la loca de mi hermana.

—Fernando y yo, nos besamos.

Su cabeza gira tan rápido que incluso puedo escuchar su cuello protestar.

—¿Qué demonios...?! ¿Y yo soy la loca del coño? Explícame eso ahora mismo, Silvia, o te juro que te golpearé hasta sacártelo a trompazos.

Suspiro en rendición y decido colocarme en la tumbona que ocupaba mi cuñado. Quito sobre mi cabeza mi vestido veraniego y me tumbo, con calma, preparándome para desahogarme. Va a ir para largo, por lo que también puedo aprovechar y broncearme mientras le cuento lo sucedido unos días atrás.

Ella escucha pacientemente, sin objetar y sin siquiera mirarme a mí directamente. La verdad me da bastante miedo su silencio, hasta que cuando acabo, puedo ver cómo su sonrisa no puede ser más grande.

—¿Te acuerdas lo que me dijiste el día del entierro de Ernest?

Las lágrimas acuden a mis ojos sin ser llamadas. Aún me afecta demasiado recordar ese maldito día en el que mi vida cambió.

—Ese día me preguntaste que qué había después de él. —mi hermana mira hacia el frente y yo hago lo mismo. Fernando juega a caballito, con el pequeño Luís en su espalda. Ambos sonriendo mientras Quique juega con su padre y Mateo—. Después de Ernest, está Fernando, Silvia. Ese hombre es el único que puede devolverte lo que te quitaron.

Noto como una lágrima silenciosa atraviesa mi mejilla derecha hasta desembocar en mi cuello. Gracias a mis gafas de sol, nadie más que mi hermana, se puede dar cuenta de ello.

—Se parece tanto a él, Shel... a veces pareciera como si nunca se hubiera ido. Como si estuviera en todo él, para luego desaparecer una vez abre la boca que tiene.

—No cometas el error de enamorarte de un fantasma... Fernando no es *él*,

por mucho que te empeñes.

Y eso es lo que hace que realmente lo *vea*. Ya no veo a mi Ernest en su rostro, ya son unos ojos marrones en vez de azules. Mi Ernest, ha desaparecido por completo y ahora es solo él a mis ojos.

Arranco el coche entre quejas de Fernando, el cual luce hecho un desastre. Su pelo está más revuelto de lo normal, tiene marcas verdes en su camiseta azul clara, gracias a haberse revolcado por el césped. Incluso entre los mechones, lleva alguna que otra brizna de hierba. Su cara está enrojecida por el esfuerzo y no puedo evitar pensar en lo guapo que está así.

—No te atrevas a reírte, descarada —refuta poniéndose el cinturón con furia —, no sé cómo pueden estar esperando a otro de esos pequeños demonios.

Su cuerpo se estremece exageradamente y ahora sí río con ganas.

—En su defensa diré que es niña, no creo que salga igual de traviesa que sus hermanitos.

—¿Traviosos? ¡Son hijos de Satanás! No siento los huevos, Silvia, si tengo hijos en un futuro, y créeme que después de haber estado con esos tres me lo estoy replanteando, es un verdadero milagro.

—¿Y privarías a la humanidad de poder disfrutar de tus genes generación tras generación? —Me hago la ofendida de forma teatral— Que mala persona eres... y por lo del dolor de huevos, el único consejo que se me ocurre es que cuando lleguemos a casa, te acuestes y los dejes reposar.

Sus ojos se convierten en pequeñas rendijas y sonrío falsamente a la vez que giro hacia la izquierda saliendo a la autovía. Quedan tres horas de viaje y no sé por qué, se me hace demasiado tentador.

—¿Estás divirtiéndote no es cierto?

—¿Y qué quieres que haga? Para una vez que me haces reír, déjame que disfrute.

En el momento en el que suelto la frase y veo como su cuerpo se tensa, sé que he metido la pata hasta el fondo. El viaje ya no es tan divertido como pensé. Fernando no habla, no discute por mucho que lo busco. Y eso me llena

de una extraña sensación.

Una vez llegamos a casa, después de haber cenado algo rápido en la hamburguesería del pueblo, cierro la puerta con llave y me dirijo a mi habitación. No logro llegar al umbral cuando unos labios y una lengua avasallan mi boca sin cuartel. Poniendo mis nervios de punta y mis sentidos más agudizados.

Estamos a oscuras, en el pasillo. Me tiene pegada contra la pared, mientras que su mano izquierda agarra mi nuca y la otra aprieta mi cadera con fuerza. El beso se acaba en algún momento, yo solo soy capaz de mantenerme quieta, con la respiración acelerada al igual que mi corazón y siendo demasiado consciente de lo bien que se siente tenerlo así de pegado a mi cuerpo.

—Buenas noches... —Dice antes de alejarse.

Fernando



Diciembre, Hacienda Vidal.

Hace cuatro meses, cinco días, tres minutos y... diecisiete segundos, que no beso sus labios. Desde aquella noche que volvíamos de la casa de su hermana no me he atrevido a besarla de nuevo. El remordimiento está latente en mi pecho desde entonces, gritándome a todo pulmón lo desgraciado que soy. De alguna manera, aún sin estar ya presente, estoy faltando a mi hermano. Era su mujer, suya y parece como si me estuviera aprovechando de su ausencia para robársela. Eso no se le hace a la familia, a mi padre se le caería la cara de vergüenza y a mi madre...

No, ella me hubiera acariciado el rostro y me diría que hiciera lo que mi corazón me dictara. Y lo que me grita en este momento es que salga de la habitación, vaya a la sala donde estará seguramente pasándola bien con los invitados y devorar su boca hasta hacerla desfallecer.

Pero de nuevo, las palabras de Ernest resuenan en mi cabeza:

«Cuidala. No consientas que nada le pase en mi ausencia. Haz un esfuerzo y empieza a quererla y que ella se sienta protegida. No permitas que se apague y levántala cuando se caiga. Y, sobre todo, no permitas que ningún hijo de puta, se le acerque...»

Y yo soy el más *hijo de puta* de encima de la tierra. Le he hecho sufrir por tres años, tres malditos años ha tenido que aguantar mis desplantes, mi enfado estúpido. Y todo por no querer dejarle ver, cuánto la quiero.

Estos cuatro meses me han servido para pensar. No ha habido noche ni día que no haya evocado nuestros besos. Cómo tampoco he dejado de sentir, lo que siento. Cuanto más luche contra ello, más se vuelve contra mí. Es una puta locura. Y para más inri, no he sido capaz de tratarla como antes. La animo a hacer las cosas de buena manera, no gruñéndole como siempre. La ayudo en casa, la llevo a cualquier sitio y eso que ella también tiene permiso de conducir. El caso es que mi yo inconsciente, ha estado cortejándola sin que me entere. Ya no me mira mal, al contrario, siempre con una sonrisa escondida y miradas pícaras de soslayo. Y por mucho que la razón me golpee diciéndome

que tengo que arrepentirme, una parte de mí, no lo permite.

La puerta se abre, sobresaltándome, haciendo que alce la cabeza que tenía apoyada contra mis manos. Silvia, me mira desde el marco con la cabecita ladeada, haciendo que los rizos enmarquen su carita de una manera inocente y sensual al mismo tiempo que hace que mi corazón se dispare y mi cuerpo hormiguee.

—¿Te... ocurre algo? —Pregunta trémula.

La música es ahogada una vez cierra la puerta tras su espalda. Quedándose en mí espacio. Llenando cada rincón de mi habitación con su presencia y perfume.

—Deberías volver a la fiesta. Aún quedan ganchitos —dice bromeando, disparando su sonrisa como si fuera un arma contra mi cordura.

Esa mujer se ha convertido en algo deliciosamente peligroso para mí. Si llego vivo a los cuarenta es por puro milagro.

—No tengo mucho ánimo para fiestas.

Me mira dubitativa, mordiendo su labio inferior, pensando en que hacer hasta que parece decidirse por algo. Camina hacia mí, provocando que, con cada paso, mi cuerpo se tense y mi pulso se acelere. Se queda en medio de mis piernas abiertas, estoy a nada de agarrarla y tirarla a la cama, cuando su mano se alza y empieza a dibujar una suave caricia en mi mentón. Mis dedos se hincan en mis rodillas, aguantando las ganas de apretar la carne de sus caderas en su lugar.

—Estás tan diferente ahora... —Susurra llevando sus dedos a mi labio superior para luego delinear el inferior con total parsimonia.

«¿Es que alguna vez dejé de serlo?» estoy a punto de decirle, sin embargo, contesto una cosa completamente distinta. Estoy nervioso, muerto de miedo y no sé por qué tengo un extraño cosquilleo en la boca del estómago. Ella sonrío, como si escondiera un secreto.

—¿Por qué?

Su sonrisa se ensancha y con cuidado, apoyándose en mis muslos, se arrodilla sobre la alfombra. Quedando a poca distancia de mi rostro.

—Porque parece como si hubieras dejado de odiarme, para quererme un poco.

«¿*Un poco?*» Trago saliva, encontrando mi boca terriblemente seca. Estoy a punto de decirle todo lo que la amo y que estoy al límite de mandar todo a la mierda y besarla. Solo soy capaz de mirar esos labios gruesos, brillantes e incitadores.

— ¿No vas a decir nada? ¿No vas a decirme lo estúpida que soy? —
Pregunta rozando su nariz con la mía.

Nuestras respiraciones se mezclan, convirtiéndose en jadeos incontrolados mediante pasan los segundos. Siento las manos sudadas, el corazón en un puño y creo que estoy a punto de desmayarme. Niego con la cabeza casi imperceptiblemente. Pero al ver su sonrisa ensanchar sus labios, sé que se ha dado cuenta. Y sin más, mata todo espacio entre nuestras bocas y presiona sus labios contra los míos mandando al cuerno mi autocontrol. Llevándose toda capacidad de pensamiento, convirtiéndome en un puto yonqui que está recibiendo su dosis después de una eternidad.

Agarro su rostro, la beso con fervor, con ansias. Silvia se levanta, sin cortar nuestro beso, solo para alzar su vestido y sentarse en mi regazo a horcajadas, haciéndome soltar un doloroso suspiro. Aquella carne queda a mi completa disposición, suave piel dorada al alcance de mis dedos. Pero no logro alcanzar mi deseo, cuando alguien llama a la puerta sobresaltándonos. De pronto, los ruidos y sonidos cobran vida en el instante que nuestros labios dejan de estar en contacto. Silvia me mira bajo sus tupidas pestañas, con las pupilas dilatadas, los labios hinchados y mojados por mi saliva. Suerte que tengo una maldita memoria fotográfica y esa imagen perdurará en mi mente hasta el fin de mi existencia.

—¿Silvia? —La voz de melisa traspasa la madera de la puerta haciendo que se tense en mis brazos.

—Ve con ella —inclino la cabeza, dándole un suave besito en la mejilla, justo antes de que se gire y me mire a los ojos.

—No quiero... —Susurra volviendo a besarme con ansias, agarrando mi pelo en puños.

Gruño, muevo mi cadera haciendo fricción entre nosotros y Silvia gime

contra mi boca, desafortada. ¿Cómo coño ha pasado esto?

—Tienes que volver —logro balbucear entre besos.

—Solo, si tú vuelves conmigo —condiciona mordiendo mi cuello con fuerza para luego pasar la lengua, probándome, volviéndome loco.

—Cómo sigas así, te follaré, Silvia. Y no habrá fiesta...

Un jadeo entreabre sus labios y está a punto de hablar cuando vuelven a golpear la puerta. Esta vez más repetida y fuertemente.

—Silvia, sé que estás ahí...

—Sal —susurro—, yo saldré en cuanto me recupere un poco, ¿sí? No quiero que me vean con una *puta* tienda de campaña en los pantalones.

Silvia suelta una risilla comedida y antes de levantarse me besa por última vez. Le ayudo a bajar su vestido rojo entubado, tapando las sexys medias con ligero que lleva. La muy descarada quiere matarme...

—No sé cómo coño consigo mantener las manos lejos de ti... —Susurro arrodillándome frente a ella, subiendo de nuevo el vestido por un lado, delineando con mi lengua entre el ligero y la piel de su muslo.

Silvia gime y atrapa mi cabello atrayéndome hacia ella, abriéndose como una flor para mí. Llego a su ingle derecha e inspiro. Empapándome con su olor a mujer, excitación, éxtasis, locura, que hace que mi *polla* pulse y tema correrme como un puto niño.

—Silvia, por favor... —La voz de Melisa, ahora claramente notándose lo ebria que está, hace que me separe de ella. La puerta no tiene pestillo y estoy seguro que esa loca que encima está borracha, es capaz de entrar sin ser invitada. Me levanto al mismo tiempo que la muy pesada vuelve a hablar entre balbuceos—. ¿Sabes? No encuentro a Fernando... No sé por qué lo busco en primer lugar, pero lo hago de todas maneras. Desde que fuiste con él a la oficina yo... no logro quitármelo de la cabeza. Tienes que ayudarme a recuperarlo.

El cuerpo de Silvia, se tensa en mis manos una vez más. Su mirada vuela hacia la puerta con claros signos de rabia y algo más que no logro ver en sus ojos, ya que esquiva mi mirada una vez agarro su barbilla para girarle el

rostro hacia mí.

—Debo volver, ahora no quiero que salgas... —Murmura tan bajo, que casi no lo oigo de no ser por la ínfima distancia que nos encontramos.

—No voy a volver con ella —le digo.

Algo llena mi pecho, es dicha, está celosa por mí. Mi *princesita*, me quiere solo para ella. Lo que no sabe es que llevo su nombre tatuado en mi puto corazón, desde que la conocí. Desde esa mañana en la que puso esa mirada entre rabiosa y excitada, viéndome como una pura sangre. Miedosa, cabreada y deseosa de acercarse a mí. Hasta que por desgracia abrí la boca y la eché sin miramientos. En mi defensa diré que ese día, no me levanté con el pie derecho.

—Tú puedes hacer lo que quieras—. Dice mirándome al fin.

Está poniéndome a prueba, por eso tras darle un beso en los labios, la insto a marcharse, mientras yo me encierro en mi baño. Necesito refrescarme, peinarme el revoltijo que gracias a ella se ha convertido mi pelo y dejar de pensar en enterrarme en su coño tan profundo, que olvide hasta respirar...

Ella se va y cuando entro en el aseo, escucho la puerta abrirse y a Melisa, protestar.

Silvia



—¿Es que no me oías? —Chilla una vez paso por su lado, siguiéndome de cerca, lejos de esa habitación.

No la quiero cerca de Fernando, por mucho que me joda admitirlo, estoy empezando a sentir cosas por él que jamás hubiera pensado sentir. ¿Cómo hacerlo si se la pasaba tratándome como una mierda? Pero sea lo que sea que le haya pasado en estos meses atrás, no es el mismo que antaño. Ya no intenta sacarme de quicio y si lo hace, siempre con una sonrisa escondida. Delatándose solo.

—Estaba en el baño, deja de ser pesada.

— ¿Entonces no escuchaste lo que dije? —Me hace girar justo a un paso de entrar en la sala donde se escucha la gente y la música en todo su apogeo.

—¿Qué demonios quieres? —Demando iracunda haciéndola fruncir el ceño.

Está borracha como una cuba, casi no se mantiene en pie, me parece toda una hazaña que hable, casi sin que se le note. Por lo que mañana, lo más seguro, es que no se acuerde ni cómo acabó perdiendo uno de sus caros pendientes de perlas.

—Quiero volver con Fernando.

Pensé que volviendo a escuchar esa confesión por segunda vez, dejaría de doler. Estaba muy equivocada.

—Él... —Pienso en algo con lo que pueda darle largas al mismo tiempo que veo a Fernando salir de la habitación. Tengo que hacer que deje de insistir y rápido, antes de que él llegue y ella se lance contra él— Tiene a alguien ahora.

Su ceño se frunce y parece como si le hubiera dado una bofetada en plena mejilla, ya que se desestabiliza, a punto está de caerse si no fuera por la pared.

—¿Cómo que tiene a alguien, *ahora*?! —Chilla haciendo que Fernando se quede en mitad del pasillo, en la semioscuridad. Sé que está mirándome, lo siento como si lo viera.

—Eso, cuñada... ¿Cómo es eso de qué tengo a *alguien, ahora*? —Dice divertido, haciendo énfasis en las últimas dos palabras y recargando su brazo sobre los hombros de Melisa.

Quiero llorar a la vez que arañarle la puñetera cara engreída. Pero por mucho que desee matarlo, más deseo poder lanzarme sobre él y devorarlo frente a ella. ¿Pero qué mierda me está ocurriendo? ¿Cuándo dejé de odiarlo?

Una vocecilla en mi interior me hace burlas mientras señala lo obvio. Nunca odié a Fernando, solo, quise hacerlo.

—¿Es que tienes memoria de pez? —Contraataco entrecerrando los ojos en su dirección, haciendo que su sonrisa se ensanche y sus dientes resplandezcan como el gato del país de las maravillas.

El muy gilipollas se lo está pasando de lo lindo, pero no seré yo la que le chupe el jodido culo, por muy bonito y respingón que lo tenga.

—Puede que sí... No recuerdo haberte dicho que ahora, estuviese con alguien.

Le sonrío tan falsamente que casi se me juntan las comisuras con los rabillos de los ojos.

—Olvídalo, supongo que me lo imaginé, también puede que me imaginara como la besabas y cómo te temblaban las manos cuando la tocabas... Tranquilo, suelo ser demasiado fantasiosa a veces... —Su sonrisa muere igual de rápido que tardo en decir todo eso.

Me despido de ellos con un, “*pásenlo bien y usen condón*” y ando deprisa cerciorándome de mezclarme entre la gente. No sé para qué coño, en primer lugar, hago una fiesta en la hacienda. Hay quién me mira mal, o cuchichea a mis espaldas. ¿Pero es que hay un tabulador que mida el tiempo que debes estar de luto? Obviamente, aún tengo demasiado presente a mí Ernest, lo pienso a todas horas, pero no como un año atrás. Mi amor está junto a mí, aunque no sea en cuerpo presente. Lo sigo amando, lo sigo echando malditamente de menos. Pero Fernando, me ayudó estas últimas semanas a

organizarlo todo. Haciéndome ver, que soy joven, que tengo que divertirme, que levantarme.

Hace un año y dos meses que me despedí de lo que fue el principio de mi felicidad. A los besos en la madrugada, a las sonrisas cómplices. Pero no quise despedirme de mi vida. Alguien, si es que lo hay allí arriba, quiso quitármelo. ¿Quién soy yo para rebatirle? Y en cierto modo, ¿de qué hubiera servido?

Me siento en el balancín del porche, después de cansarme de deambular sin sentido y de hablar de cualquier cosa, enterrando mi cara en mis manos. No logro pensar en nada más en que posiblemente ese engreído capullo esté dándose el lote con la que fue y creí que era mi mejor amiga. Haciéndola comerse todas mis babas.

—Asqueroso, hijo de...

—Deja de mentar a mi madre, ¿quieres?

Su voz me sobresalta, haciendo que por poco me caiga del asiento. Lo miro en la penumbra, es noche cerrada, donde ni la luna ha salido a alumbrar. Hace un frío de muerte, lo más seguro es que en unas semanas, nieve de nuevo.

—¿Qué te hace pensar que hablo de ti?

—¿No hablabas de mi? —Contraataca.

Me levanto con toda la mala leche que puedo reunir en dos segundos, plantándome justo en su cara. Obviando esa sonrisa canalla que parece tatuada en su boca, goleando lo más fuerte que puedo su pecho y posicionando mi rodilla justo en su entrepierna, solo para hacer que se acojone. Ni aun así, deja de sonreír.

—No te hagas el gilipollas conmigo, Fernando. Estoy hasta el mismísimo coño de ti y de tus jugarretas. Odio cuando te pasas el tiempo molestándome, haciéndome enojar, para luego volverte todo buenas palabras y caricias. Me da rabia cuando quiero besarte y golpearte al mismo tiempo. Has hecho que me convierta en una maldita bipolar y juro que ahora mismo quiero borrarte esa sonrisilla que tienes de un mordisco como también matarte con mis propias manos.

Mi respiración se ha convertido en jadeos incontrolados, junto con hipidos

sin sentido ante el llanto avecinándose. Pero no logro soltar el primer sollozo, cuando sus manos agarran mis mejillas y me besa, cortando toda acción futura.

Sus labios se mueven sobre los míos, su lengua lame y su boca succiona todo lo que sale de mi garganta. Me agarro a sus hombros intentando no hacer el ridículo callándome en redondo ante tal efusividad e intensidad.

—Ahora sabes lo que se siente, *princesita*... —Resuella, soltándome completamente sin esperármelo.

Dándose la vuelta, metiendo ambas manos en los bolsillos de su pantalón y entrando en la casa como si nada.

Las dos horas, en las cuales la gente se ha ido yendo, me las he pasado bebiendo un solo jugo, sentada en el sofá junto a una excompañera mía de la revista y viendo como Melisa le come la oreja a Fernando mientras este bebe de su copa y le sonrío a todo. Dos horas. Con todos sus minutos y segundos han estado pegados el uno al otro. Ella, parece olvidar cómo cortó con ella el día de mi boda, lo destrozada que quedó después de eso. Él, parece olvidar incluso haberlo hecho.

Lo más extraño es que dudo que quiera hacerme daño con ello. Simplemente creo que se acostumbró a hacerme rabiar y en este momento, sabe de sobra que lo que menos me apetece es verlo con ella. A lo mejor, puede que funcione con él, lo que hizo mi padre conmigo de pequeña cuando no quería estudiar... La psicología inversa, juega con la mente de los niños y las personas débiles. Fernando, aún con ese cuerpo robusto, con casi sus dos metros de altura, sigue siendo un niño. Me di cuenta al tiempo, no sé cómo, pero lo hice. Solo que lo esconde bajo una coraza tan dura, que es casi imposible de quebrar.

Pero hoy, por eso una sonrisa hace que mis labios se curven, me ha hecho ver que soy la única que puedo atravesarla. Le da miedo luchar por algo por lo que más tarde se le será arrebatado de la peor manera. Sus padres, su hermano... No quiere querer a nadie, o demostrar ese cariño, para después llorar su pérdida.

Sus ojos me buscan, como si no supiera de sobra donde estoy y la felicidad que irradiaba unos segundos antes, se le esfuma. Su nuez de Adán se mueve al tragar.

¿Quieres jugar...? Juguemos...

Fernando



Enero, Hacienda Vidal.

Si lo que he visto, oído e imaginado estos días no me ha matado, poca cosa lo hará. Hasta el hombre con menos sensibilidad del mundo, acabaría con un dolor de huevos permanente, sin hablar de las agujetas que le saldrían en la mano y el brazo derechos de tanto ejercicio que haría en las noches, donde la imaginación vuela y la necesidad acude con fuerza.

Maldita sea su estampa y maldita sea ella. Si es que no es normal... Si no le he visto hasta el sentimiento cada vez que se ha agachado por enésima vez delante de mis narices, poco ha faltado. Y si solo fuera el bordecillo de unas viejas bragas, hasta ahí podría aguantar medio bien, pero cuando lo que veías era o bien un fino hilo de seda o un pequeño triangulo de encaje, o simplemente piel, eso era otra cosa. La muy descarada quería matarme, deliberada y lentamente a base de provocaciones.

Y lo peor, que parecía hacerlo a posta.

—¡Dios, qué frío...!

Alzo la cabeza, arrodillado como estaba colocando una goma de riego en su lugar, viendo como su cuerpo se estira y arquea hacia atrás. Lleva una fina camisetilla blanca, junto con una chaqueta gruesa abierta. Pero eso no es lo que hace que mi polla se ponga alerta a punto de reventar la cremallera de mis vaqueros, de nuevo, sino que sus pezones erizados, empujan la tela de su camiseta queriendo atravesarla. Dos guijarros duros, succulentos, burlándose de mí. Volando mi aguante de un solo plumazo.

Suelto la goma de malas maneras sobre la nieve y pongo rumbo a casa, sabiendo que tarde o temprano ella, vendrá detrás de mí. Como pensé, no tarda más de un minuto para estar a mi lado, intentando llevar mi ritmo. Quería llegar a la calidez de la casa y una vez allí, poder desahogarme de la única manera que ahora mismo me imagino.

Abro la puerta, esperando a que ella entre tras de mí para luego cerrar con

llave. Está callada, expectante, puedo notar ahora en el silencio del receptor como su respiración está acelerada. Bajo su atenta mirada, me quito los guantes y cuando acabo de despojarme del pasamontañas, la agarro del chaquetón con la mano izquierda mientras que con la derecha cierro mi puño en su pelo. Muerdo su boca, haciéndola gemir con fuerza. Sonrío, como un *hijo de puta pervertido*. Solo ella puede convertirme en esto, en un necesitado, ansioso, desesperado... La atraigo hacia mí, queriéndola enterrar en lo más profundo de mi ser y no sacarla nunca, al mismo tiempo que la aprisiono contra la pared.

Con la mano que agarraba la pesada prenda, sigo mi camino, acariciando más adentro. Sobre el fino tejido que la cubre. Haciéndolo crujir inevitablemente cuando mi mano se cierra en un puño. Mis dedos rozan ahora la curva de su seno, tanteándolo, imaginándome cómo sería meter la mano y notarla sin ninguna inútil barrera de por medio.

—¡Oh Dios...! —Gimotea cuando, sin poder remediarlo, me restriego contra su estómago.

Mi cuerpo necesita de alivio. Consuelo, que solo el suyo puede darle. Solo ansío follármela, hacerle el amor, hacerla estallar mil veces y volverlo a hacer hasta no poder con mi alma.

—Estoy hasta las narices de tus juegucitos, Silvia... Si esto es lo que querías, ahora atente a las consecuencias...

Le saco el chaquetón, haciéndolo caer al suelo, dejándola en esa débil prenda de tirantas que no deja nada a la imaginación. Muerdo su barbilla, al mismo tiempo que encuentro la franja de piel que se queda al descubierto, al subírsele la camiseta un par de centímetros. Mi mano sigue enredada en su cabello, agarrando sus rizos con fuerza. La otra juguetea con su tibia carne erizada. Subiendo los dedos, llegando a ese pezón inhiesto que tanto llama mi atención.

—Eres una descarada e inconsciente niña mala, *princesita*... ¿Qué pretendías no usando sujetador? ¿Ponerme a prueba?

Se lo pellizco, haciendo que se arquee y chille desahogada. Temblando como un maldito inexperto, tanteo el botón de sus pantalones vaqueros, abriéndolos con esfuerzo y cuando estos ya están por la mitad de sus muslos,

una vibración extraña me hace parar.

— ¡Dios, no...! ¡No de nuevo! —Gimotea llevando su mano al bolsillo delantero de sus pantalones.

Mientras ella hace lo que demonios esté haciendo con el maldito aparato, sigo con mi exploración, dejando más piel al descubierto. Abriéndola cual regalo de reyes adelantado, besando centímetro a centímetro.

—¿Qué bicho te picó, Shel? ¿Veinte? ¿En serio era necesario llamarme veinte...? ¿Qué? Enrique, por favor, habla más despacio.

Paro cuando veo que la cosa se pone demasiado seria. Su ceño está fruncido y la preocupación inunda cada una de sus facciones. Borrando todo rastro de excitación.

Una vez cuelga prometiendo que en breve estaría allí donde sea que esté su hermana, se agacha para poder colocar sus pantalones.

—¿Qué ocurre?

Ella parece acordarse de mí y una débil sonrisa aparece en su boca.

—Mi hermana está en trabajo de parto, voy a volver a ser tía y encima el Día de Reyes... ¿No es genial? —Pero su alegría dura lo que termina de hablar.

—Algo pasa... ¿Qué te ha dicho tu cuñado?

Suspira y masajea sus sienes como si un incipiente dolor de cabeza se avecinase. Sin pensármelo la rodeo con mis brazos, abrazándola, atrayéndola una vez más hacia mi calor.

—Dice que el bebé, tiene el cordón umbilical alrededor del cuello y le tienen que hacer cesárea de urgencia...

Acuno su barbilla obligándola a mirarme, beso su nariz con ternura al mismo tiempo que le sonrío para calmarla.

—Todo saldrá bien, en cuanto estés lista nos vamos.

—¿Vendrás conmigo? —Pregunta aliviada y extrañada al mismo tiempo.

—Me ofendes, claro que iré.

Y tras sonreírme y darme un beso que me sabe a gloria, corre hacia su

habitación dejándome unos minutos para que me recupere un poco.

Después de dos horas eternas, justo a las diez de la noche, nacia la pequeña Elena con tres kilos y medio y llorando como una campeona. La mamá agotada mira a su marido, hinchado de orgullo, acunar a la pequeña con ojos de enamorado. Y es que no es para menos... La niña es preciosa, con un tupido pelo negro cubriendo su cabecita, donde varios mechoncitos rebeldes se rizan en su frente, apuntando maneras. Sacará el cabello de su tía, la cual se encuentra recostada junto a su hermana, abrazándola y llorando a mares.

Sonrío cuando Enrique se coloca a mi lado, dejándome observar lo preciosa que es de nuevo. Su boquita está apiñada, dulce color rosado cubre sus regordetas mejillas y no logro parar el impulso que me hace alzar la mano y acariciar sus deditos. Rápidamente su mano, agarra mi falange con verdadera fuerza y deja de gimotear para abrir los ojos.

—¿Quieres cogerla? —Me pregunta el padre con una sonrisilla conocedora.

De repente me sudan las manos y la ansiedad ligada con el miedo, hace que no logre decir palabra. Él, lo interpreta como un sí ya que, sin esperármelo, me deja caer en los brazos a una pequeña bolita rosada que se mueve inquieta durante unos segundos agónicos en los que casi sufro un desmayo, por miedo a que se me escurra.

Una vez puedo controlar la situación, el liviano peso que siento en mis brazos junto con su olor, su fragilidad y fortaleza... Todo el conjunto hace que me convirtiera en un flan, un flan enamorado, por muy ridículo que suene eso.

—Eres una preciosidad, ¿lo sabías?

Beso su cabecita, empapándome de su ingenuidad e inocencia. Hay que ver como una cosa tan pequeña, la cual aún no lleva ni tres horas de nacida, es capaz de calmar a todo el que está a su alrededor sin hacer más que estar presente.

Entramos en casa, después de sacudir la nieve de nuestros abrigos en la entrada y colgarlos en el perchero. Silvia tiene una sonrisa escondida, que no logro dejar pasar por mucho que quiera. Ando tras ella hasta llegar al pasillo donde están las habitaciones y justo cuando llegamos a mi puerta, se para y se gira hacia mí. Ladea su cara, luciendo curiosa y temerosa a la vez. Da un paso

trémulo hacia mí y alza la mano para acariciar mi cabello húmedo por la nieve ahora derretida de los pocos copos que nos ha caído del coche a casa.

—Ojalá siguieras siendo un imbécil... —Susurra llevando sus dedos a mi labio superior para luego delinear el inferior con total parsimonia.

«*¿Es que alguna vez dejé de serlo?*» estoy a punto de decirle, sin embargo, no lo hago, me quedo embobado, disfrutando de tener sus manos en mí. Estoy nervioso, muerto de miedo y no sé por qué tengo un extraño cosquilleo en la boca del estómago. Ella sonríe, como si escondiera un secreto.

— ¿Por qué? —Me atrevo a preguntar.

Su sonrisa se ensancha como si esperase esa pregunta y con cuidado, apoyándose en mis hombros, se aproxima a mi cuerpo extinguiendo toda distancia.

—Porque así... no me estaría enamorando de ti.

Y ahí, en este mismo instante, en ese segundo que ha tardado en decir eso, siento como algo grande y cálido, llena cada hueco de mi alma. Trago saliva, encontrando mi boca terriblemente seca. Estoy a punto de lanzar un grito de júbilo cuando su rostro se aproxima creando un cortocircuito en mi mente.

Sus labios se posan en los míos durante brevísimos segundos, no dejándome chance para recapacitar y ser verdaderamente consciente de lo que pasa. Y se va, mordiendo su sonrisa, para luego encerrarse en su habitación.

—Esto hará que envejezca antes de tiempo, joder... —Murmuro soltando una risa nerviosa.

Me acaba de confesar que está enamorándose de mí... y en vez de correr hacia ella y decirle que yo no es que me esté enamorando, sino que ya lo hago desde que la conocí, me quedo como un pasmarote apoyado en la pared, riéndome como un histérico y sintiendo mi cuerpo hormiguear de anticipación.

Silvia



Febrero, establo de la Hacienda.

Cepillo a Pandora mientras ella cabecea contenta. Es mi consentida, mi niña bonita y amo tanto estar con ella que no hay día que no venga a verla. Acabo de enjuagar sus patas con la manguera y cuando ya está limpiita y reluciente, saco un azucarillo y se lo doy como premio.

—Te lo has ganado, preciosa... te has portado muy bien con mami.

La yegua vuelve a cabecear y resopla una vez se come el azúcar y cuando estoy a punto de colgar el cepillo en el gancho para luego encerrar a Pandora, algo helado cae sobre mí empapándome casi entera. Me giro con la intención de matar al *maldito hijo de puta* que lo ha hecho, pero no espero que me reciba otro chorro de agua, esta vez justo en mi cara.

Manoteo en el aire y cuando el chorro deja de apuntarme, agarro el cubo de jabón con el que he lavado a Pandora y le lanzo el contenido, empapándolo en el acto. La risa se le corta cuando la mía empieza y no me lo espero cuando de repente soy alzada en vilo como si pesara menos que una pluma y echada al hombro como un saco de patatas.

Chillo y pataleo, también golpeo su buen trasero, pellizcándolo y palmeándolo fuertemente.

— ¡Animal, asqueroso! ¿Te crees que estamos en pleno agosto para empaparme así? ¡Pide a Dios que no me constipe si no, juro que toseré en tu puñetera almohada, Fernando!

El maldito ríe, mientras camina a galopadas a dónde demonios quiera llevarme, y me nalguea cuando intento saltar fuera. Para vergüenza la mía, ese azote en vez de ponerme más furiosa hace que mi coño pulse deseando poder sentir una vez más esa palma impactar sobre mi culo. Malditas hormonas traidoras...

—¿Se pude saber dónde coño me llevas? No encerré a Pandora y estoy a punto de morderte el costado, capullo.

—Tranquila, ese es mi plan. Podrás morderme y hacer lo que quieras, sólo deja de patalear y comportarte como una cría. Si no quieres que te azote de nuevo, esta vez más fuerte...

—¿Eso es una amenaza? —Gruño moviéndome en su hombro.

Su palma cae de lleno en mi nalga derecha, esta vez más fuerte, haciendo que me escueza sobremanera. Y eso que lo ha hecho encima del pantalón vaquero.

—¡Gilipollas!

Soy vapuleada y tirada hacia atrás y con un chillido de la impresión caigo sobre algo mullido que, al soltarme, puedo ver de qué se trata. Briznas amarillas de heno vuelan a mi alrededor, pero no logro enfocar nada más allá que la visión de Fernando quitándose la camisa a cuadros roja y luego la fina camiseta interior de tirantas. Hace un frío que pela, mi piel está erizada y helada, pero parezco hervir por dentro.

Los músculos de su estómago se contraen cuando levanta los brazos para quitarse la prenda, es todo bultitos deliciosos, montañas de carne suave y pezones oscuros que hace que me relama de anticipación.

Sus ojos caen en los míos, sus iris están oscurecidos y su mandíbula apretada. Como si se contuviera de hacer algo o simplemente imaginara Dios, sabe que cosas. Con toda la elegancia de un caballo español, se recuesta sobre mí, haciendo que el calor de su piel traspase mis ropas empapadas y me haga cerrar los ojos y jadee.

—Fernando... alguien podría vernos aquí... —Logro decir entre roncós balbuceos, sintiendo sus dientes rastrillar mi cuello.

Su erección empuja contra mi entrepierna, haciéndome notar lo duro y grande que es. No puedo evitarlo, mi coño pulsa de nuevo, haciendo que moje las bragas en el acto.

—Les di el día libre a todo el mundo, nadie nos va a volver a interrumpir. Y no pienso parar esta vez, ya caiga una bomba... —Murmura en mi oído, meciendo sus caderas, golpeando mi sexo con rudeza como si lo estuviera haciendo en mi interior.

¡Dios mío! Si esto es lo que se siente con ropa, no puedo imaginarme

cuando estemos desnudos... sin barreras de por medio.

Agarro su cabello demasiado largo, obligándolo a mirarme. Necesito que me mire, cerciorarme de que es él, el que me toca, el que me vuelve loca. Su boca entreabierta deja salir el aire a trompicones, al ritmo de su vaivén cadente y sensual.

—No sabes lo bonita que te ves en este momento, Silvia...

Apoyándose con una mano en la improvisada cama de paja, con la otra desabrocha los botones de mi camisa blanca hasta abrirla, dejando mi sujetador al descubierto. Sus ojos repasan mi piel, acaricia con su mirada cada curva de cada uno de mis pechos y gimo cuando con un gruñido, baja su cabeza y lame mi canalillo; cogiendo aire, oliéndome, aguantando la respiración para luego soltarla lentamente.

Sus dientes arrastran la copa derecha, luego la izquierda y mis pechos quedan al aire bajo su escrutinio intenso. Jadeo al sentir la primera caricia de su lengua, repasando cada pezón como si estuviera memorizando cada frunce, su sabor, como si degustara la más deliciosa delicatessen.

Su mano se arrastra por mis costillas, tirando del cierre hasta que de un tirón hace volar el botón y abrir la cremallera a la fuerza. Mis pantalones abandonan mis piernas, no sé cómo ni en qué momento, pero me encuentro en ropa interior, bajo su cuerpo, empapada en todos los sentidos y gimiendo su nombre sin preocuparme de si hago demasiado ruido. De él, sin embargo, no escucho más que su respiración entrecortada, los chasquidos de su lengua y los imperceptibles sonidos guturales mientras me prueba completa.

—Tienes la piel tan suave... tan tierna... —Muerde mi cadera, para luego lamer la zona con deleite.

Sus manos ásperas acarician mis muslos en ascendente, abriéndome ante él, dejando en evidencia lo empapada y necesitada que estoy. Él parece quedarse sin aire en el momento en el que me mira, como si fuera la primera vez que ve un coño y no puedo remediar reírme un poco. Y eso que aún estoy cubierta por mis bragas de algodón blancas que gracias al remojón y a mi excitación, se transparenta mi piel.

—Cualquiera diría que no has visto uno nunca...

Sus ojos llamean al mirarme a los ojos y su comisura derecha se alza insolente, como si supiera algo que yo no.

—Nunca he visto uno tan bonito como el tuyo sin duda, *princesita*... ahora te lo comeré tan bien, que la risa se te irá igual de rápido que ha venido.

Dicho eso, dejando su trasero empuinado al inclinarse sobre mí, pasa la lengua sobre mis bragas bajo mi atenta mirada. Gimo, ya con la risa más que olvidada, arqueándome sin poder evitarlo haciendo que su boca choque de lleno contra mi sexo.

—¡Oh Dios! —Chillo sin vergüenza alguna, estrujando su cabello con fuerza.

Con un dedo, tantea el borde de mi ropa interior y la mueve a un lado.

— ¡Joder que bien hueles! —Alaba para lamerme de abajo a arriba y después sentir como su dedo se abre paso en mi interior.

Siento como si no pudiera soportarlo, como si el límite de placer llegara al tope y lo último que me queda sea estallar. Su endiablada lengua, sigue saboreando, arremolinando mi clítoris para después sorber y meter más profundo los dedos. Explorando cada pliegue, comiéndose mi coño como nunca nadie lo hizo jamás.

Mi cuerpo se tensa y destensa. El final se acerca y sin poder evitarlo, las lágrimas acuden a mis ojos. Mi orgasmo empieza serpenteando desde las puntas de mis dedos de los pies, recorriendo mis muslos, rodeando mi estómago y explotando en mi bajo vientre. Tiemblo, grito y casi me desmayo al colapsar de esta manera tan intensa y salvaje.

Caigo del cielo, dejo atrás el éxtasis, quedándome desmadejada y temblorosa. Sin raciocinio alguno, solo sintiendo el aliento de Fernando refrescar mi carne hirviendo.

—Te comería el coño toda la vida, Silvia, pero ahora mismo necesito urgentemente estar dentro de ti... —Su torso quema al estar en contacto con mi pecho, pero de ninguna manera puedo quejarme.

Es delicioso, tan placentero tenerlo así, que no quiero que pare nunca. Su mirada me busca, no logro abrir los ojos del todo ya que las fuerzas parecen haberme abandonado.

—Esto será rápido, pero te juro que te compensaré... Una vez que te haga mía, no vas a dejar de serlo cada puto día y noche...

De un fuerte empujón, me penetra, arrasando con toda capacidad de pensamiento coherente que quedaba en mi cerebro. Desestabilizando mi cordura y haciéndome chillar de gozo. Es grande, casi no he podido disfrutar de la imagen de él desnudo, pero al sentirme tan ensanchada y apretada en torno a él, puedo adivinarlo.

—¡Jesucristo! —Resuella volviendo a embestirme con ganas.

Agarro su nuca, cuando la visión de su cara cubierta de sudor y su expresión abandonada se hace demasiado intensa para mí. Lo beso, mordiendo su labio inferior, enredando mis piernas en torno a sus caderas, instándole a ir más rápido.

Sus acometidas aumentan de ritmo, vigorosamente, haciéndolo al compás de nuestros pulsos que laten como locos. Ya no es agua lo que cubre nuestra piel, pequeñas perlas de sudor destellan bajo el sol del ocaso que entra por la ventana del establo. Daría lo que fuera por poder ver la escena desde fuera, el dibujo que seguramente estaremos formando, lo perfecto que encajamos.

Un recuerdo fugaz, hace que mi estómago se retuerza por lo que me obligo a cerrar los ojos y sentir lo que está sucediendo. *«No cometas el error de enamorarte de un fantasma... Fernando no es él, por mucho que te empeñes»* mi corazón se hace un puño y mis entrañas se contraen. Él, lo nota por lo que cesa sus movimientos casi por completo, sin salir de mí. Sin embargo, lo siento más lejos que nunca.

Acaricia mi mejilla con los nidillos, incitándome a abrir los ojos. Cuando lo hago dos lagrimones recorren mis sienes.

—Di mí nombre... —Su labio inferior tiembla, no sé si de rabia o pena.
—Fernando —digo tan flojo que si no estuviéramos tan cerca dudo que lo hubiera oído.

—Eso es, soy Fernando —vuelve a moverse, una, dos, tres veces hasta que mis sollozos se convierten en jadeos necesitados—, dilo de nuevo, mi amor... Di mí nombre mientras te hago mía.

Y lo hago. Lo nombro sin resuello, olvidándome de todo, excepto de él.

No sé si sin querer, empecé a confundir el odio que le tenía con otra cosa totalmente diferente. No es lo mismo que sentía por Ernest, no es ni por asomo el mismo sentimiento. Por lo que ya no sé qué es exactamente. Solo sé que lo necesito como el respirar, amo cuando es tierno conmigo, cuando me hace rabiar. Todo y cada uno de sus gestos, se han quedado en mi memoria sin querer, he aprendido a quererlo incluso odiándolo con todas mis ganas. Ha sabido entrar en mi corazón sin ser capaz de verlo y ya es demasiado tarde.

—¡Silvia...! —Exclama tensándose y apretando mi cadera, hincándose los dedos, entrando y saliendo con impetuosidad y bravura hasta que se vacía en mi interior.

Su cuerpo cae laxo encima de él mío, encontrando tremendamente reconfortante sentir su peso y su calor sofocante. Casi puedo ver cómo rezumamos vapor ante el frío que nos envuelve.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en el establo, lo último que recuerdo es un susurro inteligible en mí oído y cómo soy arropada hasta hacerme una bolita y ser recostada y abrazada por algo tan cálido como el mismo sol.

Fernando



Febrero, Monte Alto.

Con la sonrisa de gilipollas que permanece en mi boca desde hace unos pocos días, aparco justo frente a la floristería de la Señora Marisa. La cristalera está adornada con millones de corazones de cartulinas, montones de flores rojas con el motivo del día que hoy se celebra. No soy muy dado a tener en cuenta los catorce de febrero, pero este en especial es diferente. Sé que el amor no se demuestra solo un día, sé también que, porque yo le regale algo, no voy a hacer que me quiera más. Pero el simple hecho de poder hacer esto por ella sin que me remueva los remordimientos por dentro, me hincha el pecho.

Entro en la tienda, mirando cada estante, cada muñequito y corazón. Pero no busco nada de eso, por lo que me encamino al mostrador donde una señora regordeta, vestida con un vestido ancho y floreado, arregla un ramo de rosas rojas con esmero y felicidad. Si hay alguien a la cual le encante su trabajo, es a Marisa.

—Buenos, días —la saludo haciendo que su sonrisa se ensanche al reconocermé sin siquiera mirarme.

—¡Hombre, Fernandito! ¿Tú, por aquí...? ¿Ya decidiste dejar de hacer el tonto y te dignaste a conquistarla?

Soplo una risa y froto mi nuca avergonzado. Esa mujer a la vez que florista es una chismosa de cuidado. Pero oye, sabe guardar los secretos como nadie.

—Ya la tengo conquistada, solo venía a por un detalle sin importancia.

Deja el arreglo medio terminado a un lado de la mesa que está tras ella y recolocando sus gafas con un dedo, por fin, me mira.

—Regalar una flor, no es ningún detalle sin importancia. Si has venido aquí en vez de a una joyería, es porque para ella vale más una flor que una ostentosa joya. Además, Silvia no es mucho de abalorios... ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. Quiero rosas amarillas. Pero no quiero un ramo, ni una cesta... quiero algo sofisticado.

—Tú déjalo en mis manos... ¿Quieres ponerle nota?

—No será necesario.

Una vez salgo de la floristería con el regalo para Silvia, me dirijo a la hacienda. Quiero prepararle algo romántico, algo que la sorprenda y olvide todo lo pasado. Dejar de lado el pensamiento que tenía de mí y que estos años he estado cosechando egoístamente.

Cuando llego a casa, dejo el regalo en el recibidor junto con las llaves, una botella de nuestro mejor vino y el sombrero y la llamo mientras cruzo la sala. La escucho trastear en la cocina, por lo que sin pensármelo me dirijo allí, encontrándome a mí *mujercita* intentando agarrar el bote de cacao que está demasiado alto para su baja estatura. Yo, y mi manía de hacerla rabiar...

—¡Maldito capullo...! —Masculla sin saber que estoy allí mismo escuchando ese bonito adjetivo.

Me acerco de puntillas mirando con demasía aquel redondo y apetitoso culo cubierto por un culote de dibujitos de lo más sexy. Mis manos atrapan sus caderas y como si fuera más liviana que un grano de arroz, la alzo haciéndola chillar y agarrarse desesperada al mueble.

—¡Serás gilipollas! ¡Qué susto me has dado!

La muy farruca agarra el bote y con furia aparta mis manos de ella una vez está en el suelo. Claramente no lo consigue, ya que mis manos vuelven a tocarla. Con un resoplido se da por vencida y sonrío en victoria. Me acerco a su cuello, mientras ella se prepara su desayuno y beso donde su pulso late furioso. Mi pequeña fiera está excitada, puedo olerlo y verlo también. Por muy enfadada que quiera parecer, la marca de sus pezones en la camiseta y lo que le tiemblan las manos es suficiente muestra para hacer que la mía propia crezca.

—Te voy a tener que lavar la boca con jabón, señorita camionera... — ronroneo, acariciando ahora su vientre, delineando el filo de sus pantaloncitos.

—Lo haces a posta, siempre colocas las cosas que más uso a tu alcance solo para hacerme rabiar y reírte de mí.

—Es que me encanta verte toda enfurruñada... hace que mi polla se ponga

muy dura, cariño... —Para darle énfasis a mis palabras, aprieto mi erección contra sus glúteos, haciendo que sus manos paren de remover su leche con cacao.

Automáticamente su cuerpo se amolda sobre el mío, restregándose contra mí, impudorosamente y eso me hace sonreír como un *hijo de puta* suertudo. Mi mano derecha se adentra en sus pantalones y bragas, acariciando su pubis, disfrutando del tacto suave de su piel limpia de vello, encontrándome con su humedad justo cuando tanteo su apertura.

Silvia, gime mi nombre, apretando su pelvis contra mi mano para después escurrir la suya hacia atrás. Acariciando mi polla sobre los pantalones, volviéndome jodidamente majara.

La dejo acariciarme, mientras yo exploro su dulce y caliente coño, resbalándome gracias al néctar que emana de su interior. Silvia, gime desahogada, con las mejillas arreboladas por el sofoco y siento como al meter mi dedo índice profundamente, se contrae y lo aprieta succionando mi falange deliciosamente.

—¡Dios...! ¡Cómo me gustaría follarte ahora mismo...! Agarrarte del pelo así —aprieto su cabello en mi puño, haciendo inclinar la cabeza, dejando su cuello a mi entera disposición —, darte tan duro, hacer que notases mis huevos golpear ese bonito culo que tienes...

—Por favor... —Exhala moviéndose sobre mi mano, montando mi dedo en busca de alivio.

—¿Quieres qué lo haga? ¿Quieres qué te folle en la cocina, *princesita*? — Deslizo mi mano lejos de su sexo, haciéndola gimotear en protesta.

La silencio con un azote y procedo a bajarle los pantaloncitos, dejándola solamente con una débil braguita de encaje de color negro. Mis favoritas y con las que llevo soñando tener la oportunidad de verla en ella, desde que las veía tendidas al sol en más una ocasión. Eso hace que me excite hasta tal punto de poder reventar los pantalones. Tanteo con mi mano libre, sobre la delicada prenda ahora mojada y tibia, para luego subirle mis dedos a los labios. Haciendo que se saboree para luego saborearla yo.

—Mmmm, exquisita...

—Deja de jugar —protesta en un halo de valentía que hace que mi polla pulse.

—No, *muñequita*, tú eres la que vas a jugar con mi polla ahora. Necesito probar cómo se siente follar esa boquita sucia que tienes.

Una sonrisa sensual, acompañada con una lamida de labios es lo único que hace falta para matarme y tenerme a su disposición. Se mueve, deshaciendo mi agarre en su pelo para a continuación ponerse de rodillas delante de mí. Con una cara de actriz porno que no se puede aguantar, se deshace de su camiseta y abre las rodillas, exponiendo así una pequeña apertura en la ínfima braguita, de la cual no me había percatado antes. ¿Cómo coño no me he dado cuenta antes?

Exhalo todo el aire que contengo en los pulmones, cuando su mano derecha acaricia su seno diestro para después acariciar su esternón, bajando por su vientre hasta llegar a su sexo. La muy malvada cierra los ojos y se da placer delante de mis narices. Pero lo peor es que esa visión es tan, pero tan placentera que no hago más que quedarme estático y observar como un *voyeur*. Un segundo después, abre los ojos, como si recordara que está conmigo y con una sonrisa pícaro procede a desabrochar el cierre de mis pantalones, tirando del cinturón haciéndolo caer con un golpe seco. Mis vaqueros caen a mis tobillos y Silvia se relame mirando mi erección tras los calzoncillos.

Sus manos traviesas agarran el borde de la prenda, bajándola con tanta lentitud que al final soy yo el que acabo de bajármelo por completo. Desesperado por sentir sus labios a mi alrededor, agarro su cabeza y la acerco a la punta, incitándola a seguir a partir de ahí. Por muy irónico que suene, odio esperar. Odio no conseguir lo que quiero al momento y por lo único que he esperado cuatro eternos años es a tener a Silvia, solo para mí y para siempre. Y no me arrepiento de un jodido día, si al final he conseguido mi propósito.

Tenerla allí arrodillada, besando la punta de mi polla, saboreando el capullo y gimiendo gustosa, es lo más excitante y morboso que he visto en mi vida.

—Sí, así... —Dejo caer la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, encontrando el frigorífico como única superficie sólida para sostenerme. Me siento flojo, tenso, a punto de reventar de puro éxtasis.

Su boca me succiona, su lengua se arremolina en el glande para luego tragarse mi polla casi al completo. Es una puta locura, es tan surrealista todo, que me obligo a abrir los ojos y observarla desde arriba. Sus tupidas pestañas revolotean, abriendo los ojos y mirándome. Se la mete en la boca, la saca brillante, llena de su saliva y gruño como si me hubieran herido en pleno pecho. Estoy a una lamida de correrme como un quinceañero con su primera mamada, por lo que antes de que eso pase, la agarro de las axilas y la levanto.

Muerdo su boca, lamo sus labios y cuando ya siento que voy a morir por combustión espontánea, la giro y la inclino sobre la mesa de la cocina, poniendo su precioso culo en pompa y abriendo sus piernas lo más que puede.

Agarro sus muñecas a su espalda con una mano, mientras que con la otra me posiciono en su entrada, gracias a la grieta de sus bragas.

—Te voy a follar con estas preciosas bragas, amor... no sabes lo que vas a chillar.

Y dicho eso, la penetro con fuerza de una sola estocada, haciéndola gritar a todo pulmón. Me trae sin cuidado que nos escuchen, me importa una mierda lo que digan o piensen, Silvia es mía, mi mujer, mi amor... y juro que será así hasta el fin de mi existencia.

Me muevo en su interior, rotando mi pelvis, llegando a cada recoveco de su cálido y prieto coño, llegando a lo más hondo de su ser para después salir y entrar de nuevo con fuerza. Estoy sudando, ella también lo está. Su piel brilla, no he visto algo tan hermoso como eso. Y ya cuando gira su cara, y me mira con el semblante crispado y los ojos velados, no puedo más. Me corro con fuerza, llevándola conmigo, sintiendo como las paredes de su sexo se contraen entorno a mí, atenazando mi pene firmeza para luego destensarse. Con las pocas fuerzas que me quedan, empujando su espalda para que no se mueva, salgo de ella haciendo que mi semen se escurra entre sus pliegues, manche sus piernas y gotee en el suelo. Solo eso hace falta para que un escalofrío me corra por la espalda.

Bajo con cuidado la única prenda que le queda, por sus piernas, la hago una bola y sin que ella se dé cuenta las guardo en el bolsillo de mis vaqueros. Es mi maldito tesoro el cual guardaré y atesoraré como oro en paño. O quizá la utilice para extorsionarla y obligarla a negociar. Sería una cosa de lo más

divertida.

Silvia se yergue, aún con la respiración irregular y se gira en mi dirección dándome de nuevo el placer de observarla completamente desnuda.

—¡Maldito seas...! —Murmura casi sin voz, mirando hacia la encimera— Por tu culpa, se me enfrió el desayuno.

Sonrío ante esa pose tan adorable y la beso sin poder evitarlo.

—Ya te alimenté, tesoro... ¿Es que mi pene no fue suficiente para ti? — Ronroneo en su oído, haciendo que los vellos de su nuca se ericen.

—Tu pene es estupendo, sin duda —dice divertida, jugando con el vello de mi pecho que sobresale del cuello de la camiseta.

—Te amo —le digo sin que ella se lo espere.

Es la primera vez que se lo digo y aunque suene estúpido, tengo auténtico pavor a su reacción. Lo que no espero es que sonría y dándome un besito pequeño en los labios diga:

—Yo también.

Miro la hora por enésima vez, mientras remuevo la salsa con miedo a no poder terminar la cena antes de que llegue Silvia. Gracias a Dios, la convencí de ir con Luisa, una de las trabajadoras, a por fertilizantes y que por suerte era lo suficientemente lejos como para tardar un par de horas. Eso y que le dejé claro a Luisa que tardaran más de la cuenta para así no chafarme la sorpresa.

No soy un cocinero de élite, que digamos, pero al haber estado viviendo sólo desde que mis papás murieron, he aprendido a hacer algo lo suficientemente comestible para no morir de hambre.

Cuelo las verduras hervidas, salteo la carne y cuelo la salsa para luego verterla sobre ella. Un par de minutos y listo.

Cuando termino de emplatar y de colocar la última vela, escucho la llave entrando en la cerradura. Por si las moscas, le puse una nota en la otra casa donde le dejaba la llave y el mensaje de que viniera a la mía.

—¿Fer?

—En la sala —vocifero dando una palmada en el aire cuando está todo en

su perfecto orden.

El taconeo de sus botas resuena en el pasillo y la intercepto justo en el marco de la puerta. Ella se sobresalta para luego sonreír y ponerse de puntillas para besarme.

Puedo llorar ahora mismo de alegría por ese gesto.

Le tapo los ojos, una vez salgo de mi embobamiento y entre risas, la llevo a la mesa. Beso su cuello haciéndola removerse por las cosquillas que le provoco. —Feliz San Valentín —la felicito en un susurro antes de apartar mis manos.

Su impresión es palpable, mira cada cosa dispuesta en la mesa con ilusión, pero cuando sus ojos caen en el bonito *Bouquete* de rosas amarillas, su sonrisa decae.

—¿Cómo...?

—Recuerdo lo bonita que te veías, cuidando de tus rosas amarillas un año atrás. De cómo las mimabas, les cantabas, aún desafinando y haciendo chirriar los cristales... —una risa burbujea en su garganta a la vez que una gruesa lágrima cae de su ojo izquierdo. La abrazo haciéndola recargarse en mí, sin dejar de mirar las preciosas flores—. Sé que no soy él, Silvia. Nunca llegaré a ser como él fue, tampoco es que lo pretenda. Pero quiero que veas que estoy y estaré siempre para ti. Aunque no llegues a amarme tanto como yo te amo y te he amado durante todo este tiempo. —Se gira en mis brazos quedando cara a cara frente a mí, tiene los ojos brillantes y expectantes, queriendo escuchar más—. Me arrepiento de todo lo que te he hecho y dicho todos estos años, me duele aún recordar cómo llorabas por mi rechazo.

Pero quiero que sepas que no era más que una excusa, un pretexto, una manera de alejarte de mí y que no hicieras que me enamorara más de ti. —Acaricio su mejilla, borrando el rastro de sus lágrimas y sonriendo como un bobo mientras los recuerdos se amontonan en mi mente como si de una película se tratara—.

Pero ya ves... no lo he conseguido por mucho que me haya empeñado. Cada día iba a más, cada minuto que pasaba contigo era como si se me tatuara en el pecho. Por eso estoy dispuesto a aguantar y soportar que no me ames lo suficiente. Ya tengo amor para los dos...

Después de mi verborrea Silvia sigue sin hablar, pero sí que sonrío. ¿Eso significa algo bueno no?

—Si no te amaba lo suficiente, después de decirme todo esto, estoy segura que te amo un poquito más. No puedo darte lo que Ernest se llevó, pero te amaré con todo lo que me quede.

Beso sus labios con dulzura y apoyo mi frente en la suya. Disfrutando de tenerla tan cerca.

—Con eso, me es más que suficiente...

Silvia



Mayo. Hacienda Vidal.

—Hola, chica —saludo a Pandora haciendo que ésta se asome sobre la puerta y resople reconociéndome.

La muy señoritinga es respondona como ella sola y como no tenga su comida a primera hora de la mañana, es como si le hubieran negado vivir. Agarro el cubo para luego llenarlo de pienso, abro la portezuela y no me deja entrar del todo cuando la muy desesperada mete la cabeza en el cubo y empieza a comer.

— ¡Ay, pero espérate un poco! —Protesto riendo divertida al ver su cabezonería.

Al contrario que conmigo, a Fernando no lo puede ni ver. No sé por qué, simplemente no se llevan bien. Soy yo la que tengo que cepillarla, montarla, darle de comer... y aunque al principio veía a Fernando enfurruñado, luego lo pillaba sonriendo cuando me veía con ella. Y qué guapo se veía sonriendo de verdad. Si me preguntan, jamás lo había visto tan feliz como ahora y me siento dichosa por ser yo la culpable de esa felicidad.

Dejo el cubo en el suelo, ya que Pandora con su fuerza, se me hace imposible sujetarlo a pulso y me pongo a llenarle el tanque cuando un crepitar extraño seguido de un olorcillo a madera quemada, me hace fruncir el ceño.

Pandora se yergue tras de mí, percatándose al mismo tiempo que yo. Pero no le doy importancia. Seguramente David y los demás, estén quemando rastrojo y lo hayan hecho cerca del establo. Sigo con mi tarea, coloco una nueva bala de heno a Pandora y empiezo a cepillarla con mimo. Ella cabecea contenta hasta que algo la hace alertarse de nuevo y mover las orejas como antenas parabólicas. Miro a mí alrededor, dándome cuenta de un manto de humo gris, que empieza a cubrir todo el establo. La yegua relincha histérica, cogiéndome por sorpresa y dándome sin querer con una de sus patas. Caigo de culo en la paja, viendo como Pandora de desboca y comienza a patear la puerta con fuerza. En dos segundos un infierno se desata a nuestro alrededor.

Lenguas de fuego lamen las paredes, prendiendo las vigas de madera y el heno esparcido por todo el lugar. Intento agarrar las riendas de Pandora, pero al estar tan nerviosa vuelve a remeter contra mí, haciéndome caer de nuevo, esta vez golpeándome la cadera con el tanque de agua.

—¡Ayuda! —Grito haciendo una mueca de dolor, frotándome la zona afectada.

Pero nadie se escucha en el exterior, solo el desagradable sonido de la madera venciéndose del crepitar de las briznas siendo carbonizadas y de los caballos histéricos y asustados. Me intento levantar, con cuidado de no ponerme de nuevo donde me pueda dar, consigo agarrar la rienda. Abro la puerta y paro en el acto al ver todo aquel fuego rodearme.

Pandora tira, consiguiendo que la suelte por miedo a hacerme daño en las manos y sale disparada, saltando las llamaradas como si fuera un concurso de saltos. Tapándome la boca y nariz con mi camiseta, voy soltando a los caballos, haciendo que salgan despavoridos fuera de aquello y gracias a Dios, ilesos.

Y cuando me quedo sola, es que me doy cuenta de que me va a ser imposible salir de aquí. Grito con todas mis fuerzas, pido auxilio, llamo a Fernando, pero nadie parece oírme. Empiezo a toser desesperada, sintiendo mis pulmones arder al inhalar tanto humo. No puedo remediar llorar, pensando en que moriré aquí. La estructura cruje, cayéndose un pedazo de viga que casi me aplasta. Y corro como nunca hacia la salida, donde una llamarada gigante me separa de la puerta. Pero de nuevo un crujido me hace parar. Una nueva viga se derrumba frente a mí, haciéndome caer y golpearme con algo en la cabeza.

Todo se distorsiona, todo lo veo naranja y amarillo. El olor es insoportable y no logro coger aire. Grito, mas no sale nada de mi garganta que quema como mil demonios. Los parpados me pesan, escucho barullo fuera, pero no logro ponerme en pie. Creo que siquiera me muevo. Todo se hace más liviano, mi cuerpo flota y dejo de existir. Manto negro cubre mi visión y me desmayo.

Mi último pensamiento antes de perder la consciencia fue Fernando.

Fernando



—¡Silvia! —La llamo desgarrándome la garganta, la desesperación me atenaza, el miedo de encontrármela herida me mata por dentro.

Gracias a los chicos, conseguimos apagar el fuego de la entrada antes de que llegasen los bomberos y extinguieran parte del incendio, con manguera en mano y una botella de oxígeno, entro en el establo mirando de un lado a otro, buscándola. Uno de ellos me prohíbe entrar aún, pero a la mierda con él. La estructura se queja, en cualquier momento caerá sobre mí si no me doy prisa para encontrarla. Pero no me iré hasta tenerla a salvo. Me niego a pensar en que ya es demasiado tarde, me niego a hacerme a la idea de no tenerla más conmigo.

Empujo una de las vigas que me entorpece el paso, echando agua al extremo que aún arde. Y entonces la veo, allí tirada en el suelo. Manchada de carboncillo e inconsciente.

El mundo se me cae encima, el terror hace que mi última respiración se atasque y caiga de rodillas a su lado. Me quito la mascarilla y se la coloco a ella rápidamente para después echármela a los brazos y levantarme. Uno de los activos llega hasta nosotros y cediéndome una mascarilla a mí, nos acompaña al exterior justo en el momento que el establo cae en ruinas.

La pérdida de aquello, no me supone nada si pierdo a Silvia. Me da igual perderlo todo si la tengo a ella. Por lo que no miro atrás, siquiera me molesto por los caballos que corren libres por toda la hacienda. Solo camino hacia la ambulancia, queriendo ponerla a salvo y cerciorándome de qué esté bien. Que aún respira y vive.

Al cabo de lo que parece una eternidad, camino de un lado a otro en la sala de espera como un león enjaulado. El olor a humo impregnado en mis ropas, no hace fácil la acción de pensar en frío, por lo que mi cerebro, va a la velocidad de la luz pensando en lo que pasará una vez el médico salga y me de noticias. Gracias a Dios, llegó estable, pero tanto el golpe que se dio en la cabeza, como la gran cantidad de humo que inhaló es lo que más preocupa.

Mi móvil suena y me pienso seriamente si contestar o no, pero al mirar a las puertas y no ver movimiento, descuelgo y lo coloco en mi oreja atendiendo la llamada.

—Señor —es David y lo noto apurado y eso me pone alerta.

—Dime, ¿Qué ocurre?

—Señor, el fuego fue provocado. Encontramos al culpable, del cual ya se está haciendo cargo la policía.

Me quedo estático en el sitio, tragando con fuerza el nudo que se me ha formado en la garganta al escuchar semejante barbaridad.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que han intentado matar a mi mujer? — Escupo con rabia, apretando los puños y deseando poder tener al malnacido frente a mí.

—Sí, señor. Fue Lorenzo y en su defensa dijo que lo hizo porque está enamorado de usted, señor.

—¿Estás hablando jodidamente en serio?!

—Sí, señor. Él mismo se delató cuando lo encontramos llorando junto al invernadero. —Hijo de la gran... —¿Fernando?

Me giro cuando escucho mi nombre y veo al doctor parado con una carpeta en las manos. Me despido de David diciéndole que luego me haré cargo del asunto como amerite y me acerco muerto de miedo por saber qué ocurre con Silvia.

—¿Qué pasa? ¿Cómo está?

—Tranquilo, hombre. Tiene un simple hematoma en la cadera y el golpe en la cabeza no es demasiado preocupante. Un par de puntos y listo. Están perfectamente los tres. Seguramente en una semana le daremos el alta.

Mi ceño se frunce y mi cabeza se ladea en confusión. El doctor sonrío al ver mi desconcierto y palmea mi hombro como si lo que vaya a decir a continuación fuera una gran noticia.

— ¿No me digas que no sabías que Silvia estaba embarazada?

Una risa nerviosa burbujea en mi garganta hasta convertirse en grandes

carcajadas que incluso me hace doblarme en dos.

—No digas tonterías, Silvia no me dijo nada y...

—Son gemelos y todo apunta a que serán, niño y niña.

—¡¿Qué?! —Me agarro el pecho sintiendo como mi corazón se salta un latido para después golpear tan fuerte y rápido que tengo miedo a que atravesese mi carne.

Entonces saladas lágrimas salen de mis ojos al ser verdaderamente consciente de lo que me está diciendo. Silvia está embarazada, no solo de un bebé, sino dos.

—Quiero verla... —Logro balbucear, enjugando mis lágrimas con el brazo derecho lleno de tizne.

Él asiente y me guía por el pasillo hasta llegar a la habitación. Solo está ella, mirando hacia la ventana con una sonrisa y acariciándose la barriga como si lo hiciese inconscientemente. El doctor de la familia, se va después de palmear mi hombro y me deja solo con ella. Tengo miedo a la vez que emoción. Voy a ser padre y Silvia va a ser quién me de ese regalo tan hermoso. Aún no logro aceptarlo del todo, que ya me estoy imaginando a dos pequeños en mis brazos, sonriendo como un loco enamorado por segunda vez en mi vida.

Su cabeza gira cuando me siente y su mano para de acariciar su panza. Como si tuviese miedo a lo que yo le pueda decir.

—Pensé, que tal y como te amaba, no podía amarte más... —Dije a duras penas andando hacia ella con calma y llorando como un niño — Pero hoy puedo decir que lo hago mucho más.

Su sonrisa tiembla, apareciendo un puchero de lo más adorable, no puedo aguantar las ganas de agarrarle la cara y besarla con todas mis ganas. Ella solloza y me abraza, una vez nuestros labios se despegan y me recuesto a su lado, sin importarme si mancho o no las sábanas.

—Yo también te amo —susurra en mi pecho sin dejar de llorar.

Más tarde, me encuentro en la entrada de la comisaría, pidiendo que me dejen ver al *hijo de puta* que ha intentado matar a Silvia. No me cabe en la

cabeza, que uno de mis trabajadores en el cual confiaba ciegamente, me haga fallado y apuñalado de esta manera. No logro entender cómo una persona puede llegar a poner en peligro a otra por muy enamorado que esté. Es que no me cabe en la mente, qué tiene que estar pensando o sintiendo para hacer semejante locura y barbaridad.

Mi pierna sube y baja impaciente mientras que revuelvo mi pelo sucio. Aún no pasé por casa a asearme, el maldito resquemor de saber el por qué de ese acto tan vil, me carcome por dentro. Y solo de pensar en que podía haber sucedido una desgracia mayor, me pone de los nervios.

Un agente de policía sale del despacho. Me pongo de pie en el acto.

—¿Es usted Fernando Vidal?

—Sí, soy yo.

—Señor, no puedo dejarle tener contacto físico con el preso, por su seguridad. Pero si lo desea, puede verlo a través del cristal blindado. El Señor López, estará en el calabozo solo esta noche, pasará a la cárcel de Barcelona una vez pase el juez y tome sentencia. Tengo entendido que ha confesado el delito por su propio pie y por eso, no tendrá que denunciar. Ahora si me acompaña...

Asiento sin querer objetar nada y lo sigo hasta el pasillo que da a una serie de puertas. Llegamos a la del final, a una sala donde hay varios compartimentos divididos por un cristal opaco. En el momento en el que me siento, Lorenzo hace su aparición, acompañado de un agente de policía y esposado. Su cabeza se alza y en cuanto me ve, se para y se gira para volver al calabozo. El policía lo obliga a sentarse en contra de su voluntad.

Agarro el teléfono a mi lado con tanta fuerza que puedo escuchar como el material cruje en mi mano. Él hace lo mismo, observándome de reojo, sin ser capaz de mirarme a la cara.

—¿Por qué? —Es lo único que pregunto, con toda la calma que puedo reunir.

Él, niega y frota su frente mirando hacia abajo.

—No... no podía aguantar los celos de ver como esa mujer se hacía con usted, patrón...

Mis fosas nasales se dilatan, haciéndome parecer un toro a punto de derribar una pared. Respiro hondo, pero cuando una nueva imagen de Silvia tirada en el suelo, inconsciente, me hace encabronarme, estrellando mi puño contra el cristal, haciendo que los guardias se muevan.

—¿Y no podrías regalarme una puta caja de bombones?! ¡Escúchame bien, *hijo de la gran puta...*! —El agente me agarra del brazo, instándome a levantarme de la silla— No volverás a acercarte a Silvia, no volverás a respirar jamás en su dirección, porque si lo haces, te mataré.

Tiro el teléfono y salgo de allí como alma que lleva el diablo. Necesito llegar a casa, asearme e ir con Silvia al hospital. Ya he acabado con lo que venía a hacer.

Fernando



Septiembre, Hacienda Vidal.

La luz del sol compite con el amarillo de las flores que adornan el altar improvisado. Todo está listo, todo preparado para que, en unas horas, yo, Fernando Vidal, despose al amor de mi vida y madre de mis hijos que dentro de nada podré ver y tocar. Las sillas están perfectamente alineadas, cinco filas a cada lado del paseo nupcial, colocadas en paralelo para las pocas personas que vienen a acompañarnos en este día.

Cierro los ojos, sonrío, aspiro el olor de mis tierras. Dejo que el sol caliente mi rostro y llene de luz mi semblante. Estoy eufórico por dentro, temeroso a la vez que muero de ganas por verla. Vestida de novia, con una barriga enorme y la sonrisa de felicidad que gracias a mí y a mí empeño cada día, porta orgullosa en sus labios.

La suave melodía empieza a sonar, la gente hace acto de presencia. Abro los ojos y ahí aparece todo. Estoy en el altar, acompañado del cuñado de Silvia, marido de Sheila, la cual llora a mares mientras acuna a su hija. Todo se llena de gente, la alegría rezuma en todo el lugar y un pellizco de nervios e inquietud me amenaza con devolver hasta mí primera papilla.

Pero todo se va, en cuanto los acordes de una guitarra entonando la canción favorita de Silvia, calla a la gente y aparece el amor de mi vida.

Con un vestido sencillo de color blanco roto, estilo princesa romana, llevando su tripa gigante con orgullo, sonriéndome de lejos. No puedo evitar que mis ojos se agüen, mi sonrisa se ensanche y mi pecho, se hinche.

Miro a Enrique cuando siento su codo hincarse en mi costado.

—Para la llorera, que me harás llorar a mí, mamón...

Río con ganas y vuelvo a prestar atención a mí reina. Después de sonreírnos y decirnos te amo, el cura procede a dar la misa. La gente calla, nos damos él, *sí quiero* y colocamos los anillos.

—Quién no esté a favor de este matrimonio, que hable ahora o calle para

siempre...

La mano de Silvia estruja la mía, acto seguido lanza un alarido de dolor al mismo tiempo que se dobla hacia delante. La gente se revoluciona y yo me quedo petrificado, viendo como mi mujer se hace pis encima, encharcando la alfombra.

—¡Oh Dios, va a dar a luz! —Escucho gritar a alguien.

Después de eso, todo se convierte en caos y mi cuerpo se mueve en automático. Alzo a Silvia, llevándomela a pulso hacia el coche más próximo. Enrique se sube al asiento del piloto, indicándome que me siente detrás con ella.

Las lágrimas le corren por las sienes, corriendo su bonito maquillaje y yo no sé qué coño hacer para que deje de gritar. Si tuviera algún aparato que hiciera que su dolor pasara a mí, no me lo pensaría un segundo antes de aceptar.

—¡Reacciona, joder! —Chilla palmeándome fuertemente la mejilla.

Entonces mi cerebro empieza a funcionar rápidamente, me pongo histérico y abro las ventanas haciendo que se líe un verdadero huracán dentro del coche entre velo y seda.

—Respira, amor. Todo va a salir bien, repite conmigo: todo va a salir bien...

Sus ojos se entrecierran en coraje y vuelve a golpearme en el cachete ahora sí, haciéndome enfadar.

—¡Te he dicho que reacciones, no que me atosigues! ¡Sé respirar, aún no se me olvidó, por lo que deja de hacer el tonto y sácamelos! —A continuación, empieza a coger y soltar el aire a trompicones y a chillar.

¿Dónde coño ha ido la mujer de la que me he enamorado y quién es esta poseída?

—Tranquilo, compadre —se carcajea Enrique—, es parte del parto, suerte tienes si no te pide el divorcio como Sheila hizo conmigo. La primera vez casi me da un infarto, la tercera, estaba acostumbrado.

Un gruñido de parte de Silvia es lo único que recibe. Cuando llegamos al

hospital, el doctor empieza a decirme no sé qué de emergencia y que tiene que entrar ya. Me hacen ponerme una bata verde, guantes, cubre botas de plástico y un estúpido gorrito. Las puertas se abren, y veo a mi mujer, con el pelo pegado a su frente por el sudor, empujando con fuerza y con un tío posicionado entre sus piernas con la cabeza pegada a su coño.

Estoy por remangarme las mangas para darle una buena colleja cuando Silvia, grita mí nombre desesperada. Su mano me busca, le cedo la mía y beso su frente con cariño. Incluso esos segundos que he tardado en ponerme el ridículo atuendo, la he echado terriblemente de menos.

—¡Empuja, Silvia, ya puedo ver la cabecita de uno...! —Le dice el doctor tras la mascarilla, mirando hacia su entrepierna.

—¿Dónde está la doctora que iba a llevar el parto de mi mujer? —Rebato, haciendo que me gane un puñetazo por parte de Silvia.

—La doctora Sánchez, no se encuentra en este momento en el hospital, señor. Pero le aseguro que soy un profesional. Ahora empuje, señora, sus hijos quieren venir al mundo.

Silvia, empuja con todas sus fuerzas descargando su furia, apretando mi mano y cortándome la circulación. Pero cuando pasan unos eternos segundos, de lenta agonía y espera, un llanto increíblemente potente inunda la habitación. Mi corazón se para, en el momento en el que una bolita rosada, llena de cosas pegajosas y sangre es alzado por el doctor y se la entrega a una enfermera.

—¡Ahora de nuevo, Silvia! ¡Tenemos que sacar a la pequeña...!

Mi mano deja de recibir sangre una vez más, pero ahora, sé la recompensa de ello. Me merezco tener ese dolor al menos, ya que ella es la que está abierta como la boca del metro.

—Prometo no hacértelos tan grandes la próxima vez, *princesita*... —Murmuro en su oído haciéndola reír y llorar al mismo tiempo.

Un nuevo llanto nos hace mirar al frente y veo a mí niña, ser recogida de nuevo por la misma enfermera. Al cabo de unos minutos, los dos bebés son recostados en el pecho de Silvia, haciendo que riamos histéricos y lloremos como críos. La visión que tengo ahora mismo, no puedo describirla con nada. Me siento feliz, completo, dichoso, no puedo hacer más que reír y llorar

mientras beso a mis tres amores.

Entonces recuerdo algo.

Agarro la mano de Silvia, haciendo que me mire y sonría entre lágrimas.

—Aún no estamos casados del todo...

—Qué?

—Doctor, ¿puede hacer una última cosa?

—Claro —dice soltando los utensilios en una bandeja.

Miro a mí mujer de nuevo y recito:

—He olvidado cada palabra que escribí en la servilleta del bar el día anterior, por lo que me toca improvisar —Ella sonríe entendiendo por donde voy y una nueva lágrima recorre el camino de las anteriores—. Silvia, desde el momento en el que pusiste un pie en mis terrenos, con ese *glamour* y pomposidad que casi me dio ganas de azotarte...

Las doctoras, ríen al igual que el doctor.

—Te amé, desde que pusiste esa mirada intensa sobre mí, te amé cuando me gritaste “*gilipollas*” por primera vez, te amé incluso cuando me decías que me odiabas. Amé cada mirada, cada sonrisa, cada gesto... Toda tú, te convertiste en mi perdición desde que apareciste para volver mí vida del revés. Te amo.

—Y yo os declaro, marido y mujer... —Dijo el doctor, carraspeando a continuación haciéndonos sonreír— Puedes besar a la novia, muchacho.

Y aquí, en el paritorio, rodeado de gente desconocida y con la única compañía que deseo tener, mí preciosa y numerosa familia, juré por mí vida hacerlos feliz, aunque diera mi existencia para ello.

Epílogo

Miro a mis pequeños correr y reír entre las vides en flor. Chillando y canturreando cualquier canción inventada por ellos. Me arrebujo en el costado de mí esposo, sintiéndome una vez más, la mujer más afortunada del mundo. El ocaso tiñe de naranja el cielo, creando que la tenue luz haga de la estampa, algo digno de inmortalizar.

No hay un antes o un después. El recuerdo perdurará para siempre, las vivencias, sus “*te quiero*”. Siempre, formaran parte de mí vida. Siempre, amaré a Ernest. Pero Fernando, siempre será mí futuro. El que me ha hecho darme cuenta de la magnitud de los sentimientos. Que el amor, no es más que una palabra insignificante ante todo lo que sintió y siente por mí. Me enseñó a amarlo de una manera, más allá de la lógica. Por lo que aún no han inventado la palabra para describirlo. Lo que tenemos Fer y yo, no tiene definición, pero la palabra que más lo abarcaba todo, es felicidad. Completa y exquisita felicidad.

—Te amo, mi neandertal...

Fernando sonrío y agarra mi culo, apretando mis nalgas con ganas.

—¿Está intentando seducirme, Señora Vidal? —Ronronea a un suspiro de mis labios.

—Y eso que aún no te dije lo que estoy pensando... —Muerdo su labio inferior y estoy a punto de recibir su beso, cuando la voz de mi pequeño Ernesto, me llama llorando.

—¡Mami, Rosi no quiere casarse conmigo...! —Solloza entre hipidos.

Ambos reímos y Fernando me suelta para bajar el porche y consolarlo. Mi pequeño se restriega los ojos con el puño mientras que su padre besa su cabeza. Me dejo caer en la baranda, mirándolos embelesada.

—Campeón, los hermanos no se casan.

El niño frunce el ceño disconforme y mí niña, llega para hacerle burlas una vez escucha lo que dice su padre. Yo río sin poder evitarlo. Con cinco años que tienen y ya están pensando en novios y casamientos.

— ¡Ella no puede tener novios, papá! ¡Rosi es mía, no quiero que juegue con nadie solo conmigo! — Refunfuña, llorando más.

Decido intervenir, ya que mi pequeño no se calmará del todo a menos que yo sea la que hable con él. Una vez acucillada a su lado, agarrando a mi pequeña Rosi a mi costado, acaricio su cabello de rizos negros haciéndolo mirarme.

—Siempre serás el hombrecito favorito de Rosi, ¿verdad que sí, princesa?
— Le pregunto a mi pequeña torbellino, haciendo que asienta divertida.

Cuando ya está más calmado, como si no hubiera pasado nada, empiezan a jugar y a correr campo a través. Con Ernest intentando alcanzar a Rosi, que no para de gritar ¡No me pillas!

—Más le vale a ese renacuajo, no tener novio hasta los cuarenta — murmura mi neandertal haciéndome reír con ganas.

Fernando, entrecierra los ojos en mí dirección y me preparo para correr si es preciso. Conozco esa mirada, acabaré sin ropa y empotrada contra la pared en cualquier momento y aunque me encante, siempre es más divertido hacerme de rogar.

David pasa por allí, convirtiéndose en el acto, en niño durante unas horas. Automáticamente empiezo a correr hacia la casa, siendo alcanzada en el pasillo. Me río histérica y sus manos toquetean todo a su paso, haciendo que me olvide hasta de mí nombre.

—A mí *princesita*, le hacen falta un buen par de azotes en este momento...

FIN

Extra Ernest Vidal

El calor es casi insoportable, siento como mí camiseta ya forma parte de mí piel, cada vez que me muevo. Me yergo, estirando mí espalda, la cual cruje en protesta. Me estoy haciendo viejo...

Al mismo tiempo que aparto el sudor de la frente con mi brazo, no sé si es la luz del sol que causa un espejismo o realmente es una mujer de brillantes rizos negros, ataviada con un conjunto de secretaria sexy y andando a pata coja. Pero sus protestas y maldiciones, me dan la respuesta. Es real.

Me cambio de liño, entrando por el que ella va sin saber realmente hacia donde se dirige y corro hacia ella. Mediante más me acerco, más me gusta. Ese trasero que Dios le dio, debe ser un pecado capital, porque no es normal... Y con una sonrisa sabihonda, viendo cómo se agacha con la intención de quitarse el otro destrozado zapato, me tropiezo con ella. De un rápido movimiento consigo estabilizarla y para hacerlo todo más divertido, la atraigo hacia mí y nos tiro hacia atrás. Solo por el placer de tener a esa mujer lo más cerca que pueda.

Ella no lo sabe, siquiera tiene constancia de que la acabo de proclamar, mí mujer. Aquella chica de rizos negros y mal hablada, será mía hasta el día que me muera.